

**REVISTA CONTEMPORANEA**



# REVISTA CONTEMPORÁNEA

---

FUNDADOR-PROPIETARIO

D. EMILIO DEL PEROJO

DIRECTOR

D. FRANCISCO DE ASÍS PACHECO

AÑO IV—V—TOMO XXII

JULIO—AGOSTO 1879



OFICINAS

MADRID: PIZARRO, 15, BAJO  
PARIS, 27, FAUBOURG MONTMARTRE

BUENOS-AIRES  
*Jacobsen et Saederstedt*

HABANA  
*A. Chao y Compañía.*

VENEZUELA  
*J. M. Larrazabal.*

MADRID: 1879

TIPOGRAFIA ESTEREOTIPIA PEROJO

MENDIZABAL, 64



## EL ATAQUE DEL MOLINO

### III.

**E**RA una regla sancionada por el estado mayor del ejército alemán; todo francés que no perteneciendo á las tropas regulares fuese cogido con las armas en la mano, debía ser fusilado. Ni aún las compañías de soldados francos eran consideradas como beligerantes. Los alemanes, al castigar con este excesivo rigor á todos los paisanos que defendían sus hogares, se proponían impedir en el país un levantamiento general que hubiera podido costarles muy caro.

El oficial, que era un hombre alto, seco y de unos cincuenta años, hizo sufrir á Domingo un breve interrogatorio. Aunque hablaba el francés con notable corrección, pronunciaba de un modo bastante dificultoso.

—¿Sois francés?

—Nó, soy belga.

—¿Por qué habeis tomado las armas?... Vos no teneis nada que ver con lo que ocurre en este país.

Domingo no respondió. En aquel momento, el oficial se fijó en Francisca que, sumamente pálida, permanecía á muy corta distancia de ambos interlocutores; la ligera herida que

acababa de recibir marcaba en su frente una línea rojiza. Él contempló sucesivamente á los dos jóvenes, pareció adivinarlo todo, y se contentó con añadir:

—¿Negais haber disparado contra nosotros?

—He hecho todo el fuego que me ha sido posible, respondió tranquilamente Domingo.

Esta confesion era inútil, porque estaba completamente tiznado por la pólvora, cubierto de sudor y manchado por las gotas de sangre escapadas de la herida recibida en el hombro.

—Está bien, exclamó el oficial. Sereis fusilado dentro de dos horas.

Francisca quiso gritar y no pudo. Cruzó las manos y las levantó en alto, presa de una horrible desesperacion. El oficial observó aquel profundo dolor. Domingo fué conducido por dos soldados á una habitacion inmediata, en la que debían custodiarle hasta nueva órden. La jóven sintió que sus fuerzas la abandonaban completamente y se dejó caer sobre una silla; no podía llorar y se ahogaba. El oficial, que continuaba examinándola, acabó por dirigirla la palabra:

—¿Es hermano vuestro ese muchacho? la preguntó.

Ella indicó que no con la cabeza. Él, sin perder un momento su extraordinaria gravedad, preguntó poco despues:

—¿Hace mucho tiempo que habita este país?

Ella dijo que sí, sin pronunciar una palabra.

—Entónces conocerá perfectamente los bosques inmediatos.

—Sí, señor, dijo ella haciendo un penoso esfuerzo y contemplándole con cierta sorpresa.

Él no añadió una sola palabra; dió media vuelta y mandó llamar al alcalde del pueblo. Pero Francisca, creyendo comprender el objeto de aquellas preguntas, concibió una ligera esperanza, se levantó inmediatamente de su asiento y corrió en busca de su padre.

El tio Merlier, no bien cesó el fuego de fusilería, bajó precipitadamente á la galería de madera con objeto de examinar la rueda del molino. Él adoraba á su hija y quería entrañablemente á su futuro yerno Domingo; pero la destartalada rueda ocupaba tambien un gran espacio en su corazon. Puesto que los dos chicos, como él los llamaba, habían salido sa-

nos y salvos de la reciente refriega, sólo pensaba en su otro cariño, que, desgraciadamente, había sufrido de un modo extraordinario. Inclinado hácia la gran armadura de madera y sumamente afectado, examinaba con toda detención sus grandes é irreparables desperfectos. Cinco paletas habían quedado destrozadas y el maderaje del centro estaba materialmente acribillado. El pobre hombre introducía los dedos en los agujeros hechos por las balas con objeto de conocer su profundidad, y reflexionaba con todo detenimiento el modo de remediar todas aquellas averías. Francisca le halló ocupado en tapar aquellos horribles agujeros con unas astillas y un poco de musgo.

—Padre, le dijo, vengo á buscaros de parte del oficial.

Ella pudo por fin romper á llorar y le contó todo cuanto acababa de oír. El tío Merlier hizo con la cabeza un movimiento de desden. Eso de fusilar á las gentes no es tan fácil como parece. Ya se andarán con tiento ántes de cometer una barbaridad. Él entró nuevamente en el molino, pero siempre silencioso y tranquilo. Cuando el oficial le pidió víveres para sus soldados, le contestó que los vecinos de Rocreuse no estaban acostumbrados á que se les maltratase, y que nada podría obtenerse de ellos empleando la violencia.

Él se encargaba de todo, pero con la condicion de que se le dejase obrar á su antojo. El oficial pareció no recibir muy bien estas palabras; sin embargo, al cabo de un momento, accedió á los deseos del anciano.

—¿Cómo se llaman esos bosques situados enfrente del molino? le preguntó viéndole dispuesto á partir.

—Los bosques de Sauval.

—¿Qué extension vienen á tener aproximadamente?

El molinero le miró con fijeza.

—No lo sé... Si necesitais una persona conocedora del terreno, buscad un individuo que sepa mejor que yo la topografía del país... Pero os suplico que no me deis á mí el encargo de proporcionároslo.

Alejóse al pronunciar estas palabras. Una hora despues, la contribucion de guerra en víveres de todas clases, reclamada por el oficial, se hallaba ya en el patio principal del molino.

Comenzaba á oscurecer. Francisca seguía con ansiedad todas las operaciones de los soldados.

Ella no se alejaba ni un momento de la habitacion en que Domingo se hallaba encerrado. A las siete próximamente recibió un susto terrible; vió entrar al oficial en el cuarto ocupado por el prisionero, y durante más de un cuarto de hora creyó oírlos disputar en voz alta. El oficial entreabrió un momento la puerta del improvisado calabozo y dió en aleman una órden que ella no pudo comprender; pero un instante despues, vió que doce hombres se alineaban en el patio con el fusil al brazo; apoderóse de ella un horrible estremecimiento, y creyó llegada su última hora. Ya no cabía duda; la ejecucion iba á verificarse en aquel mismo momento. Los doce hombres permanecieron allí diez minutos, y Domingo continuaba entretanto disputando á gritos con el oficial y negándose á las exigencias de éste. Francisca no había experimentado en toda su vida una agonía semejante. Por último, el oficial salió del encierro del prisionero, dió un tremendo portazo, y dijo en francés:

—Reflexionadlo bien... aguardaré vuestra resolucion hasta mañana por la mañana. Este es el último plazo que os concedo.

Y con expresivo ademan mandó romper filas á los doce hombres. Francisca permanecía como aielada. El tio Merlier que había continuado fumando su pipa sin apartar su escrutadora mirada de aquel peloton de soldados, la cogió de un brazo con paternal solicitud y la acompañó hasta su habitacion.

—No te muevas de aquí, la dijo, tranquilízate y procura dormir... Mañana será otro dia y entónces veremos qué es lo que debe hacerse.

Al separarse de su lado tuvo la precaucion de dejarla encerrada bajo llave. Él abrigaba la conviccion de que las mujeres no sirven para nada, y creía á piés juntillas, que todo lo desconciertan siempre que se trata de algun importante asunto. Sin embargo, Francisca no se acostó. Permaneció largorato sentada al borde de su cama, atenta siempre á cualquier insignificante ruido que se producía en el interior de la casa. Los soldados alemanes, acampados dentro del patio, cantaban y

reían, y debieron estar comiendo y bebiendo hasta las once, porque hasta dicha hora la algazara no cesó ni un sólo momento. En el interior del molino oíanse de cuando en cuando fuertes pisadas que parecían indicar el relevo de los centinelas. Pero lo que más la interesaba, eran los rumores que podía percibir en la habitación que se hallaba debajo de la suya. Acostóse varias veces en el suelo y aplicó el oído á los vetustos baldosines del pavimento. Aquella habitación era precisamente la que servía de calabozo á Domingo. Este parecía andar desde la pared á la ventana, porque ella oyó durante mucho tiempo el acompasado son de sus pasos; luégo, reinó un gran silencio; él probablemente había vuelto á sentarse. Todos los demas ruidos iban cesando poco á poco, todo parecía entregarse al sueño. Cuando calculó que toda la gente de la casa sucumbía á la falta de descanso, abrió la ventana de su cuarto con todo el sigilo que la fué posible y se puso de codos sobre el quicio de la misma.

La noche estaba despejada y serena. La débil claridad de la luna, que se ocultaba tras el bosque de Sauval, iluminaba la campiña con el incierto resplandor de una miserable lamparilla. La prolongada sombra de los árboles dibujaba en las praderas anchos y negros festones, en tanto que la hierba, en los parajes descubiertos, adquiría una suavidad á modo de terciopelo verduzco. Pero Francisca no se fijaba apénas en aquel misterioso encanto de la noche. Contemplaba el campo buscando los centinelas que los alemanes acababan de apostar por aquellos parajes. Veía perfectamente sus sombras escalonados á lo largo del Morelle. Sólo un centinela se hallaba cerca del molino; estaba situado al otro lado del rio, cerca de un sáuce cuyas ramas caían hasta sumergirse en el agua. Francisca le distinguía perfectamente. Era un mozallon que, inmóvil en su puesto, contemplaba los bosques y los astros con el aire meditabundo de un pastor.

Francisca, despues de inspeccionar cuidadosamente todos aquellos lugares, se sentó de nuevo sobre su cama. Así permaneció una hora, completamente ensimismada. Luégo volvió á escuchar; en la casa no se percibía ni el más ligero rumor. Dirigióse otra vez á la ventana y miró atentamente á

uno y otro lado; pero sin duda halló molesto uno de los cuernos de la luna que aparecía aún tras los árboles, y decidió aguardar otro rato más. Por fin creyó llegada la hora oportuna. La noche era completamente oscura; Francisca no divisaba ya el centinela situado enfrente, y la campiña aparecía como una inmensa mancha de tinta. Ella aplicó el oído un corto momento y se decidió á poner en ejecución su proyecto. Había cerca de la ventana una escala de hierro, formada de barrotes clavados en la pared, que conducía de la rueda al granero, y que servía en otro tiempo para que los molineros inspeccionasen ciertos rodajes; andando el tiempo, el mecanismo fué modificado, y hacía ya muchos años que aquella escala se hallaba oculta bajo la espesa yedra que cubría toda aquella parte del molino.

Francisca hizo un esfuerzo varonil, montó sobre la barandilla de la ventana, se agarró á uno de los barrotes de hierro y quedó suspendida en el espacio. Comenzó á bajar. Las faldas de su ropa aumentaban la dificultad de su arriesgada tarea. De pronto, desprendióse una piedra de la pared y cayó al Morelle, produciendo un gran ruido. Ella se detuvo helada de espanto, pero comprendió que el continuado susurro de la pequeña cascada del molino cubría á larga distancia cualquier ruido que ella pudiera hacer, y bajó con mayor ánimo que en un principio, apartando la yedra con el pié y asiéndose con fuerza á los peldaños. Cuando se halló á la altura de la habitación que servía de prision á Domingo, se detuvo. Una dificultad que no había previsto estuvo á punto de hacerla perder todo su valor: la ventana de la habitación inferior no se hallaba situada exactamente debajo de la que ella acababa de abandonar, sino á cierta distancia de la escala; y cuando ella alargó la mano, sólo consiguió tocar la pared. ¿Tendría que verse obligada á volver á subir sin lograr el objeto que se proponía? Sus brazos se negaban ya á resistirla, el murmullo del Morelle, que corría á sus piés, comenzaba á inspirarla un verdadero terror. Entónces arrancó de la pared pequeños fragmentos de yeso y los lanzó á la ventana del cuarto de Domingo. Él no oyó nada; tal vez se hallaba durmiendo. Ella continuó desconchando la pared y se desolló los dedos al despren-

der un yeson. Sus fuerzas la abandonaban ya completamente; comprendía que iba á caer al agua de un momento á otro, pero Domingo abrió por fin su ventana con extraordinaria precaucion.

—¡Soy yo, murmuró ella. Cógeme pronto, que me caigo!

Era la primera vez que le tuteaba. Él la tomó en sus brazos, echando casi todo el cuerpo fuera, y la introdujo en la habitacion. Una vez allí, la pobre jóven no pudo contener por más tiempo sus abundantes lágrimas, pero supo ahogar sus sollozos, temiendo ser oida por los soldados. Luégo hizo un supremo esfuerzo y logró tranquilizarse.

—¿Os guarda algun centinela? preguntó en voz baja.

Domingo, que aún no había vuelto de la sorpresa que le produjo la presencia de su amada, hizo un expresivo gesto y señaló la puerta. Al otro lado se oía un monótono ronquido; el centinela, cediendo al sueño, había acabado por tenderse en el suelo junto á la puerta, en la firme seguridad, de que con semejante precaucion, era imposible la fuga del prisionero.

—Es preciso huir de aquí, repuso ella con extraordinaria viveza. He venido para rogaros que huyais y para despedirme de vos.

Pero él parecía no escuchar sus palabras y sólo pensaba en repetir:

—¡Cómo! ¿sois vos? ¿sois vos?... ¡Ah! si viérais qué susto me habeis dado! Habeis estado á punto de quedaros en el sitio.

Luégo la cogió las manos y se las besó.

—¡Cuánto os amo, Francisca!... Sois tan animosa como buena. Yo no abrigada más temor que el de morir de pronto, sin poder volver á veros... Pero ya os tengo otra vez á mi lado; ya pueden fusilarme cuando quieran. Así que yo pase un cuarto de hora á vuestro lado, me hallaré perfectamente dispuesto á todo.

Había ido atrayéndola poco á poco hácia sí, y ella apoyaba la cabeza sobre su hombro. El peligro los unía más y más. Él y ella olvidaban todo en aquel momento supremo.

—¡Ah! Francisca, repuso Domingo con cariñoso acento,

hoy es la fiesta de San Luis, el día con tanta ánsia esperado para efectuar nuestro casamiento. No ha habido nada que pueda separarnos, puesto que nos hallamos aquí los dos solos, fieles á la cita que nos habíamos dado... ¿No es verdad? Esta es nuestra noche de boda.

—Sí, sí, repitió ella, la noche de nuestra boda.

Cambiaron un beso estremeciéndose. Pero de pronto ella se separó de sus brazos. La terrible realidad aparecía nuevamente ante sus ojos.

—Es preciso huir, es preciso huir, dijo balbuceando. No perdamos un sólo momento.

Y notando que él extendía los brazos en la sombra para atraerla hácia sí, volvió á tutearle:

—¡Ah! yo te lo suplico, escúchame... Si tú mueres, yo también moriré. Dentro de una hora será ya de día. Yo quiero que salgas de aquí enseguida.

Entonces le explicó rápidamente su plan. La escala de hierro bajaba hasta la rueda; él podía allí, con ayuda de las paletas, entrar en la lancha que se hallaba escondida en una hondonada. Luégo podía fácilmente llegar á la otra orilla del río y ponerse en salvo.

—Pero todos estos alrededores deben estar llenos de centinelas, dijo él.

—No hay más que uno, enfrente de aquí, al pié del primer sáuce.

—¿Y si me ve y dá la señal de alarma?

Francisca se estremeció de espanto y le entregó un cuchillo que llevaba consigo. Hubo un momento de silencio.

—¿Y vuestro padre, y vos? repuso Domingo. No, no, yo no puedo huir... En cuanto yo me aleje de esta casa, es muy probable que esos soldados se enfurezcan y os asesinen á todos... Vos no los conocéis. Me han prometido perdonarme á condicion de que los sirva de guía en el bosque de Sauval. Si ven que me he fugado, serán capaces de todo.

La jóven no se entretuvo en discutir y respondió sencillamente á todas las razones que él daba:

—Huid, Domingo, huid... Si es verdad que me quereis, no permanezcais aquí ni un minuto más...

Luégo, ella le prometió volver á subir á su habitacion. De este modo nadie podria enterarse de que ella habia contribuido á su fuga. Francisca acabó por estrecharle entre sus brazos, tuteándole y besándole para convencerle, y obedeciendo al impulso de una pasion extraordinaria. Él se declaró vencido y no hizo más que una sóla objecion.

—¡Bien! haré lo que quereis... Pero juradme que vuestro padre es sabedor de todo esto y que me aconseja la fuga!

—Mi padre es quien me ha enviado, repuso Francisca con un atrevimiento increíble.

La jóven mentía. En aquel momento sólo experimentaba una necesidad inmensa, la de saber que él se hallaba en salvo, la de alejar la horrible idea de que la salida del sol iba á ser la señal de su muerte. Cuando él se hallase léjos, podian caer sobre ella todas las desdichas imaginables; pero esto la parecería dulce y grato con tal de que él viviese. El egoismo de su cariño le quería vivo, y este deseo podía infinitamente más que ningun género de consideraciones.

—Está bien, dijo Domingo, yo haré todo cuanto querais.

Entónces, dejaron ya de hablar. Domingo volvió á abrir la ventana. Pero, de pronto, oyeron un ruido que los dejó helados de terror. Movióse la puerta de la habitacion, y creyeron que alguien iba á abrirla. Era indudable que una ronda habia percibido el rumor de su conversacion á pesar de que habian bajado la voz todo lo posible. Y ambos de pié; estrechándose el uno contra el otro, aguardaban anonadados por una angustia indescriptible. La puerta recibió una nueva sacudida; pero no se abrió. Cada uno de ellos ahogó un hondo suspiro; acababan de comprender que el soldado tendido en el umbral de la puerta, se habia vuelto del otro lado, produciendo involuntariamente aquella falsa y terrible alarma. En efecto, todo volvió á quedar en silencio y los ronquidos comenzaron de nuevo.

Domingo se empeñó tenazmente en que Francisca volviese á subir á su habitacion. La cogió entre sus brazos y la dirigió un mudo adios. Luégo la ayudó á asirse de la escala y él mismo se agarró á su vez. Pero rehusó bajar un sólo peldaño hasta saber que ella se hallaba ya en su habitacion.

Cuando Francisca penetró en su cuarto, se asomó á la ventana, y le dejó caer con voz ligera como un soplo:

—Hasta la vista, yo te amo.

Ella permaneció acodada sobre el quicio de la ventana, y procuró seguir con la vista á Domingo. La noche continuaba sumamente lóbrega. Ella buscó al centinela y no pudo divisarle; sólo logró distinguir el sáuce que parecía una mancha pálida en medio de las tinieblas. Ella oyó durante un momento el ruido del roce del cuerpo de Domingo á lo largo de la yedra. Luégo, crugió la rueda y una ligera sacudida del agua la indicó que el jóven acababa de hallar la escondida lancha. En efecto, un minuto despues distinguió Francisca la negra silueta de la lancha sobre las parduscas aguas del Morelle. Entónces, apoderóse nuevamente de ella una terrible angustia. A cada instante creía oír el grito de alarma del centinela; los más insignificantes rumores, esparcidos en las tinieblas, le parecían pasos precipitados de ocultos enemigos y choque de fusiles y de sables. Sin embargo, en el campo continuaba reinando una completa tranquilidad. Domingo debía haber llegado á la otra orilla. Francisca no veía ya nada. El silencio era majestuoso. Ella oyó un gemido, un grito ronco y la caída sorda de un cuerpo. Luégo el silencio fué mucho más profundo. Entónces, como si hubiese sentido pasar la muerte, se quedó completamente fria y rodeada de tinieblas.

#### IV.

Tan pronto como amaneció oyéronse pasos precipitados y terribles voces en el interior del molino. El tío Merlier abrió la puerta de la habitación en que había dejado encerrada á Francisca. Esta bajó al patio, pálida y sumamente tranquila. Pero una vez allí no pudo por ménos de estremecerse al contemplar el cadáver de un soldado prusiano que yacía cerca del pozo sobre una manta de campaña.

Varios soldados formaban un semicírculo enfrente del cuerpo de su compañero y gesticulaban y gritaban como cegados

por la cólera. Algunos de ellos levantaban los puños dirigiéndose al pueblo en son de amenaza. A todo esto el oficial acababa de mandar llamar al tío Merlier.

—Hé aquí, le dijo con voz ahogada por la ira, uno de nuestros hombres que ha sido asesinado á la orilla del río... Yo necesito hacer un castigo ejemplar, y espero que nos ayudeis á capturar al asesino.

—Yo haré todo cuanto queráis, dijo el molinero con la calma que le era habitual. Creo, sin embargo, que la empresa va á ser extraordinariamente difícil.

El oficial se había bajado para separar un embozo del capote que ocultaba el rostro del muerto. Entónces apareció una horrible herida. El centinela había recibido una puñalada en la garganta y el arma permanecía aún clavada en la misma herida. Era un cuchillo de cocina, con mango negro.

—Mirad ese cuchillo, repuso el oficial dirigiéndose al tío Merlier. Tal vez él nos ayude en nuestras pesquisas.

El anciano se sintió acometido de un ligero estremecimiento. Pero recobrando inmediatamente todo su valor, respondió, sin revelar la menor alteracion en sus facciones:

—Todo el mundo tiene cuchillos parecidos á ese... Es muy posible que este soldado estuviera ya harto de la vida militar, y en ese caso, él mismo habrá acabado con su vida. Yo creo que esto no admite ninguna duda.

—¡Hacedme el favor de callar! gritó furiosamente el oficial. Yo no sé por qué no he pegado ya fuego al pueblo por todos sus cuatro costados.

Afortunadamente, la cólera le impedía observar la profunda alteracion que se reflejaba en el rostro de Francisca. Ésta había tenido que sentarse en el banco de piedra, al lado del pozo, viendo que sus piernas no podían ya sostenerla. Apesar suyo, contemplaba aquel cadáver, tendido en el suelo, casi á sus piés. Era un muchacho alto y guapo que se parecía á Domingo, y tenía, como éste, los cabellos rubios y los ojos azules. Esta semejanza la partía el corazón. Ella pensaba que el muerto había dejado tal vez allá, en Alemania, alguna novia que iba á llorar. Y ella reconocía su cuchillo en la garganta del muerto. Ella era quien le había arrebatado la existencia.

Entre tanto, el oficial hablaba de adoptar en Rocreuse las más terribles medidas. Luégo llegaron corriendo varios soldados y dieron parte de la evasión de Domingo. Esta noticia produjo una gran agitación. El oficial se dirigió á la habitación que ocupaba el prisionero, se asomó á la ventana, que había quedado abierta, lo comprendió todo y volvió con el rostro encendido por la rabia.

El tío Merlier se mostró sumamente contrariado al saber la fuga de Domingo.

—¡Qué imbécil! murmuró; todo lo ha echado á perder.

Al oír estas palabras, oprimióse el corazón de Francisca. Su padre estaba muy lejos de sospechar su complicidad. Movió lentamente la cabeza y la dijo en voz baja:

—¡Ahora sí que estamos divertidos!

—¡Debe haber sido ese miserable, debe haber sido ese miserable! gritaba el oficial. Estará indudablemente en los bosques... Pero es preciso que demos con él; de lo contrario, el pueblo responderá de su conducta.

Y dirigiéndose con gran sequedad al molinero, añadió:

—¡Vos debéis saber en dónde se ha escondido ese hombre.

El tío Merlier se rió silenciosamente y señaló con el dedo la ancha extensión de los frondosos bosques.

—¿Cómo quereis hallar al fugitivo si se ha ocultado en esas espesuras? le dijo.

—Es que vos debéis conocer todos esos vericuetos. Voy á poner diez hombres á vuestra disposición. Vos le servireis de guía.

—Yo lo haré con muchísimo gusto, pero tened presente que necesitamos lo ménos ocho días para recorrer todos esos montes.

La calma del anciano exasperaba al oficial. Comprendía que aquella expedición iba á ser, en efecto, completamente ridícula. Entónces fué cuando vió á Francisca sentada en el banco, pálida y temblorosa. La extraordinaria ansiedad de la jóven llamó vivamente su atención. Permaneció callado un instante y examinó uno tras otro al molinero y á Francisca.

—Decidme, preguntó brutaímente al anciano, ¿no es ese hombre el amante de vuestra hija?

El tío Merlier se puso lívido, y hubo un momento en que pareció dispuesto á arrojarse sobre el oficial para ahogarle entre sus manos. Irguió orgullosamente la cabeza, y no contestó á tan insultante pregunta. Francisca había ocultado el rostro entre sus manos.

—Sí, ya lo comprendo todo, continuó el prusiano; vos ó vuestra hija le habeis ayudado á huir. Vos sois su cómplice... Yo os pregunto por última vez si quereis entregárnoslo.

El molinero no despegó sus labios, y hasta se volvió un poco de espaldas, mirando á lo léjos con aire de marcada indiferencia, como si el oficial no se dirigiese á él. Esto acrecentó la cólera del prusiano.

—¡Pues bien, añadió gritando, vais á ser fusilado en su lugar!

Enseguida hizo formar el peloton de soldados que debía fusilarle. El tío Merlier continuó impasible y se encogió de hombros como queriendo significar que todo aquel drama le parecía de un género deplorable. Tal vez creía que no se fusilaba á un hombre con tanta facilidad. Luégo, cuando vió ya formado el peloton, dijo con reposado acento:

—¿Pero estais hablando de veras?... Yo haré todo cuanto me mandeis. Si necesitais un guía, no tengo ningun inconveniente en ponerme á vuestras órdenes.

Francisca se había levantado de su asiento, loca de terror. Acercóse al oficial y le dijo:

—Por Dios, caballero, no causeis ningun daño á mi padre. Matadme á mí primero... Yo soy quien ha facilitado la fuga de Domingo. Yo soy la única persona culpable.

—Cállate, hija mia, exclamó el tío Merlier. ¿A qué vienes aquí con mentiras?... Señor oficial, mi hija ha pasado la noche encerrada en su habitacion, y yo os aseguro que lo que acaba de decir es una insigne paparrucha.

—Lo que yo digo es la pura verdad, repuso la jóven con firmísimo acento. Yo he bajado por la ventana, y he obligado á Domingo á que se ponga en salvo... Esta es la pura verdad. yo os lo juro solemnemente.

El anciano palideció de un modo extraordinario. Él veía en sus ojos que ella no mentía, y aquellas palabras le llenaban

de verdadero espanto. ¡Ah! aquellos muchachos con su pícaro pasión estaban echándolo todo á perder! Entónces se enojó.

—Está loca; no hagais caso de lo que dice. Todo cuanto acaba de contarnos es una estúpida invencion... ¡Vaya, acabemos!

Ella quiso protestar nuevamente, y se arrodilló balbuceando algunas palabras. El oficial presenciaba tranquilamente aquella terrible lucha.

—¡Nada! dijo por fin; yo me apodero de vuestro padre porque el otro se me ha escapado... Procurad hallar al otro y pondré en libertad á vuestro padre.

Francisca le contempló un instante muda de espanto ante la atrocidad de semejante proposicion.

—¡Eso es horrible, murmuró, eso es horrible! ¿En dónde quereis que yo encuentre ahora á Domingo? Lo único que sé es que se ha marchado.

—¡Vaya, acabemos! Os digo que escojais entre él ó vuestro padre.

—¡Ah, Dios mio! ¿acaso creeis que yo puedo escoger? ¡Aun cuando yo supiera en dónde se halla Domingo, no podría hacer semejante eleccion!... Eso sería cortar en dos pedazos mi corazón... Prefiero mil veces morir ahora mismo. Sí; de este modo acabaremos más pronto. ¡Matadme, yo os lo suplico, matadme!

Aquellas lágrimas y aquella desesperada actitud acabaron por impacientar al oficial.

—¡Dejémonos de tonterias! exclamó. Yo quiero ser bueno y consiento en daros dos horas de plazo... Si dentro de esas dos horas no está aquí vuestro novio, vuestro padre pagará por él.

Mandó á sus soldados que condujesen al tío Merlier á la habitacion en que Domingo había sido encerrado el dia anterior. El anciano pidió que le diesen tabaco y se puso á fumar. Su impasible rostro no revelaba ninguna emocion. Pero así que se vió solo, sin dejar de fumar, dejó escapar dos grandes lágrimas que corrieron lentamente por sus mejillas. ¡Cómo sufría su pobre é idolatrada hija!

Francisca se había quedado enmedio del patio. Algunos

soldados prusianos pasaban por allí riéndose. Otros la dirigían ciertas palabras y chanzonetas que ella no comprendía. La joven miraba la puerta por la cual acababa de desaparecer su padre, y con un movimiento lento llevaba la mano á su frente como queriendo evitar que estallase su cerebro.

El oficial la dirigió nuevamente la palabra, y repitió:

—Os doy dos horas de plazo. Procurad emplearlas todo lo mejor posible.

Francisca tenía dos horas de plazo. Esta frase zumbaba de un modo horrible en sus oídos. Entónces salió del patio maquinalmente y siguió andando sin saber á dónde conducir sus pasos. ¿A dónde ir? ¿Qué hacer? Ella no intentaba siquiera adoptar una resolución, porque comprendía perfectamente la inutilidad de sus esfuerzos. Sin embargo, hubiera deseado ver á Domingo. Uno y otro hubieran logrado entenderse y tal vez hubiesen hallado el medio de conjurar á aquel peligro. En medio de la confusión de sus pensamientos, bajó hasta la orilla del Morelle y cruzó al otro lado, un poco más abajo de la esclusa y por un sitio en que había varias enormes piedras. Llegó, sin darse cuenta de ello, al pié del primer sáuce situado en uno de los ángulos de la pradera. Al agacharse un poco para poder continuar su marcha, vió un gran charco de sangre, y este espectáculo la hizo palidecer. Allí había muerto el soldado prusiano. Siguió las huellas de Domingo sobre la pisoteada hierba; observó que había corrido desesperadamente, porque veía una línea de grandes pasos cortando la pradera en forma diagonal. Luégo, al llegar al otro extremo, perdió aquellas acusadoras huellas. Pero creyó volver á hallarlas en un prado inmediato, y guiándose por ellas se encontró al poco rato á la entrada del bosque. Allí desapareció nuevamente todo indicio que pudiera servirle de guía.

Francisca, sin embargo, se internó bajo la frondosa arboleda. La soledad la prestaba cierto misterioso consuelo. Ella se sentó un instante. Luégo, pensando que los minutos transcurrían rápidamente, volvió á ponerse en pié. ¿Cuánto tiempo hacía que había salido del molino? Cinco minutos, media hora. No podía calcularlo ni siquiera aproximadamente. Tal vez Domingo había ido á ocultarse á un soto que ella conocía

y en el cual habían estado juntos una tarde comiendo avellanas. Llegó al soto y lo registró escrupulosamente. Trabajo inútil. Entónces calculó que podía haberse escondido en el hueco de una roca en la que muchas veces solía ponerse de acecho; pero el hueco de aquella roca estaba vacío. ¿A qué continuar buscándole? Comprendió la imposibilidad de encontrarle. Pero el deseo de descubrir su paradero se apoderaba de ella cada vez más, y la desdichada jóven aumentaba por momentos la rapidez de su marcha, dominada por la creciente fuerza de su pasión. De pronto acudió á su mente la idea de que tal vez se hubiera guarecido en la copa de algun árbol. Desde aquel momento continuó su carrera con la vista levantada, y para que él se enterase de su presencia le llamaba á cada quince ó veinte pasos. El canto de los pájaros y el viento que columpiaba las ramas de los árboles la hacían suponer que él estaba allí y que se disponía á bajar. Hubo un momento en que creyó verle; detúvose falta de respiración, y tuvo el propósito de huir. ¿Qué iba á decirle? ¿Iba acaso en su busca para sacarle de allí y hacer que los prusianos le fusilasen? ¡Ah! no, ella no le diría nada de lo que estaba pasando. Le aconsejaría únicamente que se pusiese en salvo y que no continuase por aquellos alrededores. Luégo, la idea de que su padre la aguardaba la produjo un vivísimo dolor. Cayó sobre el césped y comenzó á llorar repitiendo en voz alta:

—¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿para qué he venido yo aquí?

El ir allí había sido una locura. Presa de un miedo terrible comenzó á correr y trató de salir del bosque. Equivocó tres veces el camino y ya empezaba á convencerse de que no iba á poder llegar á la casa de su padre, cuando desembocó en una pradera situada frente por frente de Rocreuse. En cuanto divisó el pueblecillo, se detuvo. ¿Debía acaso volver á entrar sola?

Permaneció inmóvil un momento y oyó de pronto una voz que la llamaba en voz baja:

—¡Francisca! ¡Francisca!

Entónces vió á Domingo que asomaba la cabeza por el borde de un barranco. ¡Justo Dios, por fin le encontraba! ¿Significaría esto que el cielo quería su muerte? Ella ahogó un grito y se deslizó hasta el fondo del barranco.

—¿Venías en mi busca? preguntó él.

—Sí, contestó ella, completamente atolondrada y sin saber lo que decía.

—Pues ¿qué sucede? ¿Qué ocurre?

Ella bajó la vista y contestó balbuceando:

—Nada, que estaba intranquila y quería verte.

Entonces él, algo más tranquilo, la dijo que no había querido alejarse. Que temía que á ella y á su padre les ocurriese alguna desgracia. Que aquellos infames prusianos eran muy capaces de satisfacer su venganza en las mujeres y en los ancianos, pero que gracias á Dios, todo iba saliendo bien. Luego añadió sonriéndose:

—¡Nada! todo está reducido á que aplacemos el día de nuestra boda ocho días más.

Luégo, observando la extraordinaria agitacion de Francisca, recobró nuevamente su seriedad.

—Pero ¿qué es lo que tienes? Tú me ocultas algo.

—Te juro que te engañas. Sólo que como he venido corriendo...

Él la abrazó, la dijo que era muy expuesto para ella y para él el continuar allí reunidos, y quiso salir fuera del barranco con objeto de ir á ocultarse en el bosque. Ella le detuvo. Su turbacion y su ansiedad crecían por momentos.

—Oye, yo creo que sería mucho mejor que continuases ahí... Nadie te busca; nada tienes que temer.

—Francisca, tú me ocultas algo, repitió él.

Ella juró nuevamente que no le ocultaba nada, y le manifestó que sólo quería saber que no se hallaban separados por una larga distancia. Luégo adujo, en voz sumamente baja, otras varias razones. Él halló tan extrañas su actitud y sus palabras, que acabó por juzgar necesaria su presencia en aquellos lugares. Además, él creía que los franceses no tardarían en volver por allí, porque se habían visto algunos pequeños destacamentos hácia la parte de Sauval.

—¡Ah! que se den prisa, que lleguen aquí todo lo más pronto posible! murmuró ella con verdadero fervor.

En aquel momento dieron las once en el reló de Rocreuse. Las campanadas se oían clara y distintamente. Francisca se

levantó sobresaltada; hacía dos horas que había salido del molino.

—Oye, dijo la jóven rápidamente, si acaso te necesitamos, yo subiré á mi habitacion y agitaré mi pañuelo.

Y se alejó de allí á todo correr, en tanto que Domingo se acomodaba al borde del barranco para inspeccionar el molino. Al entrar en Rocreuse, Francisca encontró á un anciano mendigo llamado el tío Boutemps. Éste la saludó y la dijo que acababa de ver al molinero enmedio de los prusianos; luégo, santiguándose varias veces y refunfuñando algunas palabras entrecortadas, continuó tranquilamente su camino.

—Ya han transcurrido las dos horas, dijo el oficial prusiano, al presentarse Francisca en el patio.

El tío Merlier estaba allí, sentado en el banco, cerca del pozo. Continuaba fumando. La jóven suplicó y lloró y se puso de rodillas. Ya no tenía más objeto que el de ir ganando tiempo. La esperanza de ver llegar á los franceses la había prestado nuevo aliento, y en tanto que gemía y se lamentaba, escuchaba y creía oír á lo léjos los cadenciosos pasos de un ejército. ¡Ah! si ellos hubieran parecido por allí, si ellos los hubieran puesto á todos en libertad!...

—Por Dios, señor, una hora, nada más que una hora... ¿Qué inconveniente teneis en concedernos una hora?

El oficial permaneció inflexible, y dispuso que dos soldados se apoderasen de ella y la sacasen de allí para proceder á la ejecucion del anciano con la tranquilidad necesaria. Libróse entónces un horrible combate en el corazon de Francisca. Ella no podía consentir que asesinasen á su padre de aquel modo. No, no, ella prefería morir al lado de Domingo; y ya se dirigía hácia su habitacion, ya iba á subir para agitar su pañuelo, cuando Domingo en persona apareció en la puerta del patio.

El oficial y los soldados lanzaron un grito de triunfo. Pero él, como si no hubiese allí nadie más que Francisca, se dirigió á ella con ademan severo y tranquilo.

—Habeis obrado mal, la dijo. ¿Por qué no me habeis dicho que era aquí necesaria mi presencia? Gracias que el tío Boutemps me ha contado lo que ocurría... Pero, en fin, todo se arreglará; ya estoy aquí.

## V.

Eran las tres de la tarde. Grandes y negras nubes habían ido ocultando poco á poco el cielo, y aparecían como los últimos restos de una tempestad que hubiese descargado en algun paraje no lejano. Aquel cielo amarillo, aquellos oscuros nubarrones convertían el valle de Rocreuse, tan risueño y hermoso á la luz del sol, en un triste y oscuro desierto. El oficial prusiano se había contentado con mandar encerrar á Domingo, sin querer explicarse acerca de la suerte que le reservaba. Hacía ya muchas horas que Francisca sucumbía dolorosamente al peso de una terrible angustia. La pobre jóven no quería abandonar el patio, apesar de las instancias de su padre. Ella esperaba á los franceses. Pero iban transcurriendo horas y más horas, comenzaba ya á oscurecer, y la infeliz sufría tanto más cuanto que todo aquel tiempo ganado no parecía deber cambiar el terrible desenlace que se temía.

A media tarde, los prusianos hicieron sus preparativos de marcha. El oficial, lo mismo que el dia anterior, volvió á encerrarse con Domingo. Francisca había comprendido que en aquella entrevista debía decidirse la vida ó la muerte del jóven. Entónces cruzó las manos y rezó. El tio Merlier, siempre á su lado, conservaba la muda y rígida actitud del viejo aldeano que no quiere luchar contra la fatalidad de los sucesos.

—¡Ah, Dios mio! ¡Dios mio! balbuceaba Francisca. ¡Van á matarle!...

El molinero la atrajo hácia sí y la sentó sobre sus rodillas como si fuera una niña.

En aquel momento apareció el oficial seguido de dos soldados que custodiaban á Domingo.

—¡Nunca, nunca! gritaba éste. Matadme cuando querais.

—Reflexionadlo bien, repuso el oficial. El servicio que me negais nos lo prestará otro individuo cualquiera. Yo quiero ser generoso y os ofrezco la vida... Se trata pura y simplemente de conducirnos á Mourtedon, atravesando los bosques. Vos debeis conocer perfectamente todos esos senderos.

Domingo no despegó sus labios.

—¡Vamos, dejad esa terquedad que á nada bueno conduce!

—Matadme y acabemos de una vez, contestó el prisionero.

Francisca, desde léjos, juntaba las manos y le miraba en actitud suplicante. Olvidándolo todo, hubiera sido capaz de aconsejarle una cobardía. Pero el tío Merlier la sujetó las manos para que los soldados no notasen aquellas indiscretas manifestaciones.

—Tiene razon, exclamó en voz baja, vale más morir.

El peloton se hallaba ya formado. El oficial aguardaba una debilidad de Domingo. No quería perder la esperanza de llegar á convencerle. Hubo un momento de silencio. Oíase á lo léjos el estampido de los truenos. Un calor sofocante dificultaba la respiracion. Y enmedio de aquel profundo silencio, oyóse una voz que gritaba:

—¡Los franceses! ¡los franceses!

Eran ellos efectivamente. En la carretera de Sauval, y hácia la entrada del bosque, se distinguía la línea de los pantalones encarnados. Prodújose en el molino una agitacion extraordinaria. Los soldados prusianos corrían de un lado para otro lanzando enérgicas y guturales exclamaciones. Sin embargo, todavía no había sonado ni un solo tiro.

—¡Los franceses! ¡los franceses! gritó Francisca palmo-teando.

Estaba como loca. Acababa de escaparse de entre los brazos de su padre, y se reía agitando los brazos en el aire. Por fin llegaban, y llegaban á tiempo, toda vez que Domingo estaba aún allí con vida.

Una terrible descarga que resonó en su oido como un espantoso trueno la hizo volver la cara. El oficial acaba de murmurar.

—Ante todo, dejemos arreglada esta cuestion.

Y empujando él mismo á Domingo contra la pared de un cobertizo, dió la órden de hacer fuego. Cuando Francisca se volvió, Domingo había caido contra la pared, con el pecho atravesado por doce balazos.

La jóven no lloró. Sus facciones revelaron una completa estupidez. Extravióse su mirada, y la infeliz fué á sentarse en

el suelo debajo del cobertizo y á muy corta distancia del cadáver. Ella le miraba y de cuando en cuando le hacía con la mano una seña infantil como queriendo indicarle que todo había concluido. Los prusianos se habían apoderado del tío Merlier considerándole como su prisionero.

Hubo luégo un magnífico combate. El oficial, con la celeridad del rayo, distribuyó convenientemente sus hombres, comprendiendo que no podía batirse en retirada sin que el enemigo le destrozase toda su gente. Dada esta situación, lo mejor era que cada uno vendiese cara su vida. Desde aquel momento, el molino fué defendido por los prusianos y atacado por los franceses. El fuego de fusilería comenzó con extraordinaria violencia y no cesó durante más de media hora. Luégo oyóse un terrible estampido y una bala de cañon arrancó de cuajo una de las principales ramas del olmo secular. Los franceses llevaban artillería. Un cañon, colocado precisamente en la parte superior del barranco en que Domingo se había escondido, barría la calle principal de Rocreuse. La lucha no podía ya durar mucho tiempo.

¡Ah, pobre molino! las balas de cañon lo atravesaban de parte á parte. La mitad del tejado voló en astillas. Desplomáronse dos grandes paredones. Pero en la parte del Morelle, sobre todo, el desastre fué verdaderamente lamentable. La yedra arrancada de las destrozadas paredes, colgaban como miserables harapos; el rio se llevaba toda clase de ruinas, y por una de las brechas abiertas en el edificio se veía la habitacion de Francisca y su modesta cama, cuyas blancas cortinas aparecían cuidadosamente plegadas. La destartalada rueda recibió uno tras otro dos tiros de cañon y pareció lanzar un gemido supremo: las paletas fueron arrastradas por la corriente y la armazon quedó completamente deshecha. Parecía que el alegre molino acababa de exhalar su alma.

Luégo, los franceses comenzaron el asalto. Hubo una furiosa lucha cuerpo á cuerpo. Bajo el encapotado cielo, el triste y sombrío valle se llenaba por todas partes de cadáveres. Las anchas praderas adquirirían un terrible aspecto con sus grandes árboles aislados y sus largas hileras de sauces que las festoneaban con su fúnebre sombra. A derecha é izquierda

aparecían los montes como las paredes de un circo destinadas á encerrar á los combatientes, y los riachuelos, las fuentes y los arroyos parecían llorar los horrores de aquella sangrienta escena. La guerra había convertido en un lugar maldito aquella deliciosa campiña.

Francisca continuaba inmóvil en el cobertizo, sentada enfrente del cadáver de Domingo. Una bala perdida acababa de dejar en el sitio al tío Merlier. Entonces, viendo que los prusianos habían sido exterminados y que el molino era presa de las llamas, el capitán francés penetró en el patio seguido de algunos soldados. Desde el principio de la campaña era aquel el primer triunfo que obtenía. Así es que, verdaderamente entusiasmado y con aire marcial y satisfecho, miraba á uno y otro lado con la sonrisa en los labios. Y al ver á Francisca imbécil entre los cadáveres de su marido y de su padre, y en medio de las humeantes ruinas del molino, la saludó galantemente con su espada, gritando al mismo tiempo:

—¡Victoria, victoria!

EMILIO ZOLA.





## ISTMO Y CANAL DE PANAMÁ.

A Manuel Becerro de Bengoa, muerto en la trocha de Ciégo de Avila.—Cuba.—A Julian Becerro de Bengoa, inspector de instruccion pública en el departamento de San José.—Urugüay.



En el inolvidable dia en que las aguas del Mediterráneo y las del mar Rojo se unieron, volvióse hácia el golfo de las Antillas el pensamiento humano, siempre insaciable, y recordando el unánime deseo por tantos siglos sostenido y por tantas y tan insuperables resistencias, hasta entónces abandonado, exclamó triunfante fija su vista en el Istmo: «¡Te he vencido!»

Con la victoria de Suez, se decidió el espíritu humano á despreciar la palabra *imposible*. Cuando hoy dia dice Lesseps que va á inundar el Sahara, y que va á romper por el istmo americano, y cuando sus émulos entusiastas muestran el proyecto del túnel submarino de la Mancha, nadie sonrîe desdeñosamente, como era muy de ley el hacerlo, y el tildar de soberbia y ciega á la inteligencia ayer, cuando la concepcion de las grandes ideas pasaba de la mente de los hombres emprendedores al concreto espacio del estudio de gabinete, y despues

al campo inmenso de la prensa y de la opinion, que todo lo vulgarizan con más ó ménos fortuna. Con las lecciones de la práctica, cambian por completo, y en breves dias, las afirmaciones seculares, así en el terreno en que el espíritu con los números, el oro y el barreno une océanos, perfora cordilleras, transporta mares, y alumbra los abismos, como en el de las ideas, donde con la razon, la constancia y la palabra, que son respectivamente cifras, riquezas, y útiles incomparables, cambia las instituciones, purifica las creencias, cura la lepra de la ignorancia y transforma de un modo asombroso el concepto que el hombre tiene de su propio valer, no subyugado á pesimistas fatalismos, sino capaz de labrarse por sí su bienestar y su honra.

A las grandes maravillas de evolucion del pensamiento humano en nuestros tiempos, harán en la historia digno cortejo las de las empresas y obras titánicas. La fraternidad de los pueblos, que ya ha pasado del campo de las abstracciones á la verdad de las costumbres internacionales, la mancomunidad de relaciones admitida y practicada por ellos, sobre todo, en cuanto afecta al bien y al progreso de los más civilizados, y las necesidades crecientes que descubren cada dia, y que unidos procuran satisfacer, han venido á suprimir en las tradiciones, en las leyes y en las costumbres los vetustos é indignos obstáculos que ántes alzaban entre cada nacion y las restantes una barrera formidable, y así, en igual progreso, al verse unidas por los reóforos que transmiten el pensamiento, por las vías que dan paso á los intereses materiales, por la prensa, que incansable evangeliza las modernas aspiraciones, y por la diplomacia, de la política, de la literatura y de la ciencia, que convierte las grandes capitales en otros tantos centros de atraccion á que todos los pueblos concurren con sus representaciones diversas para fundirse é identificarse en una sola familia, así marchan tambien las conquistas de la inteligencia sobre la naturaleza bruta, que ve sometido su respetado y colosal poder al pobre poder humano, ya en las gigantes cordilleras, ya en los desiertos horribles, ya en los profundos senos del mar, ya en las vírgenes selvas, ya en los espacios ántes infranqueables por lo extraordinariamente grandes,

ya en el mundo molecular ántes desconocido por su pequeñez extremada.

Caen, efectivamente, al mismo impulso los obstáculos opuestos á la fusion del pensamiento y de la conciencia de las gentes, que los que hasta nuestro siglo han dificultado tambien el contacto y la intimidad de los individuos y de sus obras. Ayer gran parte de la superficie de la tierra era tan sólo misterioso campo de correrías de unos pocos aventureros, más ó ménos gloriosos; hoy, la extension de los continentes se va convirtiendo en asiento natural y en vecindario propio de regenerados pueblos y de animosos emigrantes. No puede ni debe haber entre ellos barreras que detengan el impulso creciente de su actividad, ni ha de consentir el mundo viejo que dificultades materiales, así sean montes ó mares, multipliquen las distancias é imposibiliten la rapidez de la incesante vida que mutuamente sostiene en las comarcas más apartadas, destinadas á entrar bien pronto en el concurso de la animacion y progreso, que á gran parte de los europeos y á los norteamericanos distingue.

Resuelto el problema de la facilidad de relaciones entre nuestro continente y el asiático, imperiosa ley de consecuencia exigía que la vastísima extension de los pueblos occidentales de América fuesen redimidos tambien de la insufrible carga de la distancia, que ahoga y mata las relaciones, y que el espíritu del hombre, tomando la poderosa piqueta con que ha abierto en el istmo de Suez la plateada senda de tranquilas aguas, marchara valerosa á la tórrida zona de las Antillas, y echando á un lado con ella las gigantes derivaciones de los Andes y de las Rognizas uniera, para siempre, un mar con otro mar.

Era hora de realizar ese deseo unánime, que durante tres siglos han sentido irresistiblemente cuantos viajeros han visitado la América Central, y cuantas personas adultas ó jóvenes, ilustradas ó no, se han fijado una sola vez en el mapa del nuevo continente.

Esa idea, no de un hombre, sino de la humanidad civilizada, ha tenido en su obsequio muchos y muy gloriosos intérpretes, desde Colon hasta Lesseps.

El Istmo, en su gran desarrollo, desde los 6° de latitud N., hasta 105 19°, ha ofrecido vasto campo de estudios y de exploraciones á los hombres científicos encargados de examinar por cuál de las distintas regiones que comprende, era más fácil y conveniente abrir el canal interoceánico, y es claro, cada una de las tres repúblicas más poderosas que en el Istmo dominan, Méjico, Guatemala y Nueva-Granada, han procurado por su parte, ganar para sí las simpatías de las naciones poderosas interesadas en esta empresa, con objeto del poseer dentro de sus territorios respectivos esa maravillosa vía, que tantos beneficios y tanta importancia daría á la que lo lograra. Por esta razón son tres las tendencias que desde un principio ha seguido este colosal pensamiento: la mejicana, la guatemalteca y la más racional, por tener en su abono la excelencia de las condiciones naturales, la de Panamá. Las dos primeras han presentado cada una su proyecto, á saber: Méjico el de *Tehuantepec* (y algun otro poco estudiado de Honduras) Guatemala, el de *Nicaragua* (un tanto modificado además en el de Leon), y los neo-granadinos el de *Panamá*, propiamente dicho, más otros tres, en realidad distintos en el territorio de Darien.

Curioso ha de ser un bosquejo de su descripción y estudio, ya que aunque el Congreso internacional de Paris ha dictado en este pleito universal su inapelable sentencia, reviste hoy excepcional interes, y lo tendrá siempre en la historia de los grandes trabajos de la humanidad, el recuerdo de los preliminares de la apertura del Canal de Panamá.

## I.

### TEHUANTEPEC.

En aquel vasto y rico territorio ilustrado en la historia de las armas españolas por las hazañas de Hernan Cortés, de Alvarado, de Juan Nuñez del Mercado, de Juan Sedeño y de Hernando de Badajoz, extendido desde el grado 16 al 18 de latitud, y que forma una de las provincias más meridionales

de la república mejicana, parece que ha señalado la misma naturaleza un camino, que una al mar tempestuoso y ardiente del golfo de Campeche con el inmenso é imponente Occéano Pacífico, que más y más allá de la extensión de los mares ordinarios, no tiene límites aún. Así parece que lo entendiera un día el invicto dominador del imperio de Moctezuma, cuando en 1520 inspirado por las mismas instrucciones del soberano azteca, escribió á Cárlos V, asegurándole que poseía el *secreto del Estrecho*, por donde desde un océano se pudiera pasar al otro. Cinco años más tarde, recorrida la cordillera, que desde el centro de Méjico baja á formar la única trabazón y figura del Istmo, demostraron á Cortés sus aventureros capitanes que era imposible el paso desde el río, desde el caudaloso Guazacoalco al mar Pacífico. Hizo Cortés recorrer el Istmo todo hasta Darien, y convencido de que la cordillera no interrumpida cerraba la travesía por agua en toda la línea, parece que en 1528 envió al Emperador un estudio, el primero, del canal artificial. Ni las árduas y múltiples empresas en que España hallábase entónces empeñada, ni los medios de que las ciencias y la mecánica disponían, daban lugar á que estos pensamientos se realizaran, así es que del proyecto sólo quedaron el renombre y la esperanza. Manía puede decirse que fué la que desde aquellos tiempos tuvieron muchos de los viajeros emprendedores, de estudiar este asunto cuando se fijaban en la canalización del Istmo. Cuenta, Antonio Galvao, portugués, en su libro *Tratado dos descubrimientos*, que Saavedra, poco despues del conquistador de Méjico, propuso al Emperador, entre otros varios planes para la vía navegable, el canal de Tehuantepec. Y hubo de pasar el largo período de tres siglos para que tales estudios tomaran algun carácter práctico, cuando el ingeniero general Orbegozo, oriundo de Bilbao, recorriendo detenidamente el trayecto hizo un trazado que comprendía una extensión de 220 kilómetros, lleno, según confesion de su mismo autor, de problemáticas y gigantescas dificultades. Así lo reconoció tambien en 1842 el ingeniero mejicano Moro, quien alentado por su constante amor al estudio de las grandes obras, y por su entusiasmo, por el porvenir del suelo azteca, emprendió la de-

tenida peregrinacion de los rios y de las montañas. El trazado que, previsto por la misma configuracion física del territorio, se ha prestado siempre ha hacer concebir grandes esperanzas, está en la provincia de Oaxaca, abierto al Atlántico, en la desembocadura del rio Guazacoalco, entre el cabo de Zapotilan y el lago de Santa Ana, sigue toda la corriente S. SO. del rio hasta la cordillera de Anahuaco situada á los  $\frac{3}{4}$  al O. de la anchura del Istmo, y desde cuyas vertientes occidentales, los mismos caudales de agua que bajan de la sierra hasta Tehuantepec y las lagunas del Oriente de esta ciudad, facilitarían la alimentacion del canal abierto por este lado al golfo de ese nombre.

Sumamente variado es el aspecto de la naturaleza tropical del Istmo en esta region. Delante de las azoiadas costas de Campeche, donde podían arreglarse bastantes puertos seguros, flotan las verdes islas de las pistias vegetales, cuyas fibrosas raíces enredan en el seno de las aguas verdaderos bosques de difícil paso; extensas dunas de blanca arena que se prolongan algunos kilómetros al interior, aparecen á trechos ya desiertas, ya interrumpidas por chozas de pobres pescadores, ya animadas por algunos bosquecillos de palmeras, de naranjos bravos, de pinos disformes y por sinuosas líneas de cactus, pitas, matorrales espinosos y mamiliarios. Los barcos-viveros hechos al estilo de Cuba, con su aparejo de goleta, su defensa de zinc, sus agujeros de fondo, su depósito de pesca viva y su arqueado puente, cruzan el dorado mar, plagados de asquerosas cucarachas, en busca de sardos, de los colosales cabrajos, de la asombrosa variedad de grandes cangrejos que pueblan aquellas aguas, de rayas angel, de labros, de lobos marinos, de megalopos y de peces martillos, y ya se les ve deslizarse por la azulada lejana superficie, ya avanzar pausadamente por las oceánicas praderas de algas-sargazos teñidas de verde esmeralda en unos puntos, de amarillo rojizo en otros, con sus penaehos de rosa, de oro y nácar, con sus altos tallos, y con sus arracimados frutos, uvas de los trópicos, en cuyas flores viven y se nutren miles de microscópicos moluscos esmaltados de brillantes colores.

Cerca de la embocadura del Guazacoalco en parte se alzan,

á la sombra de las palmeras y de los enmarañados matorrales, multitud de casas de madera de un sólo piso, con altos techos de caña y de pajas, barrios ó aldeas que no tienen nombre en los mapas, que se aprenden al pasar por ellas y que se olvidan al poco tiempo. La costa baja, describe sinuosas curvas cortadas por peñascos llenos de verdor, por amontonamientos de arena desnuda y por numerosas lagunas sembradas de plantas acuáticas y de altos juncos floridos. Léjos del poblado se ve un castillo ó fuerte derruido, que tal vez alzaron los conquistadores en los primeros días de la invasión. Abandonado por los hombres, ha sido tomado al asalto por la naturaleza viva. Las plantas parásitas cubren su ancha base y trepan por los muros, la viña salvaje con sus vetustos y desnudos troncos y sus altos pámpanos, se agarra retorcida á las hendiduras del torreón, cien árboles distintos, cuyas semillas trajeron las aves al centro de las ruinas, han convertido el patio en un tiesto colosal, y entre las amontonadas piedras que cubren una caverna ó pozo, en los agujeros que dejara el hundido techo, entre los matorrales y la salvaje espesura que invade el recinto amurallado, viven, en aquella naturaleza siempre rica y creadora, los buhos, los cuervos, las arañas nustruosas, los zorros y las serpientes.

Siguiendo, aguas arriba y al Sur, la línea del gran río, se distinguen bien pronto, á pocos kilómetros de su margen derecha, las faldas ramificadas de la cordillera Central, que así como la que, más lejana aún, viene del Norte, sobre la margen opuesta, forman la majestuosa cuenca de aquel canal natural. Ya se atraviesan á lo largo de la caminata múltiples terrenos pantanosos, ya espléndidos bosques de rododendros cubiertos de flores purpurinas y de enredaderas que forman un tupido manto, al traves del cual, en las altas horas del día, pocas veces pasa el sol á iluminar el arcilloso suelo turbero inundado en gran parte de su superficie; á los rododendros suceden los castaños-pavias de irregulares, fantásticas y huecos troncos, á estos las magnolias, cohombros de tallos esbeltos de treinta metros de altura con sus altas copas de follaje azul claro; cuando el bosque se interrumpe, aparecen en los claros sobre el pantano, que se pierde en las sinuosidades, las

hermosas verdes hojas y espigas azules de las pontederías; á la orilla izquierda se ven algunas casas de colonos con sus tierras y sus montes de laboreo, las guirnaldas y los colgantes purpuros y blancos de las granadillas llenan sus paredes y cubren sus techos alegrando la vista y embalsamando el aire con su rico perfume: más allá ábrese la pradera, al alejarse el monte, y aparece extenso el campo surcado por varios arroyos, cuyo curso señalan los juncos, cuajado de un admirable mosaico de anémones y de pensamientos salvajes, y decorado á trechos por esbeltas palmeras, cuyas cimas de anchas y divididas hojas y de verdes frutos se apoyan sobre rígidos y elegantes troncos desnudos, que forman al agruparse sorprendentes columnatas. Hacia la mitad del trayecto del río entra á engrosar su caudal el Paso, que baja de las quebradas del Norte, y no muy lejos de él avanzan en dirección contraria otros dos, cuyos nombres no conservo. Estos dos grandes afluentes vienen respectivamente de las regiones de Oaxaca y Chiapa. Nadie ignora lo ponderadas que son las bellezas del país de Oaxaca, de aquel rico jardín mejicano, sin rival en el mundo, al que adornan la exhuberante fertilidad de Talixtaca, los bosques de cacao, naranjos y limoneros de Huayapa, las ruinas de la antigua corte de Zachita, los ricos campos de cereales de Etna; Arompa con sus celebradas fábricas de alfarería, y el montañoso Ocotlan, país de los retiros deliciosos y de las tradiciones superticiosas, verdadero valle de Aramayona de aquella comarca.

Si el poeta tiene en la naturaleza del Istmo mucho en qué inspirarse, no encuentra menos motivos de estudio el arqueólogo, si quiere dedicarse á sus aficiones. Oaxaca le brinda sus relieves y esculturas, Zachita sus terrenos cuajados de restos, y Mitla, sobre todo, sus admirables tumbas trivales en antigüedad y en importancia artística de las egipcias, con sus asombrosas masas monolíticas y sus columnas de pórfido sin base ni capitel; monumentos rodeados hoy de impenente soledad y silencio, y retiro un día de los poderosos reyes tzapotecas.

Crecen en aquellas regiones con abundancia inconcebible los cedros colosales, los algodoueros, los nopales, el añil, la

jalapa y la cochinilla, primer producto del país; puebla la sierra en la region habitada por el moral, y abunda por doquier la vainilla y la cañafístola.

Al poniente cae la inmediata region de Chiapa, con sus viejos distritos de Ciudad-Real, Soconusco y Tuxla, que conquistara un dia el capitan palentino Mazariegos, visitada con empeño por los exploradores históricos en sus asombrosas ruinas de Gulhuacan de Palenqué, ocultas hasta fines del siglo pasado entre bosques impenetrables. Chiapa, sobre el istmo, tiene las ruinas más notables de todo el suelo americano, segun confesion repetida de las academias sabias. En la ciudad referida, cuyo recinto comprendió antiguamente una línea de siete leguas, álzanse pirámides, acueductos, tumbas, templos y casas originales; los utensilios y restos manuales abundan, los geroglíficos de la raza primitiva y sus indescifrables descripciones dan severo y misterioso carácter á las piedras, hablan la arquitectura, la escultura y la pintura con elocuentes rasgos, testigos de muy alta, aunque perdida cultura; hay templos colosales y gigantescos subterráneos y cruces más antiguas tal vez que el lauburu vasco, que han dado mucho que estudiar y que deducir á los hombres de ciencia, metiéndoles en el intrincado laberinto de las analogías y de las relaciones más ó ménos racionales, de estos vestigios seculares con los que en las orillas del Nilo y del Gangés se conservan. Cuánto y cuánto han escrito los arqueólogos acerca de tales maravillas, olvidadas en el espléndido pero poco conocido seno del Centro-América, no hay para qué apuntarlo.

Avanza por medio de ambas comarcas el Goazacoalco famoso, hasta las vertientes de la cordillera de Anahuaco, que realmente separa el uno del otro mar, y que sin elevarse á grande altura tiene la suficiente para oponer serios obstáculos á la canalizacion. Dícese que, en muchos de sus hondos valles, cuando se acumulan las aguas de las torrenciales lluvias, se establece fácil paso acuático, muchas veces utilizado por los naturales; pero, esto que en muy contadas ocasiones habrá sido una esperanza, no tiene fundamento alguno para que pueda utilizarse en los tratados facultativos. Alzase la cordillera unos 250 metros en los terrenos más accesibles, marca

allí la temperatura media unos 21° centígrados, y es la presión de 738 milímetros.

Pasada la línea superior de la cordillera, arrancan desde las faldas occidentales los ríos Chimalapa y Tehuantepec, que, con las lagunas, constituirían la parte extrema del Canal. Como cabeza de la línea en el Pacífico se alza Tehuantepec, con su antiguo puerto abandonado, notable en otros tiempos por las exportaciones de índigo, que sostiene hoy alguna animación por sus lagunas y sus salinas, y al que hacen triste consejo en aquellas solitarias costas los pueblos de San Dionisio, San Francisco y Santa María del Mar. El canal de Tehuantepec hubiera dado extraordinaria vida á las dos costas de Méjico, á la navegacion antillana de los Estados-Unidos y la capital de nuestra isla de Cuba, y hubiera acortado más que ningun otro las distancias á Méjico, California y los archipiélagos septentrionales del Pacífico; pero, ya la irregularidad de los ríos, ya lo poco poblado del país, ya falta de buenos puertos y sobre todo la necesidad de esclusas y la carencia de estudios serios, hicieron olvidar bien pronto este proyecto eclipsado por las ventajas que los de las otras regiones más meridionales ofrecían.

## II.

### NICARAGUA.

Si la angostura del paso de Panamá ha seducido siempre á los aficionados al estudio de los canales interoceánicos, no ha llamado ménos su atención el especial conjunto de ventajosas condiciones que ofrece el suelo de Guatemala. Parece que la naturaleza lo ha dispuesto allí todo para que á muy poca costa puedan unirse los dos mares. Un río caudaloso, el San Juan, recorre la mitad del territorio, casi la otra mitad la ocupa un mar interior, un extenso lago del cual nace el río, y desde lago al Pacífico apénas hay 30 kilómetros. Nada más fácil, en efecto, al estudiarlo en los mapas, ni nada tampoco más largo ni más difícil al recorrerlo en el terreno. Esas mismas condiciones aparentes, esa incomparable facilidad, han

dado al proyecto de canalización del Istmo por Guatemala muchos y muy decididos partidarios.

Siendo Pitt ministro de Inglaterra en 1870, apuntó, entre los grandiosos planes con que quiso sancionar el poder ya creciente de la nación británica, la canalización del Istmo por el río San Juan, desagüe colosal del lago de Nicaragua, y lo hizo á consecuencia de los estudios formados por un oficial de marina que dirigió en aquel estado una expedición contra los insurrectos, por el que después inmortalizaría su nombre en Trafalgar, por el gran Nelson. Sin embargo, ni aquellos trabajos técnicos, ni los que más adelante hicieron en varias ocasiones los marinos españoles y los ingleses, fueron lo suficiente para dar absoluto carácter de formalidad á la vasta empresa. El ilustre barón de Humbolt, que estudió como nadie hasta entonces toda la extensión del Istmo, presentó, entre sus cinco proyectos, el de Nicaragua, dándole en los primeros años de su propaganda científica, la preferencia sobre los demás. Declarada independiente la república central, uno de los primeros acuerdos de su nuevo gobierno, fué el tan solicitado de la canalización del Istmo. Don Antonio de la Cerda, miembro de la Asamblea constituyente de Nicaragua, propuso en 1823 la realización del proyecto, aceptada por el gobierno y deseada por varias poderosas compañías americanas que hicieron formales ofertas para llevar adelante las obras. El gobierno anunció en 1825 las concesiones que se proponía hacer, y en 1826 se creó en Nueva-York una empresa dirigida por M. Palmer, que celebró un contrato solemne con aquél, pero que, mal encauzada en su gestión administrativa desde el principio, no pudo empezar los trabajos.

En 1828, el rey de Holanda, Guillermo I, tan emprendedor, como rico é instruido, tomó la iniciativa del proyecto, y se decidió á emplear en su ejecución cuantos talentos y capitales fuesen necesarios. Envió á Guatemala al general plenipotenciario Neerver para que arreglara el tratado preliminar, pero la revolución de Bruselas de 1830, que produjo la separación de Bélgica de los Países-Bajos, hizo que preocupado con ella el rey Guillermo, abandonara, con otros, tan importante plan.

Luis Napoleon Bonaparte, preso en el castillo de Ham en 1846, volvió á poner en moda tal propósito al distraer las largas horas de su cautividad estudiando el proyecto de Nicaragua, con la especial modificación de hacer pasar el canal desde este lago al inmediato de Leon ó de Managua, llevándolo desde él al puerto de Realejo, segun un folleto que vió la luz pública en Lóndres en dicho año, y en el cual dejó entrever el pensamiento de fundar en la América Central una poderosa potencia marítima independiente, que tuviera entre los dos lagos referidos, una ciudad capital, especie de Constantinopla americana. Por aquellos años tambien, otro Napoleon particular, ingeniero de este nombre, y de apellido Garella, tomó á su cuenta, por encargo del ministro de Estado frances, M. Guizot, el estudio del proyecto; pero separándose de la idea anterior, creyó más conveniente y fácil la travesía por la misma angostura de Panamá, abriendo el canal al través de la cordillera central. Elevado Napoleon al trono, encontró varios hombres científicos, que al cabo de algunos años recordaron con afan sus antiguos proyectos, entre ellos, el ingeniero M. Félix Belly; estudió en Guatemala la posibilidad de llevarlos á cabo, fundó la compañía francesa que había de encargarse de los trabajos, de acuerdo con los presidentes Martinez y Mora, de las repúblicas de Nicaragua y Costa Rica, y encargó al ingeniero director de la compañía, M. Thomé de Gamond, el trazado completo del nuevo proyecto, que difería del de Luis Napoleon, en que pasando la línea desde el rio de San Juan al lago de Nicaragua por su parte más meridional, no tocaba en el de Leon, sino que directamente iba á terminar en la inmediata bahía de Salinas, sobre el Pacífico, abreviando el anterior trayecto en 192 kilómetros. Hicieronse, en efecto, los trabajos con bastante detenimiento, y por primera vez se ofrecieron al público planos y descripciones de la famosa obra. El trazado de M. Thomé de Gamond, difiere muy poco de los que recientemente se han puesto á discusion. Partía el canal desde la embocadura del rio San Juan, en el puerto de Greytown, donde el nivel del Atlántico resultaba ser un poco más alto que el de la línea del Pacífico. Alzariase en el puerto la primera esclusa de cinco metros, de

altura, y siguiendo despues la corriente rio arriba por la misma línea divisoria de las dos repúblicas, entre los rios San Juanillo, Taura y Colorado, abriríase la segunda esclusa de este nombre de cinco metros, habiendo en las aguas entre ésta y la anterior un desnivel ascendente de 1<sup>m</sup> 30. En la siguiente seccion del Taura, en idéntica pendiente tambien, alzabase la esclusa del Serapequi, afluente del S., con una altura de cuatro metros. La seccion del Serapequi, de 1'70 de inclinacion, alcanzaba hasta la esclusa cuarta, de San Carlos, afluente navegable del S., con una altura de cuatro metros, y la seccion de San Carlos llegaba con un desnivel ascendente de 1'30 hasta la esclusa de Machuca. Desde este punto arriba empezaban las caidas quebradas de agua de los muchos riachuelos que bajan de las pendientes de la montaña á romper el curso regular del rio, entre un suelo cubierto de infranqueables obstáculos, y que se llaman de Machuca, Balas, Mico, Castillo y Toro, recibiendo, entre otros, los caudales del Bartolo y de los Savalles, afluentes de la banda N., y el del Poco Sol, afluente del S. Proyectáronse aquí tres esclusas: Machuca, Balas y Castillo, de 3'50; 3'4 metros de altura, y de 0'10 y 0'40 de inclinacion respectivamente. En la extensa seccion del Castillo, pasada la última esclusa, la pendiente es de dos metros, entra el rio Melchura, afluente del N., y se llega al nivel y orilla del lago de Nicaragua, entre el fuerte de San Carlos, situado en la orilla izquierda, y la desembocadura del rio Frio, afluente del S. que baña la ribera derecha. Tiene el nivel de las aguas del lago 36'50 de altura sobre el del Atlántico, y 38'50 sobre las del Pacífico (*segun los cálculos y observaciones hechas entónces*), altura que es sólo de 32'80 sobre el idéntico nivel de ambos océanos. Entraba la línea de travesía en el gran lago, por las islas Bocas, Quinqué, Sapote y Pájaro, avanzaba siguiendo en línea recta la direccion EO. sobre las islas Sonentinames y Sonate, dejaba al N. la volcánica y grande isla de Ometepe, y describiendo una curva al S., iba á buscar, cerca del puerto de La Virgen y de las islas de las Tortugas, el puerto de Sapoá, en la desembocadura del rio del mismo nombre, fronterizo á Costa Rica; seguía el curso del rio, aguas arriba en unos cuatro kilómetros, y formando

despues un ángulo muy abierto, iba á buscar el valle de salida, encajonado entre los altos de 182 y 160 metros, que dominan la bahía de Salinas, despues de haber pasado á la estrecha lengua de tierra la seccion de Amont, sobre el Sapoá, y la notable seccion de Abal, que en una cortísima extension contenía cinco esclusas de 6'40 de desnivel cada una, hasta llegar en el Pacífico á la bahía indicada.

La longitud total del trazado de Gamond era de 240 kilómetros, y los gastos calculados se elevan á 120 millones de francos. Las repúblicas nicaragüeña y costarricense concedieron respectivamente á la empresa cinco kilómetros de terreno á cada lado de la línea del canal, que debía darse por terminado en cuatro años.

Tanto este plan como el de Napoleon ofrecieron siempre muy graves dificultades. No hay puertos regulares, sobre uno y otro océano; y era necesario construirlos y conservarlos. El rio de San Juan necesitaba obras colosales para que pudiera servir de canal navegable; las esclusas de que en él no se podría prescindir, reducirían mucho las ventajas que debían esperarse de un trazado en el que, una de las primeras condiciones sería la del paso rápido de los buques; el trayecto aparecía siempre muy largo, y sobre todo, la insalubridad del rio de San Juan es tan conocida y tan verdadera, que en gran parte de su extension, aparecen desiertas las orillas. Cuando se avanza aguas arriba por él, admírase en las riberas la típica majestuosa belleza de los rios intertropicales: ancho de uno á tres kilómetros, profundo en varios puntos hasta veinticinco, y casi sin profundidad formal en otros, le acompañan en gran parte de su curso vastas lagunas mal sanas, que el rio inunda á menudo, sobre las que se alzan inmensas é impenetrables espesuras de arroces y altísimas cañas, mansion poblada, no sólo por perniciosas fiebres, sino de múltiples animales, de grandes reptiles, cuyos mugidos parecen salir del seno de la tierra; de centenares de bandadas de ánades que cruzan sin cesar de un bosque á otro, de rojos flamencos que invaden las desiertas masas de arena de los islotes, y de grandes legiones de zancudas, que mueven en los plateados charcos sorprendente animacion y vocerío. Y así, en una naturaleza virgen,

jamás dominada, se recorren leguas y leguas, sin encontrar apenas la huella del hombre que ha huido de aquellas tierras bajas castigado por el azote de su mortífera atmósfera. A los bosques de plátanos, cedros y magnolias suceden, más allá de las lagunas, los prados de palmeras, yescas y ricos conjuntos de brillantes flores; á estas los estanques lejanos, que reflejan á trechos las pomposas cimas de las alturas inmediatas y que á trechos desaparecen cubiertos por un rico tejido de plantas acuáticas, entre las cuales alzan sus hermosas corolas las azules podentarias y las nínfeas rojas.

En las rápidas quebradas pierde la superficie del río su espléndida serenidad al romperse en las triples filas de peñascos, desnudos en su base labada por la corriente, pero floridos y exuberantes en sus cimas, donde el clamoreo de los pintados loros hace coro al rumor de las espumosas cascadas, cuyos concéntricos y ondulantes círculos que semejan rizadas labores de plata, hierven y se ensanchan sin cesar, y van á morir tranquilos en las orillas de los cañaverales y de las lejanas playas arenosas, recorridas por los gansos que vienen á bañarse, y por millares de grandes cangrejos que se arrastran entre montones de piedras, tapizadas de musgo de finísimos hilos de la enredada vegetación. Más allá, una línea oscura de cipreses cierra el horizonte, en cuyo límpido cielo, cuando el sol, próximo á hundirse, alza una cortina de oro, sobre la gigante silueta de las alturas, revolotean millones de aves, de todas cuantas especies forman la maravillosa fauna tórrida.

El terreno, que se eleva muy poco en todo el curso, es mucho más sano, á medida que se acerca al gran lago de Nicaragua, y así como abajo son raras las colonias y hay que traspasar las alturas de la cuenca, de las que bajan el San Carlos, el Machuca, el Mico, el Savalles y el Melchora, para encontrar poblados y villas, al subir á lo más alto del trayecto, parece que se llega desde el desierto vírgen al mundo hermoso de las poblaciones americanas. Desde la embocadura, nacimiento del San Juan, al pié del fuerte de San Carlos, distínguese el asombroso paisaje del lago. ¿Qué encuentra el viajero ante sus ojos? Un verdadero mar de 650.000 hectáreas de superficie y de 25 metros de profundidad, sembrado en primer término de

islas exornadas de vejetacion, iluminado allá al NO. por los vivos resplandores del volcan de Ometepe; poco animado en sus orillas de Costa-Rica, y de O. de Nicaragua, donde se alzan San Miguelito, San Ubaldo, la ciudad de Acoyapa, tierra adentro, y tambien, en la misma direccion, la de Juigalpa. Numerosos afluentes alimentan el lago por este punto, descendiendo á lo largo de otros tantos valles primorosos, el Tule, el Camastro, el Tepenaguasapa, el Oyate, el Acoyapa y el Mayales. En la orilla occidental la poblacion es muy numerosa y el aspecto del lago más agradable: allí están Sapoá, llena de esperanzas un dia con los proyectos de Gamond; Rivas, animada hasta ayer con los planes de Blanchet; las hermosas playas que miran á las islas de Madera y Ometepe; Nandaimé, frente á la isla Zapetera, y Granada y sus isletas; y arriba, ya al N., la embocadura del Tipitapa, camino de Managua, capital, y del lago Leon, por donde marchaba el proyecto de Bonaparte.

El descenso desde el lago al Pacífico es muy difícil y muy rápido, ya hasta Salinas, ya hasta Puerto Brito; si bien en materia de clima es mucho más saludable que la bajada al Atlántico, y es claro, mucho más breve y más poblado tambien. En el proyecto de Gamond, necesitábase entre el lago y el mar, una trinchera de 23 kilómetros de longitud y 53 metros de altura en el punto más culminante, para ir á terminar á la bahía de Salinas, que tiene muy malas condiciones.

Entre los proyectos nuevos presentado al Congreso internacional, citan el de M. Blanchet, frances, antiguo notario de Berry, y el de los norte-americanos Ammen, Menocal, Verbruggee y otros. Blanchet, para vencer el paso de las quebradas del rio San Juan, donde la navegacion en grande es imposible, eleva el nivel de las aguas por medio de un dique transversal en el rio, de manera que resulte inundado todo el terreno comprendido entre el dique y el lago; pensamiento que tambien aplica al lado de Occidente en Rivas y Rio Grande, uniendo despues uno y otro dique con los respectivos océanos por medio de siete esclusas. El coste calculado sería de 220 millones de francos. Ante la objeccion de que la esclusas son muy numerosas, Blanchet propuso otro nuevo

pensamiento, con una sola esclusa, de gran desnivel y de 40 metros de altura á uno y otro lado del lago. Estas colosales esclusas imaginadas por los ingenieros Pouchet y Sautereau, y calculadas por el constructor Eiffel, autor del gran puente metálico sobre el Duero en Oporto, se moverían por el grandioso sistema de acumuladores hidráulicos de Armstrong, con los cuales no hay dificultad mecánico-hidráulica que no se venza, por terrible que sea.

Los norte-americanos, muy interesados en este proyecto, han venido estudiándolo sin cesar, con incomparable perseverancia. Childs lo estudió en 1851; Millen, Menocal, Kull y otros de la comision americana en 1872; Ammen, Humphreys, Hener, Paterson y Mac-Farlane en 1875 y Werbrughe en 1878. Como este trazado acorta muchísimo la distancia y travesía de los puertos de los Estados-Unidos situados en el Atlántico y el Pacífico, los norte-americanos lo han defendido tenazmente, á pesar de no haberse obtenido todavía la doble concesion de las repúblicas del Istmo, y de las dificultades y litigios que resultarían respecto al arreglo de la participacion de los derechos de cada una. Añádanse á estos obstáculos los de la duracion de las obras, calculada en diez años, el coste de 525 millones de francos, los 15 millones anuales de gastos de conservacion y explotacion, siempre muy difíciles, la falta de puertos y las malísimas condiciones del clima que ya se han indicado. En los 292 kilómetros de longitud total del trazado desde las aguas de San Juan del Norte ó Greytown hasta Puerto Brito, habría que escabar el suelo en una línea de 195 kilómetros y hacer 21 esclusas, calculándose el volúmen de las tierras que habría que mover en seis millones de metros cúbicos para terraplenes, y en 50 millones para desmontes.

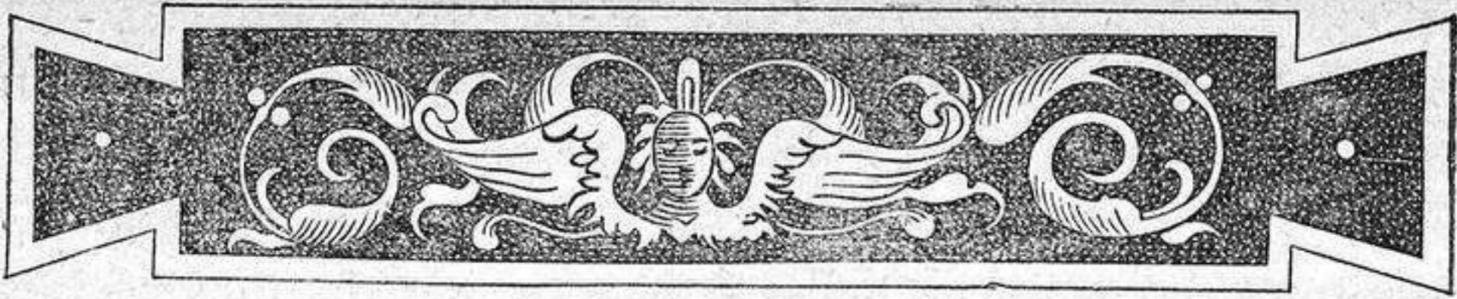
Las distancias comprendidas en el canal proyectado son estas: *Rio de San Juan*: esclusas de Greytonwn á la del rio Colorado, 21 kilómetros; á la del rio Serapequi, 24, á la del rio San Carlos, 37; á la de Machuca, 31; á la de Balas, 8; á la de Castillo, 13. *Lago*: 146: *Descenso al Pacífico*: coste de la cordillera, 13; esclusas, 15.

Suelo volcánico por escelencia el de Nicaragua, expondría

á grandes riesgos todas las obras de fábrica: así es que, á las dificultades anteriormente indicadas, añadida esta y la de la inseguridad de la marcha política, tan expuesta á sacudimientos interiores como la geológica, han hecho que no haya podido triunfar este pensamiento en concurrencia con el de Panamá, á pesar de tener en su favor respetabilísimos defensores y grandes intereses. Quedará, pues, por ahora olvidado, ó pocos ménos, el extenso territorio de Guatemala, con sus ricas cosechas de maíz, de añil, de cochinilla, de cacao, de tabaco y de azúcar; con sus grandes bosques de cedros, acabaibas, campeches, palmas, robles, ceibos, cocos y coyeles; con sus antigüedades indias tan celebradas, con sus treinta y cinco volcanes, sus grandes y pintorescos rios, sus bellísimos lagos y su espléndida naturaleza. Quedarán los indígenas casi invariables al través de los siglos, invariables ahora, sin que nuevos blancos civilizados, vayan á turbar con el movimiento del canal, por el que ambos mundos cruzarían, la salvaje y patriarcal calma de sus primitivos poblados; y así lamentará Rivas, la ciudad capital del tránsito, el no poder recobrar de su pasado esplendor, como maldecirá Puerto Brito su mala fortuna, ya que teniendo señalado un gran porvenir como cabeza de la línea interoceánica, seguirá casi perdido con su pobre muelle y su soledad, mientras Panamá se levanta para siempre, destinada á ser la capital del mundo marítimo americano.

RICARDO BECERRO DE BENGUA.





LAS CIUDADES  
DE LA  
SICILIA ORIENTAL.

(NOTICIA HISTÓRICA.)

**S**ON tantas las revoluciones porque inevitablemente ha debido pasar la isla más extensa del Mediterráneo; cuna de razas no ménos numerosas que distintas, y factor importantísimo en casi todos los hechos trascendentales de la vida de la humanidad en sus diversas fases, que quien detenidamente las considere hallará muy natural y lógica la capital diferencia de interes artístico é histórico con que las ciudades y distritos de la isla se nos presentan.

Apénas habeis salido de un paraje en que vuestro espíritu se extasíe, considerando el pasado por sus bellísimos restos, de repente os vereis circundado de monumentos que, por representar las ideas de vuestro tiempo y hallarse más en armonía con las concepciones de vuestra mente, será muchísimo lo que os recreen.

Entre todos los lugares de Sicilia merecen especialmente ser

estudiados aquéllos que desde la más remota antigüedad han sido siempre objeto de no interrumpida importancia.

El mérito de los monumentos antiguos y modernos sube grandemente de punto cuando en vez de alejados y separados, los encontramos puestos los unos en frente de los otros, para que de su comparacion y simultáneo estudio deduzca el ingenio provechosas lecciones.

Otra circunstancia hace más simpáticos los edificios antiguos, y es saber que no sólo han presenciado los acontecimientos remotos, sino tenido parte más ó ménos directamente en todos ellos, circunstancia que hace se los considere cual santuarios de tiempos remotos en que las divinidades de lo pasado ya olvidadas recibirán siempre veneracion y culto. Viene aquí apropósito el verso del poeta:

«*Shrine of all creeds and temple of all gods*» (1).

Difícilmente se hallará un país más apropósito que Sicilia para alejar del espíritu humano toda afición á algun determinado período de la historia ó á una forma artística de escuela particular.

En presencia de aquellos monumentos fenicios, griegos, romanos, sarracenos, normandos y españoles convéncese el pueblo siciliano moderno, no de otra suerte que lo hiciera el antiguo, el de la Edad Media, el de la Edad Clásica, que en aquellos muros, en aquellos arcos, en aquellas fuentes hay *un algo ulterior* y sublime que admirar, analizar y estudiar, si se halla libre el espíritu de las preocupaciones de tiempo y lugar.

Ese algo superior que en cada uno de los monumentos existe, requiere para su compresion, siquiera sea incompleta, que á todos ellos se imagine ser comun un elemento esencial complementario de todos los demas.

La historia de Sicilia es una narracion que se hace por entregas tan íntimamente relacionadas entre sí, que Timoleon, por ejemplo, no puede entenderse sin Roger, ni Roger sin Timoleon, y ambos á una conducen directamente á la fama siempre creciente de Garibaldi.

La unidad histórica se halla profundamente grabada en el

---

(1) Sagrario de todos los credos y templo de todos los dioses.

suelo de isla tan memorable, testigo principal de las dos grandes contiendas habidas entre el Africa y la Europa, ó sea entre las razas aryanas y semíticas.

La primera lucha fué la entablada entre los griegos y fenicios, adoradores aquéllos de Zeus como éstos de Moloch; la segunda, la que más de mil años despues trabaron entre sí los romanos de Occidente y los sarracenos, ó sea los discípulos del Evangelio y los del Koran.

Los sucesos de estas dos guerras y sus multiformes alternativas son las que dan á la historia de Sicilia, sobre la de todos los países, ese carácter especial tan agradable y variado que todos los autores se complacen en reconocer.

Conviene, sin embargo, notar que los dos aspectos distintos que hemos mencionado dejaron sus huellas impresas de muy diferente manera en las varias regiones de la isla.

Así es que el interes capital, tanto histórico como artístico de las regiones Norte y Oriental de Trinakria son completamente diversos. A poco que se examine la cuestion veremos que la una respira en todas partes los caracteres de la Edad Media, miéntras la otra reviste las propiedades de la Edad Clásica.

Adviértase que hemos dicho el interes principal, no el exclusivo; pues en realidad no existe punto alguno en la isla en que no viva fresca, representada en sus monumentos, la memoria de los tiempos primitivos juntamente con la de las edades posteriores, por cuya razon es casi imposible fijar la mente en aquéllos y hacer caso omiso de las segundas.

Con todo, cada período conserva en el órden geográfico un puesto, que hace se le considere el principal y más interesante, con relacion á los otros, que en tal caso son tenidos por secundarios.

## I.

## PALERMO.

En Palermo, por ejemplo, y en todo lo que á alguna distancia circunda á esta poblacion, absorbe principalmente el interes lo que lleva el sello de los últimos mil años. Diremos por qué. La historia nos enseña que la ciudad de que tratamos fué el primer territorio arrancado por los normandos á los sarracenos, pudiéndose, por lo tanto decir, que Palermo fué una ciudad esencialmente normanda.

Hemos dicho que Sicilia ha sido siempre el especial teatro escogido por las razas semíticas y aryanas para dirimir sus contiendas, y á buen seguro que nuestros lectores asentirán con nosotros al recordar que Palermo fué por los normandos conquistado á los sarracenos; mas ¿qué contienda fué esta? no ciertamente la primera, sino la segunda; es más: Palermo no nos puede dar cuenta directamente de la primera contienda. La razon es clara.

La historia nos dice que Palermo fué colonia fenicia, y el mismo testigo confiesa no haber sido la mano griega, sino la romana, la que hizo perder á la ciudad su aspecto fenicio. No se puede negar que Palermo asistió á la lucha primera habida entre las razas aryanas y semíticas; pero si asistió no fué al período más interesante, á la época verdaderamente siciliana de la contienda, á aquel período en que la caprichosa victoria se declaró por las banderas de la libre y esclarecida Grecia. Unicamente los libros son los que nos dicen haber sido Palermo fenicia en un principio y romana más tarde, puesto que del aspecto de la ciudad actual nada deducireis en confirmacion de lo primero y muy poco que demuestre lo segundo.

Lo contrario se echa luégo de ver con relacion á la segunda lucha trabada posteriormente entre las razas aryanas y semíticas, pues el período en que ésta se verificó fué el de verdadero brillo y lustre para la historia y el arte palermitano. Toda la magnificencia de la poblacion, toda su elevacion como cabeza de Sicilia y ciudad coronada por la presencia de

los reyes, se debió, no á la presencia de los fenicios y romanos, sino exclusivamente á la influencia de los sarracenos y normandos. Recuérdense si no los monumentos más notables de la ciudad, y aún de grande extension del litoral inmediato, y se verá que todos son iglesias ó palacios de estilo árabe construidos por los vencidos sarracenos por encargo de los señores normandos.

## II.

### GIRGENTI, SELINUNTE.

Dejemos ya á Palermo, y encaminémonos á lo que en un principio fué Akragas, más tarde Agrigentum, y hoy día Girgenti; y ¿qué es lo que encontramos? que cada nombre nos revela los diversos períodos porque la ciudad fué pasando, si bien en orden inverso al que en Palermo sucede. En Girgenti hay que hacer bastantes esfuerzos para descubrir las huellas normandas y sarracenas, al paso que los restos de la lucha primitiva, la lucha entre los griegos y fenicios, nos sale al paso con caractéres importantísimos é indelebles. Akragas será siempre la ciudad conquistada y demolida por los cartagineses. Aquí los restos de la segunda lucha entre las razas semíticas y aryanas, son una sombra comparados con los de la lucha primitiva, bien al contrario de lo que en Palermo sucede, donde la primitiva palidece ante los vivos resplandores con que brilla la segunda.

¿Y qué diremos de Selinunte? ¿Qué de Segeste, ciudad anti-helénica por excelencia y tan decididamente empeñada en conquistarse en la historia un puesto muy distinguido entre los pueblos que no quisieron abrazar las máximas del arte y política helénica? En vez de nosotros debieran aquí hablar aquellas personas, que al recorrer la isla, no siguieron otros planes que los dictados por su propio parecer y criterio.

Sucede algunas veces, que los médicos prescriben las saludables brisas de la costa siciliana; mas al mismo tiempo que aconsejan la libre circulacion por las ciudades que se levantan

en el litoral, prohíben internarse en la isla á causa de lo áspero del camino y de lo dificultoso del viaje. En tal caso lo mejor es resolverse á no mirar, siquiera sea por defuera, los ricos salones del museo palermitano. Los custodios del museo, dirán que nuestra proposicion es una barbaridad, pero seguramente habrá muchos que nos darán la razon.

En efecto, es grandísimo el número de personas para quienes la vista de un museo produce igual efecto que ver una cueva de ladrones; esto es, el de desear que cada objeto sea devuelto al lugar de su procedencia, al sitio en que su respectivo autor le colocó, único lugar en donde pueden los objetos artísticos desplegar toda su belleza. No hay momentos de más bochorno para un inglés de sentimientos patrióticos, que reconocer en el Akrópolis de Aténas los ejemplares ejecutados en yeso, con que fueron sustituidas las preciosísimas obras del arte griego al ser trasladadas al *British Museum*.

El sentimiento de que acabamos de hablar es verdadero y tiene cumplida razon de ser, mas ninguno de los que con más ó menos participacion faltan contra él, tiene derecho á quejarse cuando por algun camino faltaren otros. Decimos esto, porque todos los que en manera alguna quisieran que de Segesta y Selinunte se hubiera arrancado ni una piedra siquiera para trasladarla á Palermo, si se llegan á ver en la imposibilidad de visitar las referidas arruinadas ciudades, al encontrar en el museo de Palermo algun objeto precioso trasladado de los restos de Segesta y Selimunte, lo estrechan contra su pecho y dán mil gracias de haberlo encontrado.

Hay personas que deben tenerse por muy felices con haber dado en la extravagancia de creer que las esculturas griegas son objetos tan grotescos, poco más ó ménos, que las obras romanescas del Norte de Europa.

Aunque se esté de prisa, aunque sea corriendo, se deben ver las estatuas de Perseo, matando á Medusa, de Hércules, conduciendo á los Cercopes, grupos todos, representados en los metopes Seluntinos, en los cuales se aprenden lecciones muy interesantes, cuando se los compara con las esculturas postreras de la misma procedencia, que, si bien no son todo lo malas que pudieran, poseen muy escaso mérito. No puede

afirmarse lo mismo del grupo que representa á Aktaion y sus perros, aquel sobre todo que su dueño parece querer ahogar entre las manos; obras todas tan artísticas, que aún al mejor escultor (1) le honrarían.

### III.

#### SOLUNTO.

Si á todo viajero produciría disgusto marchar hácia el Este sin visitar ántes á Segesta ó Selinunte, mayor aún se lo causaría el verse obligado á dirijir sólo una mirada á las ruinas de Himera, ó pasar enteramente por alto los restos de Cefalú. Esto hace que el espíritu reciba perfectamente el panorama de Solocis, Soluntum ó Solunto, ciudad fenicia colocada en un alto, y cuyas ruinas se han descubierto en gran parte sin que hasta el presente resulten verdaderos caracteres fenicios. Con todo, Solunto es un sitio digno de visitarse por lo mucho que en él puede aprenderse, y por los grandes materiales que sugiere para la meditacion, en lo cual le supera en tal grado Cefalú, que no parece aquél si no sombra del segundo. Entre los monumentos de la ciudad que más impresionan el espíritu merecen recordarse el monasterio del rey Roger y las ruinas del palacio habitado por los reyes en la estacion de primavera.

A medida que se va dejando atrás la costa Noroeste, y nos internamos por las regiones del Oriente, notamos con gran sorpresa que el rey Roger, gran centro de la historia palermítana, va paulatinamente perdiendo su primordial importancia, apareciendo en cambio como carácter secundario, modificaciones que no sólo afectan á la persona del rey, sino también á todo su dinastía, de tan secundaria importancia é interes, segun nos trasladamos á las referidas regiones, que apenas si hay vestigios de la gran unidad que en el Occidente de la isla produjeron sus diferentes miembros. Nadie crea por

(1) *Esquilo. Sept. c. Theb. 473.*

ὁ σηματοουργὸς δ' οὐ τις εὐτελής ἄρ' ἦν  
ὕστις τοδ' ἔργον ὤπασε προσ ἄσπίδι.

esto que las antigüedades de la costa oriental de Sicilia ofrecen escaso interés bajo el punto de vista sarraceno y normando; lo único que afirmamos es que sus reflejos son pálidos comparados con la luz vivísima con que en la parte oriental resplandece dicho carácter.

Como circunstancia muy digna de mencionarse añadiremos, que el personaje más importante en la historia normanda de la Sicilia Oriental, no es el rey Roger, sino su padre, Roger el gran Conde.

No son únicamente los sarracenos y normandos los que en la costa oriental presentan caracteres distintos que en las otras. También los fenicios ofrecen igual fenómeno. En Palermo, y aún en Solunto, cuesta algún trabajo ver claramente las huellas del pueblo comercial por excelencia de la antigüedad. Ahora bien, una vez resucitada y vivificada su presencia, aparecen aquéllos ante la mente del hombre pensador bajo la consideración de unos colonos hasta cierto punto inocentes, que pasan tranquilamente la vida en ciudades de su fundación. Nada tiene de particular que también en la Sicilia Oriental, en épocas muy remotas, pertenecientes al período que precede á la retirada de los fenicios hácia las regiones que en el Noroeste conquistáran, viviesen los hábiles comerciantes en las regiones del Este, como de las del Oeste dijimos; es decir, que ocupasen pacíficamente el país, que fundasen en el territorio ciudades, y en ellas llevasen la vida que en muchísimos puntos del Egeo sabemos por la historia llevaban.

Más sea de esto lo que fuere, es lo cierto, porque la historia nos lo enseña, que en toda la costa oriental los fenicios aparecen revestidos del odioso carácter de invasores temibles, como sucede en la griega Siracusa, y de más que invasores, cual acontece en la helénica Mesena.

¿Cuál es, pues, el carácter histórico dominante en la Sicilia oriental? El helénico, cuyo principal asiento es la ciudad de Siracusa, en donde se presenta con todo su brillo y esplendor. Al verse todo hombre pensador en medio de Siracusa, exclama con toda la efusión de su alma: «Me encuentro en plena Grecia, no ménos que si pisára las playas del Atica ó del Peloponeso.» El helenismo de Siracusa y países contiguos ofrece una

especial diferencia sobre el del Atica y el Peloponeso, y es el de que, mientras estos países son todavía griegos, la Sicilia Oriental hace ya tiempo que gira en un círculo de muy distintas ideas. Muchas son las razones que convencen de la posibilidad y aún necesidad de este cambio; sólo diremos una que vale por todas las demas.

La antigua Grecia fué un país formado de penínsulas é islas en las que de uno á otro mar todo era griego, hasta el aire que se respiraba, hasta las aguas que se bebían. Siracusa, á su vez, porque así nos lo refieren las historias, y porque sin que ellas lo dijieran lo vemos en el dia nosotros, llegó á ser la más importante de las ciudades griegas, y sin miedo de equivocarnos, podemos añadir de todo el continente europeo. Ahora bien, ¿cómo había de poder una isla tan grande, habitada en el interior por gentes tan bárbaras, llegar á helenizarse en los mismos extremos que las islas del Este y Oeste de Grecia, y sus habitantes adquirir las cualidades de *akte* nacido en la Argólida ó en Atenas, por grandes que fuesen los esfuerzos realizados por Siracusa para conseguirlo?

#### IV.

##### MESINA.

La gran ciudad del estrecho, el punto de connexion entre la Sicilia Oriental y la del Noroeste, desempeña propiamente el papel de estacion intermedia entre ambas regiones. Cada uno de sus nombres nos revela con toda claridad que nos hallamos en tierra poblada por colonos. En un principio la llamaron Messena, más tarde, los latinos, conservando la verdadera forma dórica de la palabra, la cambiaron en Messana; nosotros hoy dia la designamos con la voz Mesina, que por su especial estructura y desinencia da luégo á conocer, aún al hombre ménos versado en cuestiones históricas, que no fué el pueblo de que tratamos el primero del mundo en llevar tal nombre, sino que por haber ya otro que lo llevaba se le impuso al siciliano.

Nada más comun en geografía política que encontrar dos ó

tres poblaciones con idéntico nombre, no porque las unas dependan de las otras, sino por meras casualidades. Nadie ignora que existen dos Dorchester, dos Bayonas, dos Tolosas, dos ó más Bolonias, varias Lucenas, y otros muchísimos pueblos con un mismo nombre, fenómeno que no es de ayer, puesto que la historia nos habla de la Aténas y Eleusis, que primitivamente se levantaban en Beocía.

En todos los casos citados, falta el conocimiento de una razón que explique la imposición de nombres iguales á lugares diversos; no así en el caso de la Messene de Sicilia y la del Peloponeso. Aquí hay verdadera relación. La conexión es tan directa como la existente entre el Boston de Holanda y el de los Estados-Unidos de la América del Norte, entre el London del Támesis y el del Canadá. Y hémos aquí abordando una de las cuestiones más árduas que pueden ocurrir tratando de nomenclatura y vida colonial. Naxos, Messene y Megara son nombres con que se quisieron reproducir las memorias de viviendas humanas más antiguas y á la sazón no existentes. Al tratarse empero de Messene, debemos considerar una circunstancia que la coloca en condiciones diversas.

El nombre de Messene resonó en Sicilia posteriormente que en el Peloponeso, y cuando resonó, fué como eco que repetía la voz que en otro punto se lanzaba al espacio. Hay, á pesar de todo, un concepto, según el cual pudiera decirse que la Messene siciliana fué primero que la del Peloponeso. Oigase cuál. La Messene de Sicilia, fué, á no dudarlo, la primera ciudad con tal nombre apellidada, pues si bien la Geografía nos habla en el antiguo Peloponeso de una Messene, como también de una Elida, los puntos, con tales nombres designados, eran regiones, no ciudades.

¿Pues y la Messene, reedificada por Epaminondas, juntamente con Megápolis, para que juntas sirviesen de puñales clavados en los flancos de la república espartana, que la desangrasen y debilitasen, no existió mucho ántes que la población siciliana? Quien entienda un poco de cronología, se convencerá luego de que, históricamente hablando, la ciudad del Peloponeso es posterior á la de Sicilia. Sucede aquí, aunque con alguna oscuridad, lo que claramente comprenderíamos pasa-

ría si no habiéndole dado á la ciudad de *Boston*, en el Massachussets el nombre que tiene, sino el de *Holanda*, en estos últimos tiempos, se edificase en los Países-Bajos un pueblo con el nombre de Holanda.

Hemos aducido el ejemplo de Boston, porque en nuestro sentir la nomenclatura de las modernas colonias europeas presenta grandísimas analogías y contrastes con la nomenclatura de las primitivas colonias griegas, al ménos hasta aquel periodo histórico en que la primera ha comenzado á ser completamente arbitraria, como hoy dia sucede en los Estados-Unidos norte-americanos.

Debemos, sin embargo, advertir, que uno de los modos de imponer nombres á las colonias recientes no tiene correspondencia en la época de los griegos. Hoy dia se aplican á ciudades de nueva planta los nombres de las antiguas, no porque se tenga en cuenta para nada la semejanza topográfica ni la identidad de construcción, sino porque la palabra con que designamos á la ciudad primitiva llegó con el tiempo á ser apellido ó título de alguna persona importante, cuya memoria se pretende perpetuar. Bien pocas serán por cierto las personas que oyendo los nombres de Washington y Melbourne se trasladan en alas de su memoria al Washington y Melbourne existentes en Inglaterra, sino que todos dirigen al punto su mirada intelectual hácia los hombres célebres que los llevaron.

El origen del nombre Mesina se halla envuelto en no ligeras dificultades. Ni fué Messene el nombre más antiguo de la ciudad construida sobre el estrecho, ni suponiéndola ya con el nombre en cuestion, ha de considerársela colonia fundada por los habitantes de la region del Peloponeso llamada Messenia. El primitivo nombre de la ciudad fué *Zankle* y *Zanklou*, voz que, segun nuestros informes, quiere decir lo mismo que *hoz*. Y en verdad que no puede designarse la poblacion con vocablo más expresivo. La forma de la hoz puede en el dia reconocerse perfectamente en aquella estrechísima lengua de tierra que mar adentro avanza en el puerto de Mesina, como avanzaba en el de la antigua Zankle, formando el promontorio que entónces se designó con el vocablo *Akte*, por más que

tanto se diferenciase de las penínsulas Aticas y Argólicas á que usurpára el nombre.

Lo más notable del lugar en que la poblacion se extiende es el rompe-olas natural de que hemos hablado, y á cuya firmeza se debe el que, á pesar de las muchísimas vicisitudes por que Mesina ha pasado, conserve todavía las propiedades de excelente puerto de mar. Como era natural, los sucesivos dueños de la isla fijaron muy particularmente su atencion en posicion tan ventajosa, resultando, por consecuencia, ser siempre Mesina una de las principales ciudades del país, y aún durante no poco tiempo la segunda, no sin pretensiones muy legítimas para que se la considerase como la primera.

Quien desee hacerse plenamente cargo de la posicion del puerto de Mesina y de su natural rompe-olas, que le hizo merecer con justicia el nombre de *Zankle*, en el sentido que arriba citamos, conviene verifique una ascension á cualquiera de las colinas que la rodean, y las que ya desde la misma orilla del mar comienzan á elevarse sin interrupcion. Mesina no se halla, como Palermo, situada en medio de una rica *campagna* de vez en cuando cruzada por montañas; su bellísima situacion, de la que es imposible hacerse cargo si no se ha visto, le ha hecho con justicia merecer el poético título de «Concha de Oro.»

Los collados sobre los cuales estriba Mesina no son muy altos, mucho ménos en las inmediaciones del mar; sirven sin embargo, para hacer que la ciudad presente un aspecto sumamente variado, debido á las ondulaciones que en los hondos presentan las calles, y á la sorprendente majestad que en los altos ofrecen los monasterios y fortalezas. Desde las colinas que á espaldas de la poblacion se levantan, son de ver la ciudad, el estrecho, el continente, cuya primera poblacion, tan próxima que parece tocarse con la mano, encierra en su nombre mismo una perpétua memoria, de que la isla y el continente estuvieron un tiempo unidos entre sí.

El punto en que más fresca vive la memoria del terremoto ó cataclismo terrestre que produjo la separacion de la isla del continente, sin lo cual hubiera sido imposible la existencia de un reino de las dos Sicilias, es *Rhegion* hoy *Reggio*, nombre

que quiere decir, lugar de la separacion. Una vez admitida la verdad de la expuesta condicion geológica de Sicilia, nada más lógico que considerar á *Zanklon*, la inmensa hoz de arena que hizo se diese á *Zanklè* nombre tan gráfico y que tanta grandeza le proporcionó, como un vestigio de la lengua de tierra, que en tiempos muy remotos sirvió de lazo de union entre la gran península italiana y la gran isla del Mediterráneo.

## V.

## PRIMIVIVOS TIEMPOS DE MESINA.

El nombre Sículo de la ciudad, hace sospechar que los moradores pre-helénicos de la isla, hubieran de mirar con ojos de predileccion, tan ventajosa posicion, levantando en ella edificios y depósitos de comercio. Así es, que cuando los primeros colonos griegos arribaron, debieron encontrarse, no con una costa deshabitada y desierta, si nó quizás con una fortaleza, tal vez con una ciudad de los sículos.

En cuanto al estado de adelanto político y militar de los sículos, nos inclina á juzgarlo favorablemente, el saber eran los isleños muy allegados á los latinos, y, por consiguiente, á los romanos, como pertenecientes á una misma raza. Nuestra opinion, sin embargo, no pasa de simple conjetura, pues lo que es históricamente, sólo sabemos que Zankle no tuvo de Sícucula más que el nombre. La historia no nos la presenta sino como una colonia griega poblada por expedicionarios venidos de una ciudad calcílica.

Para la actual historia de la ciudad, hace muy poco al caso que sus fundadores viniesen directamente de Cálcis, poblacion de la isla de Negroponto, de Cúmas en Italia, ó de la próxima isla de Naxos. Lo cierto es, que hácia fines del siglo VII ántes de Jesucristo, época en que ya comenzaban en Grecia á computarse los sucesos con cierto orden cronológico, gracias á la invencion de la escritura alfabética, en tanto que los acontecimientos de Roma yacian rodeados de fábulas en las más densas tinieblas, hubo una ciudad Jonia, que,

abundante en poblacion y comerciales empresas, lanzó hácia el Occidente sus hijos, que, vista la excelente posición ocupada por Zanklon, cayeron sobre ella y la hicieron emporio de sus riquezas. A la fundacion de Zanklon, debió seguir la de Himera, otro de los pocos focos de civilizacion que brillaron en la costa septentrional de la isla, y otro testigo tambien, primero de la gran victoria de los griegos sobre los fenicios, como más tarde de la sangrienta y cruelísima venganza tomada por los fenicios sobre los griegos.

Por fortuna, de la historia de Mesina existen todavía algunas citas en los historiadores de los tiempos antiguos, las cuales hacen alguna luz en la difícil cuestión de lo que fué Zankle, cuando aún conservaba este nombre. Herodoto, á quien nadie tachó nunca de emplear palabras inútiles ó ménos exactas, deja en sus escritos marcados con la infamia de *tiranos* á los gobernadores de Gela y de Rhegion, mientras á los Skitos de Zankle concede el honroso título de *reyes*. Cierto que nunca jamás en las colonias griegas estuvieron las funciones del rey y del tirano tan perfectamente deslindadas como en la metrópoli.

En Siracusa, por ejemplo, debieron los gobernantes tener singular placer en ser llamados reyes por cualquiera que, como Píndaro, sintiese poco escrúpulo en otorgarles tal título. En cambio en la isla de Chipre, donde á Evagoras y á otros gobernadores griegos se les denominaba con el título de tiranos, se obró de tal modo casi inconscientemente, pues aquellos príncipes no tenían de las propiedades del tirano más que heredar de sus mayores el poder de rejir la nacion.

En la cuestion de si fueron ó no tiranos los que gobernaron un pueblo griego, cuando no tenemos más datos con que ventilar la cuestion que el ser llamados reyes por los historiadores, conviene tener muy presente que, lo mismo en los estados limítrofes de la Grecia, que en las colonias, continuó rigiendo la monarquía primitiva y heróica, aún despues de abolida aquella institucion en todos los estados de la Grecia propia. En este sentido podemos decir que en Zankle, lo mismo que en Salamina de Chipre, no faltó nunca el gobierno de un príncipe ó rey; de otro modo es inconcebible pusiese

Herodoto tan gran cuidado en diferenciar los reyes Skitos de los tiranos Hipócrates y Agesilaos.

Es circunstancia muy curiosa, pero que no desdice del carácter general de la historia siciliana, el que los dos acontecimientos más culminantes de la historia primitiva de la ciudad impliquen otras dos revoluciones, fruto la segunda de la primera. Por dos veces y merced á la más infame alevosía, entraron gentes nuevas en la ciudad, que de ellos recibió nombres nuevos. Skitos, el príncipe excelente y enteramente ajustado á la legalidad en el mando, fué el último de una serie de gobernadores pertenecientes en su totalidad á una misma familia. De ellos pasó el dominio de Mesina á los naturales de Samos en el Asia Menor, de un modo bastante indecoroso.

Cuentan los historiadores, que convidados por los mesineses, al huir de la persecucion de los persas, unos fugitivos de Samos, para que unidos los esfuerzos de ambos pueblos fundasen nuevas colonias en la parte septentrional de la isla, despues de aceptar la oferta, y con ella no pocos auxilios de parte de los mesineses, en vez de cumplir lo pactado, incitados por el tirano de Rhegion, se aprovecharon de la ocasion en que el ejército mesinés se encontraba fuera de la plaza sitiando una ciudad, para volver contra sus protectores las armas, y caer súbitamente sobre Mesina. que, no pudiendo resistirse, hubo á poco de sucumbir. Hechos son estos que en la significativa lengua italiana han recibido el nombre de traiciones mezquinas, y que han dado ocasion á las célebres frases con que lord Macaulay los anatematizó.

Traicion fué tambien, y nefanda, la de Hipócrates, tirano de Gela, quien habiendo llegado á su corte varios de los ciudadanos de Zankle, injustamente desposeidos por los de Samos de sus hogares y riquezas, en vez de favorecerlos, como estaba obligado, por ser sus aliados, los remitió maniatados á los de Samos, con recado fundado en no sé qué razones, para que luégo robasen á aquellos desgraciados, los redujesen á esclavos, y si bien les parecía, les quitasen la vida dándoles acerbamente la muerte. Verdad es que los corsarios de Samos fueron mucho más compasivos que Hipócrates, y no realizaron los consejos de gobernador tan perverso.

Hemos dicho ántes, que Herodoto marca á los gobernantes de Gela y Rhegion, Hipócrates y Agesilao, con el sello de tiranos. De Hipócrates ya hemos visto las pruebas; digamos algo de Agesilao. Despues de haber contribuido con Hipócrates á la ruina de Zankle, se conjuró contra los de Samos, no de otro modo que ántes lo hiciera contra los Zankeos, los echó ignominiosamente de la poblacion, y en su lugar puso á una nueva colonia formada de gente advenediza y aventurera, sin patria y sin religion, pero que por haberse puesto incondicionalmente en manos de Anaxilao, reunía ya más que suficientes condiciones para ser secundada y favorecida. Entre los nuevos invasores, debieron, sin duda, contarse numerosos mesenios procedentes del Peloponeso, quienes derrotados segunda vez por los espartanos, y abrumados por las cadenas con que Lacedemonia los oprimía, resolvieron emigrar. El mismo Anaxilao se nos presenta con caractéres que permiten sospechar su procedencia mesenia.

Claro está que á través de tantas perturbaciones, la ciudad cambiaría por completo de aspecto, y que su nombre antiguo llegaría á ofrecer pocas simpatías á los pueblos advenedizos, circunstancias todas que hicieron muy natural la sustitucion del nombre primitivo por el de *Messene*, que entónces se la dió, convertido más tarde en *Messana*, y hoy sustituido con el de Mesina, quedando con esto demostrado, que, si bien hubo una region llamada en lo antiguo Mesenia, Zankle fué la primera ciudad á que tal nombre se destinó.

Historias son las expuestas que contristan por cierto el ánimo de quien las tuviese por indignas del noble espíritu griego, siendo despues de todo consolador el saber que el rey de Mesina, Skitas, halló en sus últimos dias excelente hospitalidad entre los persas, que le protegieron y defendieron hasta que espiró. Nos hemos detenido algo más en exponerlas con toda la extension que Herodoto lo hiciera, porque, segun ya indicamos, vemos en ellas un modelo exacto de las escenas que doscientos años despues se representaron en la misma ciudad.

## VI.

## MESINA EN LAS GUERRAS PÚNICAS.

Durante las guerras púnicas de Dionisio, á ser ciertas nuestras noticias, Mesina debió ser totalmente destruida y arrasada por Himilcon y sus prosélitos, no de otro modo que algun tiempo ántes lo fué Akragas. Nada más apropósito para describir la ruina de la ciudad, que las palabras de Diodoro Lículo, que con caractéres tan indelebles la procuró describir. Dice así:

Ιμιλκων δε της Μεσσηνης τα τειχη κατασχαψας προσεταδε τοις στρατιωλαις χαταβαλειν τας οικιας εις εδαφος, και μηθ' υλην μητ' αλλο μηδεν υπολιπειν, αλλα τα μεν κατακααιω τα σε συντριφαι. ταχυ δε τη των στραιωτων πολυχειρια λαβοντων των εργαων συντελειαν, η πολις αγνωστος ην οπου προτερον αυτην οικεσθαι συνεβαινειν (1)

Así se explica en gran parte el singular fenómeno de no encontrarse en Mesina tumbas ni templo alguno, en tanto que que la antigua Akraga los conserva aún tan admirables y bien conservados. La importancia empero de la posición topográfica de Mesina, hizo que la antigua ciudad se levantase de sus ruinas más poderosa, si cabe, que ántes, hasta el punto de que, excitando sus riquezas y magnificencia la rapacidad de los mercenarios de Campania capitaneados por Agactoles, estos viles salteadores se lanzaron, como en otro tiempo los expedicionarios de Samos, sobre la ciudad, la hicieron suya, y ¡cosa inaudita! tuvieron la avilantez y criminal osadía de degollar á los indefensos moradores.

Con tan negros auspicios, entraron los mamertinos en Mesina, llamada Zankle en lo antiguo, y despues del suceso referido, *Civitas Mamertina*, si bien el nuevo nombre no pudo prevalecer. No puede decirse lo mismo con relacion á los invasores, quienes en determinado tiempo gozaron de verdadera preponderancia. A ellos se debe el arribo á Sicilia de los ro-

(1) Diodoro, XIV, 58.

manos, acontecimiento de no pequeña importancia, según es fácil colegir de las consecuencias que trajo.

Antigua era y reconcentrada la enemistad que Roma y Cartago se tenían; ambas aspiraban á la posesion del Mediterráneo, ambas al dominio del mundo, y no estaba muy léjos el dia en que, para dirimir sus querellas, habían las dos de acudir á las armas. En esta contienda todo fué lógico, todo fué natural; la manzana de la discordia había de ser Sicilia, puente natural para saltar de Italia al África, y estacion la más céntrica y apropiado para dominar el Mediterráneo. Mas como todo lo que en el mundo tiene lugar se verifica en determinada ocasion y por especiales motivos, los que sirvieron de pretexto á Roma para lanzarse en son de guerra contra Sicilia, fueron las cuestiones de los mamertinos de Mesina con los otros pueblos de la isla.

La ciudad que hoy contemplamos desde las elevadas torres de las fortalezas y conventos, fué la verdadera brecha por donde los señores de toda la península italiana asaltarán la isla, que sobre sus grandes é inmensas riquezas, soberbias y populosas ciudades, reunía la incomparable proporcion de hallarse tan cerca, y como quien dice, á la puerta de casa. Las largas y sangrientas guerras púnicas, las excursiones militares de Aníbal y Escipion, el sistema administrativo que Roma estableció en las provincias, la ruina de Cartago y su segunda existencia tan precaria y distinta de la primera, todo quedó determinado y escrito en el libro de las cosas efectivamente venideras, desde el dia en que los hijos de *Mamers* salieron por las bocas del Tiber á socorrer en Sicilia á sus hermanos, puestos en grande aprieto á orillas del estrecho de Mesina.

Tenemos, pues, que la contienda entre las razas aryana y semítica se reanuda de nuevo, y que se reanuda en tierras y aguas sicilianas. Hay, sin embargo, esta vez, una diferencia notable; la hegemonía del campo de batalla pasa, de las manos de los tiranos y repúblicas de excasa importancia, á las de la ciudad más poderosa del mundo, señora de todas las provincias y reinos en la antigüedad conocidos.

Una vez libre Mesina de la presion cartaginesa, que le preparaba otra segunda ruina como la anterior, se declaró re-

suelta aliada de Roma, que en pago la consideró como parte integrante de su propio recinto, y la hizo participante del derecho de ciudadanía, con tal extension, que los nacidos en Mesina disfrutaban iguales privilegios que los nacidos en Roma. Así continuó bajo el dominio romano como una de tantas otras innumerables ciudades, hasta que vino un día en que Roma dejó de ser Roma. Al brillar ese día, el puerto de Mesina, defendido por el célebre *Zanklon*, vió en su seno blanquear las lonas de los bajeles con que Belisario, despues de conquistar para el imperio de Oriente la ciudad de Palermo, pretendía hacer lo mismo con las de Nápoles y Roma.

Antes de estos sucesos, y á la vez que ellos, habían ocurrido trascendentales transformaciones. Cartago había desaparecido de la haz de la tierra bajo las manos romanas con más eficacia aún que Mesina bajo las de los cartagineses; mas reedificada por César, engrandecida por Adriano, y embellecida por Septimio Severo, llegó á ser, si no tan importante como Roma, al ménos la primera ciudad despues de ella; en ella nacieron grandes obispos cristianos, en ella reinaron célebres reyes vándalos, y, conquistada por Belisario para el imperio de Oriente, adquirió en éste tanta importancia, que Heraclio, el gran emperador, el salvador de la cristiandad, amenazada de cerca por los Avaros y Persas, llegó más de una vez á pensar en trasladar la cortè del imperio á la ciudad de Dido.

Hemos llegado á la segunda parte de la contienda en la que los herederos de los antiguos enemigos, imbuidos en otras creencias é impulsados por distintos principios que sus antepasados, se lanzan á combatir. A los griegos han reemplazado en la lucha pueblos descendientes de Roma, en tanto que el velludo Sarraceno viene á ocupar la plaza de los fenicios. Cartago, ciudad ántes semítica y esencialmente baalítica, romanizada y cristianizada resistió por muchos años los ímpetus sarranos, hasta que, no pudiendo más, se rindió para no volverse á levantar. Sólo queda como memoria de la gran ciudad, emporio otro tiempo del comercio universal, el célebre pueblo por ella fundado en las costas orientales de España, y el que más tarde han levantado los españoles en las playas americanas á orillas del Magdalena. Esta es la condicion

de los pueblos. Ahí está Mesina floreciente aún y llena de animación, mientras nadie se acuerda ya para nada de la esclarecida Mesina que le diera nombre.

El ardiente sarraceno que tanto se ensañó contra la romanizada Cartago, no sólo no atentó contra la romana Mesina durante los dos siglos que la tuvo bajo su yugo, sino que la permitió vivir y comerciar como antes, hasta llegar el día en que los normandos la reconquistaron y le dieron nombre y lugar entre las ciudades europeas y cristianas.

Al considerar el beneficio inmenso prestado á Mesina por Roma impidiendo que los cartagineses llevasen á efecto la proyectada ruina de la ciudad del estrecho, no pudimos ménos de evocar el gran nombre de Cartago. Con este nombre acuden á nuestras mentes varias cuestiones. La primera es: ¿en qué fuente tan reducida y escasa han bebido la historia, cuantos, trazando en ella una línea divisoria imaginaria, olvidan que la ciudad de Himilcon y de Aníbal volvió posteriormente á rehacerse y cobrar nueva vida con los Ciprianos, los Gensericos y los Heraclios? La segunda es todavía más natural y lógica que la anterior. Al saber que Roma y Cartago se disputaran la posesion de Mesina, quisiera el observador recrear sus ojos en magníficos restos de aquellos tiempos. Deseo inútil, que una triple realidad le hará ver que apenas existe alguno.

No faltan en Mesina restos de la época en que Roger la rescató del poder de los árabes, suceso verificado con anterioridad á la conquista de Palermo: quedan aún muchísimos restos de aquella Mesina que la casa de Borbon mandara bombardear en tiempos recientes; pero de la época en que las escuadras de Himilcon ó Belisario se abrigaban en el puerto Mesina, no queda más que la inmortal bahía, y el imperecedero *Zanklon*. Por lo que toca á restos arábigos, son muy pocos los que se conservan, no obstante de haber la ciudad permanecido durante dos siglos en poder de los sectarios del Islam.

Hubo un tiempo en que Mesina volvió temporalmente á la alianza de los Césares del Oriente, cuyas tropas mandadas por Jorge Maniako, fueran eficazmente auxiliadas, si hemos de creer las insistentes relaciones de los historiadores nor-

mandos, por los hombres del Norte. Quien más brilló en la reconquista de la ciudad fué un hombre famoso en la historia de Inglaterra, á saber, el noruego Haroldo Hardrada, que con la constancia más extraordinaria del mundo, trabajó más tarde por apoderarse de Inglaterra hasta que fuera derrotado y muerto en Stamfordbridge (1).

Maniako, que en la toma de Sicilia representa un papel tan secundario, fué verdadero héroe en la de Siracusa; más en la resolución en que estamos de no mezclar los sucesos, tenemos por más oportuno detenernos aquí por lo que respecta á otras ciudades, y entrar de lleno en la narración de los sucesos posteriores de Mesina.

## VII.

### LOS NORMANDOS EN MESINA.

Los normandos habían llegado á aquel período en que la historia nos los pinta llenos de fé para acometer por sí solos difícilísimas empresas, con especialidad en Italia. Persuadidos de la importancia de Mesina, emprendieron su conquista luchando para ello con indecibles peligros. El poeta que nos describe los sucesos, aunque pesado y poco expresivo de ordinario, al describir el estrecho y sus peligros, de tal suerte se inspira que hasta raya en elocuente y sublime. Hé aquí algunos de sus versos:

*Dux ibi militibus sumpti ratibusque paratis ,  
Transvehitur Siculum multis comitantibus aequor ;  
Quod licet angustum, licet est grave praetereundum  
Scilla Caribdis ibi diversa pericula praebent;  
Una rotat navis , illidit et altera saxis (2).*

(2) Véanse las conquistas de los normandos, II, 77. Amari, *Storia dei musulmani in Sicilia*, II. 385—6. Es de notar que Jorge Kedrenos (II, 520), llama cartagineses, Καρχηδονοι, á los africanos que vinieron en socorro de los musulmanes sicilianos.

(2) Guillermo de Pulla, lib. III. Muratori, v. 265. No merece ninguna

Guillermo Fierabrás, conde de la Pulla, parece que se dejó intimidar, y no quiso exponer su flotilla á las iras de Escila y de Caribdis; en cambio su hermano Rogerio quiso jugar el todo por el todo, teniendo la suerte de que sus naves sufriesen poco más ó ménos el mismo insignificante detrimento que hoy sufren los buques de vapor cuando surcan aquellos parajes.

El verdadero peligro para los normandos no fué Caribdis y Escila, sino los mahometanos mesineses, que se defendieron á la desesperada, si hemos de creer las palabras de Godofredo de Malaterra. Mas al fin Mesina cayó en poder de los normandos, y si la ciudad fué poderosa y rica bajo el yugo sarraceno, no lo fué ménos en poder de sus nuevos señores, quienes hicieron de ella además el centro de sus ulteriores combinaciones sobre los otros pueblos de la isla hasta que conquistaron á Palermo.

Sería injusto quien dijese que los normandos no procuraron dejar á la posteridad un nombre glorioso grabado con indelebles caracteres en monumentos imperecederos. Testigo es de ello la iglesia metropolitana de Mesina, que, aunque deteriorada y desfigurada, da bien á las claras á entender el celo de los conquistadores cristianos y el arte de los vencidos sarracenos á quienes quedára la construcción del templo sometida. Ciertamente que Mesina es de las ciudades sicilianas más pobres en monumentos de la Edad Media; más esto no impide que sus alrededores contengan, ora ocultos, ora manifiestos, no pocos fragmentos así eclesiásticos como domésticos, pertenecientes á la época de los normandos y de las otras dinastías que les sucedieron.

---

fé la narracion que aduce Muratori en su vol. 614, titulada: *Brevis Historia liberationis Messanae*. Muchas de las apreciaciones del libro en cuestion distan mucho de haber pasado por el crisol de la crítica. Y á la verdad, el suponer que un autor allá en pleno siglo xi pudo discurrir y usar el nombre de *Mamertina civitas*, es concederle un caudal de erudicion ó pedantería poco comun en aquellos tiempos, mejor diremos casi imposible. La calificación de *noviles Mamertini* nos parece tan fuera de lugar como lo del nombre de la ciudad. Otro dislate es el afirmar que la poblacion tuvo desde muy antiguo por armas una cruz de oro en campo rojo: *aurea crux in rubeo campo depicta*.

El primero y más vistoso de todos es la gran catedral mesinense, templo que, no obstante los repetidos é intencionados esfuerzos de no pocas generaciones para hacerla perder sus muchas riquezas históricas y artísticas, conserva aún muchísimos restos de la gran fábrica con que el conde Rogerio pensó adornar y santificar la ciudad por él arrancada al poder de los infieles.

Debemos, sin embargo, confesar que por muy grandes que sean los motivos de queja de Mesina contra los destructores y encolerizados bárbaros del siglo xvii, todavía le asiste el consuelo no pequeño de que los insensatos no llevaron su obra de destrucción al extremo que lo llevaron en Palermo los bárbaros del siglo pasado.

El estilo que el conde Rogerio y todos los monarcas sucesores é imitadores de su ejemplo siguieron, fué el que á la sazón seguían los recién conquistados sarracenos, estilo que alcanzó su máximum de perfección en Monreal y en la capilla real de Palermo. Las columnas de los edificios de aquel tiempo, ya sea porque en su mayoría fuesen extraídas de los antiguos monumentos, ya sea porque aunque se hiciesen de nueva planta, tuvieron á la vista los artífices modelos antiguos, es lo cierto que presentan formas clásicas ó á lo ménos bizantinas, en tanto que los arcos sostenidos por las columnas se hallan terminados en punta.

Conviene tener muy presente que el estilo especial de los arcos puntiagudos de Sicilia nada absolutamente tiene que ver, al ménos en sus primeros tiempos, con el estilo ojival importado por las naciones del Norte; como no sea que digamos, lo cual nadie ha aprobado, que el estilo gótico es susceptible de admitir aquellas transformaciones tan esenciales que le harían parecer, sin dejar de ser gótico, esencialmente árabe. Los arcos prolongados del estilo siciliano no tienen ningun parecido con los ojivales góticos.

Algunos autores han dado en llamar estilo de transición al que nos viene ocupando. Nosotros somos de parecer opuesto. Todos aquellos edificios levantados por maestros árabes que seguían la inspiración de príncipes cristianos, presentan caracteres propios y definidos, en cuya virtud es imposible confun-

dirlos con ningunos otros. Pudiera darse á este estilo el nombre de cristiano-arábigo. Uno de sus más bellos y grandiosos monumentos debió ser la iglesia de Nuestra Señora de Mesina. Describámoslo siquiera sea á grandes rasgos.

En medio de la iglesia, y separando las naves laterales de la principal, se levantan dos hileras de majestuosas columnas, que bien al contrario de como sucede en Monreal y Palermo, se extienden por todo el rededor de la iglesia aún por su parte occidental, de modo que logran formar una hermosísima galería enteramente parecida á las que en las magníficas catedrales de Alemania tanto nos admiran.

Los capiteles de las columnas son tipos enteramente clásicos los unos y cuasi-clásicos los otros. En cuanto á las columnas, por más que á ciertos autores parezcan traídas del templo de Poseidon, situado cerca del célebre faro, nosotros somos de parecer que es imposible pudieran pertenecer en su totalidad á un solo edificio. La parte superior de las columnas veíase terminada por arcos puntiagudos, como es de ver todavía en algunos restos cuando se pasa por las naves laterales.

Desde la aparición del Renacimiento en Italia hasta el decaimiento de las artes, suceso que personificó en España Carlos II, como en Inglaterra lo representó otro rey del mismo nombre, modificáronse en Italia muchos edificios levantados según planos antiguos; entre ellos tocóle la suerte á la catedral de Mesina, en la que el año 1682 vió desaparecer los arcos puntiagudos reemplazados con otros redondeados del género clásico, con propósito de que el edificio no presentase la más mínima apariencia arabesca.

Varias veces en el discurso de nuestra descripción hemos llamado á la nave principal obra del Conde Rogerio, hallándonos casi decididos á sustituir la palabra «Conde» con la de «Rey;» pues si bien Rogerio, el Conde, comenzó en 1098 la construcción del templo, parécenos muy difícil que para 1101, año en que falleció aquel personaje, se hallase adelantada, y mucho menos concluida la nave principal.

De todos modos, parece cosa fuera de toda duda, que en tiempos de Rogerio, el Conde, primer conquistador de la isla, se dió principio á las tres grandes cúpulas que forman el fin

de la iglesia por la parte que mira hácia el Oriente. El efecto que hoy dia producen por de fuera las cúpulas es bastante notable, más que todo, por haberse, en tiempos muy próximos á los nuestros, modificado las dos laterales de modo que parezcan torres redondas.

El principal interes que por dentro ofrecen las cúpulas es una serie de preciosos mosaicos muy posteriores por cierto á la data de ambos Rogerios. Todos los mosaicos son alusivos á los principales sucesos de la antigua historia siciliana, descollando entre todos la arrogante figura de uno de los hombres que más beneficios reportaron á la isla, y cuyo nombre vivirá siempre entre los sicilianos, áun cuando los más famosos queden sepultados en el olvido.

El hombre á quien aludimos, es D. Fadrique de Aragon, cuya expresiva figura, de fecha muy posterior á las otras, se halla postrada de hinojos ante una sagrada forma colosal rodeada de muchísimos símbolos, habiendo el artista sabido prestar á la cara del príncipe aragonés aquella independendencia y energía de carácter que tanto brilló en los actos de quien supo consumar la obra de independendencia iniciada en las Vísperas Sicilianas, luchando por conseguirlo con los franceses del continente, con el Papa Bonifacio VIII y hasta con su mismo hermano el rey de Aragon, D. Jaime II el Justiciero.

Si los sucesores de D. Fadrique de tal manera cayeron en la abyeccion que es casi imposible recordar sus nombres y órden, nadie puede culpar de ello al gran príncipe, como á ningun padre podemos culpar de las faltas de sus hijos. Como el gran mosaico nos ha legado la memoria de alguno de ellos, justo será que tambien nosotros dirijamos hácia los mismos nuestra atencion. En el mismo grupo que representa á don Fadrique vemos á dos hijos suyos, primero al que le sucedió en el trono, con el nombre de Pedro II, y algo más distante á Guidatto, que ocupó la silla arzobispal de Mesina.

En la cúpula del Norte, y enmedio de un grupo de santos, se halla la reina Isabel, esposa de D. Fadrique; y en la del Sur, su hijo Luis, rey más tarde, como lo indica una inscripcion latina que le acompaña, miéntras las de los otros santos

que le rodean se hallan escritas en Griego, no obstante de pertenecer tales monumentos al siglo xiv.

En presencia de tales objetos parécele al ánimo del espectador hallarse en alguno de los regios salones del palacio de los reyes sicilianos; tal es la impresion que produce verse entre tanto monarca antiguo y moderno.

Los que hayan visitado á Winchester habrán podido observar los magníficos sepulcros de los antiguos reyes de Inglaterra colgados en el aire. Otro tanto es de ver en la catedral de Mesina, donde descansan de igual modo los restos de dos reyes y de una reina. Uno de los huecos de la gran cúpula contiene el sarcófago del último Conrado, rey á la vez de Alemania y Sicilia, y cuyo reinado pasa en la historia como desapercibido entre el de su padre Federico II y el de su hermano Manfredo.

Otro de los espacios de la cúpula principal, y por cierto de los más céntricos y principales, se halla ocupado por un príncipe no ménos renombrado que D. Fadrique; hablamos de D. Alfonso el Magnánimo, nombre que desde el siglo xv ocupa un lugar muy distinguido en la historia de Italia, y del que hacemos aquí mencion porque fué el primero de los reyes que ántes de unirse las dos Sicilias al dominio español, logró ceñir las tres coronas de Sicilia, Nápoles y Aragon.

El último hueco de la parte Oriental encierra los restos de una princesa que, por haber desempeñado papeles muy insignificantes en la historia, es imposible al viajero recordar, á ménos que consulte su guía ó recurra al libro de notas. Esta princesa fué Antonia, viuda de Federico III, de la que no podremos hallar en los documentos sicilianos vestigio alguno como no revolvamos los posteriores á la época de Federico II (1).

---

(1) Siendo muchos de los soberanos sicilianos reyes tambien de otros países, claro está que había de resultar confusion en cuanto al órden de los monarcas. Cárlos II de España es justamente Cárlos III de Sicilia, si bien nadie le reconoce por tal, sino por segundo, irregularidad que reconoce por causa la oposicion de los insulares á mirar como rey suyo á Cárlos de Anjou.

El emperador Federico II es en Sicilia el primero de este nombre, y don

El principal objeto de interes histórico, y el más digno por tanto de ser examinado, es el que la iglesia metropolitana ostenta en su interior. Tal vez ostentara en un tiempo cosas mayores y de más mérito tanto interiores como exteriores; pero un fuego devorador acaecido en tiempos que se verificaban los funerales del rey Conrado, hubo de destruir gran parte del templo y de sus joyas artísticas. A pesar de todo, la iglesia conserva todavía muy grandes señales de lo que fuera en un tiempo, quedando especialmente ciertos trozos dignos por todo concepto de estudio.

Pocas personas habrá que en presencia de las singulares decoraciones de las tres portadas de la fachada de Poniente y de las esculturas de las mismas, juzguen las unas y las otras objetos de verdadero gusto, y ménos habrá que se detengan á examinarlas cual si fuesen materia de curiosidad. No parece sino que el autor se propuso desplegar en dichos objetos todo el lujo de imaginacion y fantasía de que era capaz. Muchos de los objetos en la portada esculpidos son esencialmente religiosos; en cambio hay otros para los que ninguna persona, por muy ingeniosa que se la suponga, hallará explicaciones simbólicas convenientes; tales son las esculturas que representan el arado y la recoleccion de las cosechas de vino y aceituna.

Los angelitos ó pequeños cupidos, que por todas partes se ven en la fachada simulando posar sobre ramas de árboles y cazar pájaros ó monos de poca edad, grupos todos difíciles de descifrar, como acontece con la mayor parte de las mitologías del Renacimiento, son, sí, muy hermosos, muy bien trabajados, pero muy poco á propósito para la edificacion cristiana de los que los miran. Una sola cosa hace en cierto modo injusta la crítica que de tales esculturas hacemos, y es la de que pertenecen á un período en que ya se habían marchitado las glorias de Sicilia.

Si hubiera para algo de tenerse en cuenta nuestra opinion, nosotros somos de parecer que más que un conjunto elegante

---

Fadrique de Aragon el segundo; razon que hace exista gran confusio sobre quién es el tercero, de cuya esposa hablamos arriba

y artístico, como el que se ha intentado crear en la fachada, hubiéramos deseado un trozo, siquiera como muestra, de lo que fué la fachada principal primitiva de la iglesia al concluir felizmente el rey Rogerio, lo que con tanto trabajo comenzára el conde del mismo nombre.

## VIII.

### OTROS MONUMENTOS DE MESINA.

No muy distante de la iglesia metropolitana merece visitarse un monumento antiguo, que si bien no puede decirse que satisfice por completo la curiosidad del que lo examina, tiene con todo, verdadero mérito, y á buen seguro que una persona inteligente se halle tentada del sueño cuando lo visite. Hablamos del templo titulado *Annunziata a' Catalani*, iglesia reducida, como la metropolitana, edificada en la parte antigua de la ciudad, y cuyos cimientos se apoyan, si hemos de creer la constante y local tradicion, sobre las ruinas del templo de Poseidon.

La *Annunciata a' Catalani* da por el Este á una calle y por el Oeste á otra, apareciendo en su estilo lo más semejante al Romanesco del Norte, que existe en toda Sicilia. Parece una cruz cuyo cuerpo es la nave, cuya cabeza es la cúpula, y cuyos brazos son dos absides laterales. Desde una de las calles se ve una de los absides adornado con arcadas redondeadas, que la hacen parecer muy distinta de las que se ven en Monreal y Palermo, y la ponen de tal configuracion, que sin alteracion alguna podría ser trasladada á Alemania, Normandía é Inglaterra, sin que en ninguno de estos países desdijera lo más mínimo de los edificios de estos países, como no fuese en cuanto á la cúpula que difiere algun tanto.

La fachada occidental de la iglesia se halla bastante desfigurada en su parte superior: la parte superior de los tres pórticos se conserva, no obstante, bastante bien. Los pórticos laterales juntamente con sus rectangulares adornos superiores y *tympana* que les acompañan, ofrecen un aspecto norte-italiano más bien que siciliano ó extrictamente septentrional.

La puerta de enmedio carece de *tympanum*, lo cual, sin embargo, no importa, dado que los soportes del arco redondeado están bien diciendo dónde nos hallamos. Uno de los órdenes del arco tiene capitel, casi-clásico; el otro, en cambio, descansa sobre soporte rectangulares que sorprenden tanto por hallarse en lugar que no les corresponde, como por hallarse cubiertos de inscripciones arábigas.

La sola vista de caracteres arábigos, nos está ya diciendo qué es lo que debemos hacer, tanto más cuanto que los mismos arábes nos dicen que las inscripciones contienen versos en los que el rey Rogerio invita á los gentiles-hombres de su córte á entrar en el Paraiso terrenal de su palacio. Aquí tenemos un caso más que añadir á los exagerados admiradores de los sarracenos de Palermo. En ninguna parte del mundo, como no fuese en Sicilia, hubiera podido pasar que un rey cristiano, es más, un legado de la Santa Sede, se dirigiese á sus cortesanos en la lengua del Koran.

El interior de esta pequeña y bonitísima iglesia ha sido recientemente restaurado, segun estilo moderno, perdiendo no poco en el cambio, como era de suponer. Sólo han quedado tal como antiguamente estaban: las columnas y los semiclásicos capiteles. Por la parte de poniente se eleva ántes de llegar al templo una gruesa pared con un arco plano enmedio construido á la antigua manera de Sicilia.

Muchos otros preciosos monumentos pertenecientes á diversas épocas hallará quien con atención los buscare, así por los templos como por las casas, especialmente en las fundadas en la calle que todavía se titula *Callè de los Monasterios*.

Aunque no proporciona al viajero extraordinaria sorpresa, excitará, sin embargo, algun tanto su curiosidad la iglesia de San Gregorio, cuya elevadísima torre, fabricada en espiral, ofrece al que á lo alto se encarama, preciosísimas vistas, así cuando el ojo se circunscribe á la ciudad, como cuando se estiende á lo más léjos. El templo fué, segun dicen, construido sobre las ruinas del de Júpiter; Júpiter que debió recibir adoracion siendo ya Mesina la ciudad Mamertina, no cuando aún se llamaba Zanklon.

Al pasar por delante de una pequeña iglesia llamada *La*

*Cattolica* prométese el pasajero encontrar una joya arquitectónica de gran precio en vista de la gran inscripción que se la anuncia como madre de todas las iglesias griegas. Debemos advertir que esta expresión únicamente se refiere á los *griegos unidos*, ya sea que literalmente fuesen griegos de origen, ya sea que fuesen, y es más probable, colonos albaneses que en distintas épocas buscaran en Sicilia protección contra la opresión y cautividad con que los turcos los oprimían.

Al fijarse en su iglesia los albaneses, establecieron un rito mezcla del Oriental, del Occidental y aún del Nacional; sus sacerdotes gastan barba y viven en compañía de mujeres, con todo, reconocen la autoridad del obispo católico. En cuanto al templo, en estos últimos tiempos se ha pretendido modernizarlo y corregirlo; nada, sin embargo, ha podido hacer desaparecer las primitivas formas bizantinas, que su autor intentara imprimirle.

Tanto *La Cattolica*, como las otras iglesias y edificios antiguos de Mesina, ocupan un lugar muy secundario, si se los compara con la iglesia metropolitana y la de los catalanes: estos dos templos son los que actualmente absorben todo el interés histórico de la arquitectura en Mesina.

Los normandos en un principio y sus sucesores más tarde, procuraron dejar grabadas sus huellas al pasar por Mesina, esto sin embargo, no obsta para que la ciudad ofrezca en general aspecto verdaderamente moderno. Al examinar los edificios se echan de menos muchos restos de la época que precedió á la llegada de los normandos, y no pocos sucesos importantes de la historia de la ciudad pertenecientes á tiempos posteriores á dicha llegada, carecen también de correspondiente representación en los edificios.

La opinión inglesa se halla hoy justamente excitada con la idea de que el conde del Poitu, rey también por una casualidad de Inglaterra, cuyo país visitó por dos veces aunque de corrida, una para ceñir su corona y otra para exigirle tributos, ese mismo rey apareciese en Chipre representando el tristísimo papel de saqueador y aún de manera más descubierta que primeramente lo hiciera en su propio reino.

Las personas á cuya noticia llegaran por un medio ó por

otro los desmanes cometidos por Ricardo, corazón de León, en la isla de Chipre, no podrán menos de enterarse de los que el mismo monarca cometiera en las ciudades de Mesina y Ragusa, no sólo comparables con aquéllos, sino aún acaso mayor.

En Ragusa, no la oscura é ignorada ciudad de este nombre existente en Sicilia, sino en la gran ciudad de las rocas y los grandes bajeles mercantes, se presentó Ricardo sin muchos medios de hacer mal, por cuyo motivo la historia ó la tradición hasta le atribuye en estas circunstancias ciertos sentimientos generosos. ¡Ojalá no tuviéramos que reprochar á Ricardo, corazón de León, con respecto á Mesina, más hechos criminales y vandálicos que la destrucción de alguna basílica! con esto sólo se contentó en la isla de La Croma, la destrucción de cuyo templo fué el hecho que le hiciera más tristemente célebre en las costas del Adriático.

Más, aunque el rey Ricardo era tal que por nada se peleaba hasta con su sombra, aunque al apoderarse de Mesina lo hizo con más presteza que canta maitines un cura (1), y aunque para su recreo y divertimento levantó en la inmediaciones de la ciudad el castillo de *Mattegriffon*, que quiere decir *Para-Griffon* (2) ó *Para-Griegos*, donde solía invernar rodeado de grande esplendor y boato; es lo cierto que la ciudad no

---

(1) Así lo dice el autor del *ITINERARIUM REGIS RICARDI*, II, 16 (volumen I, pág. 163).

«¿Quid plura? Rex Ricardus uno impetu citius iure belli occupaverat Messanam quam quilibet presbyter cantasset matutinas.»

¿Se supone que el sacerdote iba al cumplimiento de su deber tan pronto como Roger, después obispo de Salisbury y de Justiciar, en el día famoso de su fortuna?

«Sacerdos petitione suscepta, ad incipiendam promptus et ad finiendum succinctus in utroque militibus sic placuit, ut dicerent tam aptum militibus reperiri non posse capellanum... factusque illi et ejus militibus capellanus ad libitum, caecus praestabat caecis ducatum.» *Guil Neub* I, 6.

(2) Recuérdese que *Griffon* era el nombre que habitualmente daban los griegos á los cruzados y que ni en francés ni en latin puede contarse esta entre las voces elegantes. No es más que una corrupción, bien rara por cierto, pero apenas puede clasificarse en lista alguna de palabras que no sean corrompidas. Los que hayan visitado á Palermo recordarán á *Monte Griffone*.

presenta en el día más recuerdos de Ricardo que los que hemos visto presentar de Skytos ó de Himilcon.

Con la historia en la mano nos es fácil conocer que la lucha desgarradora sí, pero momentánea, entablada entre los reyes, ingles y francés que fueron á la Tercera Cruzada, no fué más que un ligero preludio de la obstinada y sangrienta mas tarde trabada contra los sicilianos por la casa de Suabia empeñada en dominarlos, no obstante la repugnancia con que era mirada especialmente en sus últimos monarcas

Los tiempos se suceden incesantemente unos á otros, y con ellos los sucesos, que no guardan entre sí relacion, ya son los unos contradictorios de los otros, ó ya se completan y explican. Así es de ver que la misma Mesina, que presencié un dia la vuelta de los cruzados anunciando no poder rescatar del poder de los turcos la Ciudad Santa de Jerusalem, si bien pudieron usurpar la isla de Chipre á los naturales que con justicia la poseían; esa misma Mesina llegó un dia en que vió á otros cruzados de retorno de una campaña, en la que habiendo quedado completamente destrozado el poder naval de los turcos, no pudo, sin embargo, arrancárseles á estos bárbaros la presa que hicieran en la isla de Chipre.

Mesina vió á la gente cristiana que triste y pensativa en lo porvenir, se embarcaba en la flota que en su puerto zarpaba con direccion á las aguas de Lepanto, y Mesina tuvo el indelible júbilo de ver á D. Juan de Austria entrar cargado con los despojos del paganismo vencido y para siempre humillado en la mar. La estatua del inmortal hermano de Felipe II se conserva todavía en la ciudad, aunque en lugar distinto del que primitivamente ocupára; en cambio la magnífica calle que en memoria del héroe insigne se titulaba *Strada d'Austria*, por una de esas locuras á que ya nos tienen las revoluciones acostumbrados, ha pasado á llamarse *Via Primo Settembre*.

Cosa rara y singular que no haya de poderse conmemorar un hecho histórico glorioso ó reputado por tal, sin que desaparezca necesariamente entre tanto la memoria consagrada á otro acontecimiento no ménos glorioso y digno de recuerdo. Al mudarse otras veces los nombres de las calles, existe el aparente pretexto de que el nombre antiguo es símbolo de tira-

nía y servidumbre; más en la presente, aún ese título faltaba, como no se diga que lo alcanzado por la victoria de Lepanto no fué libertad, sino servidumbre.

Aún peor es la suerte que ha cabido á la *Porta Imperiale*, arco levantado para conmemorar la entrada en Mesina del padre de D. Juan de Austria, Cárlos V, emperador y rey, pues miéntras *Strada d'Austria* sólo ha cambiado de nombre, la *Porta Imperiale* ha desaparecido por completo.

Aún más, debemos añadir que Mesina no perdió por completo el libre ejercicio nacido del comun bienestar, hasta que varias generaciones de reyes austriacos y españoles ciñeron la corona de aquel país.

A la manera que vió entrar por su puerto con dos distintos caracteres las flotas de los cruzados, así tambien vió anclar en sus aguas con dos distintos caracteres á la escuadra francesa.

Entónces hizo retroceder la armada de Cárlos de Anjou hasta que vino en su ayuda el libertador de Aragon, y dió la bienvenida á los buques enviados por Luis el Grande, para que la librasen de su dominador español.

Empero para todo estado libre, el apoyo de un déspota es lo mismo que el prestado por una caña cascada.

Mesina, rica y grande en otros tiempos por su independencia local, pagaba ahora á gran precio el haber soñado con la expulsion de un tirano, valida en los auxilios de otro mayor.

Abandonada por los aliados franceses, olvidada, como comunmente son olvidados los pueblos que combaten por su independencia, en los centros europeos, Mesina perdió el lugar que ocupaba en la opinion pública, cayeron por tierra sus privilegios, y miéntras la antigua ciudad contaba 120.000 habitantes en la época á que nos referimos, sólo encontraríamos unos 15.000 llorando sobre sus pasadas glorias.

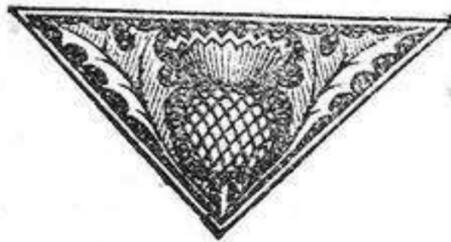
A desastres como éste, á guerras más recientes y ménos desgraciadas que las de nuestros dias, á contínuos terremotos y á asoladoras pestes debe atribuirse el que la actual Mesina, aunque llena de venerables recuerdos de la antigüedad, ofrezca en el dia la apariencia de una ciudad enteramente moderna.

Al presente, nos hallamos próximos á arribar á un nuevo punto de la isla, en el cual empezaremos á pensar ménos en

reyes y condes de la Edad Media, presentándosenos, por el contrario, toda la serie de tiranos y la inmensa mole de las riquezas acumuladas durante la dominación helénica.

Pasemos, pues, del estrecho, al mar abierto, al mar que mira á Nellas, que en el primer punto de parada nos veremos ciertamente tentados á envolver en las nieblas del olvido, nombres que, aunque grandes en Palermo y aún en Mesina, se empequeñecen ante la historia helénica de Sicilia.

EDWARD A. FREEMAN.





## EL SOCIALISMO

---

(FRAGMENTOS INÉDITOS.)



AS diferentes consideraciones que yo presento no tienden á demostrar que el régimen comunista de producción no pueda llegar á ser en el porvenir la forma social que mejor se adaptase á las necesidades y á la condición del género humano. Yo opino que esta cuestión no se ha resuelto ni se resolverá todavía en mucho tiempo. El ensayo que podrá hacerse de los principios comunistas en circunstancias favorables, y las mejoras que se efectuarán gradualmente en el funcionamiento del sistema actual, es decir, en el régimen de la propiedad privada, irán arrojando sobre esta cuestión una nueva luz. Lo único que puede darse por cierto es que, para lograr lo que se desea, necesita el comunismo una educación intelectual y moral superior en todos los individuos de la sociedad: moral, para ponerlos en estado de desempeñar su misión, cumplida y valerosamente en el trabajo de la vida, sin más motivo que la parte que toman en el interés general de la asociación y el sentimiento de su deber y de su simpatía hacia ella; intelectual, para que sean capaces de apreciar los intereses lejanos y puedan tener en cuenta ciertas complicadas consideraciones

que les permitan distinguir en esas clases de negocios un consejo bueno de otro malo. Yo no puedo admitir de ningun modo que la educacion y la cultura intelectual que vá envuelta en estas aptitudes, no puedan llegar á ser nunca patrimonio de cada uno de los individuos de la nacion; pero estoy persuadido de que esta transformacion es muy difícil, y de que el estado actual solo irá cediendo terreno al estado nuevo con una extraordinaria lentitud. Yo admito que en los puntos de la educacion moral de que depende el éxito del comunismo, el estado actual de la sociedad es desmoralizador, y que únicamente una asociacion comunista, puede preparar convenientemente á los hombres para el comunismo. Al comunismo toca por lo tanto demostrar con un ensayo práctico que es capaz de dar esta educacion. Unicamente los ensayos prácticos pueden demostrar si existe ya, en una parte de la poblacion, un nivel bastante elevado de cultura moral, para hacer triunfar el comunismo y para dar á la nueva generacion, la educacion necesaria, para conservar ese elevado nivel de un modo durable. Si las asociaciones comunistas, demuestran que pueden ser durables y prósperas, ellas se multiplicarán y serán adoptadas sucesivamente por algunas fracciones de los países más adelantados, á medida que estas fracciones se hallen moralmente preparadas para sufrir este cambio de existencia. Pero, si se intentara obligar á varias poblaciones no preparadas y á vivir bajo el régimen comunista, aún en el supuesto de que una resolucion política autorizase semejante ensayo, no se lograría sino un grandísimo desengaño.

Si el ensayo práctico es necesario para poder juzgar el comunismo, no lo es ménos, para juzgar los demás sistemas sociales que descubran las dificultades del comunismo é inventan diferentes medios para llegar á vencerlas. El principal de estos sistemas, es el de Fourier. No considerándolo sino como un producto de la inteligencia, merece la atencion de todas cuantas personas estudian la sociedad ó el espíritu humano. Apénas hay objecion ó dificultad que Fourier no haya previsto, y á la cual no haya opuesto medidas preventivas por medio de invenciones cuya aplicacion sería el resultado de la autonomía del individuo, pero que se inspiran en un princi-

pio de justicia distributiva ménos elevado que el del comunismo, puesto que el sistema de Fourier admite la desigualdad de la distribucion y la propiedad individual del capital, sin aceptar que pueda disponerse arbitrariamente de ambas cosas. El gran problema que principalmente estudia Fourier, es el de hacer que el trabajo sea atractivo. Si este problema pudiera resolverse, quedaba ya vencida la principal dificultad del socialismo. Fourier sostiene que ninguna clase de trabajo útil es repugnante para todo el mundo á ménos que sea excesivo ó no, tenga el estímulo de la compañía y el de la emulacion, ó sea considerado con desprecio por los hombres. Los trabajadores en una ciudad fourieristas se clasifican espontaneamente en grupos; cada grupo emprende una clase de obra diferente, y cada individuo puede pertenecer, no solamente á un grupo, sino á todos los grupos que quiera. Se establece al principio cierto minimum para la subsistencia de todos los individuos de la sociedad, sean ó no capaces de trabajar; se distribuye el resto del producto entre los diferentes grupos, de tal modo que haga atractiva á cada individuo la cantidad de trabajo pedida, y nada más: si hay demasiada gente en ciertos grupos, es señal de que estos grupos se hallan demasiado bien remunerados con relacion á los demas; si hay otros faltos de personal, es preciso aumentarles la remuneracion. La parte del producto asignada á cada grupo se divide en proporcion fija entre tres elementos, el trabajo, el capital y el talento. La parte del talento se adjudica por el sufragio del mismo grupo, y se cree que entre las variedades de las aptitudes de los hombres, todos, ó casi todos, tendrán lo necesario para sobresalir en uno ú otro grupo. Es preciso que la remuneracion del capital sea de tal índole que baste á estimular la economía sobre el consumo individual, con objeto de aumentar el fondo comun hasta el punto que se desee. El número y la ingeniosidad de las disposiciones destinadas á hacer frente á las dificultades de ménos importancia y á suprimir los inconvenientes secundarios, son muy notables. Gracias á estos diferentes artificios, los fourieristas creen que los motivos personales que inducen á obrar en beneficio del interes público, en vez de hallarse reprimidos, serían mucho más fuertes que ahora, puesto

que todo aumento de servicio prestado significaría un aumento de remuneración mucho más seguro que hoy, en que los accidentes de la posición ejercen una grandísima influencia. La eficacia del trabajo aumentaría, según ellos, de un modo desconocido hasta hoy, y la economía se acrecentaría prodigiosamente, puesto que se emplearía en útiles ocupaciones todo lo que hoy se derrocha en cosas sin utilidad ó perjudiciales, y se prescindiría del inmenso número de distribuidores supérfluos, haciendo dirigir por una sola administración la compra y la venta para la comunidad entera. La libertad de elección de los individuos en atención á su manera de vivir no tendría más trabas de las necesarias para obtener de la cooperación en el ejercicio de la industria todas sus ventajas. En fin, el cuadro de una sociedad fourierista es verdaderamente atractivo y exige menos sacrificios á los hombres que ninguno de los demás sistemas sociales que se conocen. Hay motivos para desear que este sistema llegue á ensayarse legalmente, y este ensayo será la piedra de toque que permita juzgar si es posible llevar á la práctica un nuevo sistema de vida social (1).

El resultado del exámen que acabamos de hacer de las diferentes dificultades del socialismo, nos obliga á deducir que los diferentes sistemas que confían la gestión de los recursos del país á la acción pública, en vez de dejarla á la acción privada tienen derecho á verificar un ensayo, y algunos de ellos pueden reclamar la preferencia sobre el orden de cosas existentes. Sin embargo, ellos no podrían ahora llevar á la práctica sus teorías con los mejores elementos de la humanidad, y de-

---

(1) Los principios del fourierismo se hallan claramente expuestos y vigorosamente defendidos en los diferentes escritos de Víctor Considerant, y sobre todo en el que lleva por título *La destinée sociale*; pero los lectores aficionados á los estudios sociales deben buscarlos en las mismas obras de Fourier. En ellas hallarán incontestables pruebas de genio, unidas á las ideas más extravagantes y más anticientíficas que pueden darse sobre el mundo material, así como algunas consideraciones sumamente interesantes, si bien poco meditadas, acerca de la historia del pasado y del porvenir de la humanidad. Conviene añadir que en algunas importantísimas cuestiones sociales, el matrimonio, por ejemplo, Fourier tenía varias opiniones particulares, que son, según él mismo declara, independientes de los principios de su sistema industrial.

ben demostrar, por lo tanto, que con la educación son capaces de conducir las masas al estado de mejora que desde luego suponen. Con mayor razón podemos hablar así del más ambicioso de todos los sistemas: el que pretende tomar posesión de la totalidad del suelo y del capital del país y ponerse á administrarle desde luego por cuenta del público. Sin hablar de la injusticia que con esto sufrirían los actuales poseedores, la sola idea de confiar la dirección de la industria total de un país á una agencia central única, parece tan quimérica, que nadie se atreve á indicar la manera de ponerla en práctica. Si los socialistas revolucionarios lograsen su deseo y tuviesen en su poder toda la propiedad del país, es casi indudable que no hallarían otro medio practicable de utilizarla que el de dividirla en varias partes, para que cada una de ellas fuese confiada á la administración de una pequeña comunidad socialista. Dejaríase á un lado el problema de la gerencia, que hemos hallado tan difícil aún tratándose de una población escogida y perfectamente preparada de antemano, y se daría el encargo de resolverlo lo mejor posible á varios agregados unidos por localidad, ó tomados indistintamente en la población, sin excluir á los malhechores, ociosos, gentes plagadas de vicios é incapaces de esforzar continuamente el pensamiento ó de ejercer algún imperio sobre sí mismas, y en fin, á una mayoría que sin ser tan degradada se halla todavía, según opinan los mismos socialistas, falta de las condiciones más esenciales para el buen éxito del socialismo y profundamente desmoralizada por el actual estado de la sociedad. Estaríamos muy lejos de la verdad diciendo que si el socialismo apareciese en escena en estas condiciones, sólo lograría un desastroso fracaso, y que sus apóstoles no tendrían más consuelo que el de pensar que el orden actual de la sociedad hubiera perecido antes, y que las gentes que se aprovechan de esta circunstancia hubieran sido envueltas en la ruina común; verdadero consuelo sin duda para algunos socialistas, porque, á juzgar por las apariencias, el principio que inspira á un crecido número de socialistas revolucionarios es el ódio, ódio muy excusable á los males presentes y que se daría por satisfecho acabando á toda costa con el sistema actual, aún cuando

hubiese que sacrificar al mismo tiempo á los que son víctimas de él, con la esperanza de que naciera del caos ese mundo mejor que no pueden resignarse á esperar de un progreso más lento. Ellos ignoran que el caos es el punto de partida más desfavorable para la construcción de un mundo, y que después del caos deben venir siglos de lucha, de violencia y de opresión tiránica del fuerte para con el débil. Ellos no comprenden que vuelven nuevamente al género humano al estado de naturaleza descrito por Hobbes (*Léviathan*, p. I., cap. XIII) en que cada hombre es enemigo de todos los demás.

«En estas condiciones, dice Hobbes, no hay puesto alguno para la industria, porque nunca hay seguridad de llegar á recoger sus frutos; por consiguiente, no hay agricultura, ni navegación, ni uso de los productos que pueden importarse por mar, ni edificios cómodos, ni instrumentos para mover y variar de sitio las cosas que exigen el empleo de una considerable cantidad de fuerza, ni conocimiento de lo que ocurre en la tierra, ni noción del tiempo, ni artes, ni letras, ni sociedad, pero en cambio, y esto es lo peor, existe un incesante temor y el peligro de una muerte violenta; para el hombre, una existencia solitaria, pobre, horrible, bestial y breve.»

Si los individuos más pobres y más desdichados de una sociedad que se tiene por civilizada se hallan en una condición tan mala como la que todos arrostrarían en la peor forma de barbarie en que la disolución de la vida civilizada sumergiría á la sociedad, no se deduce de esto que el medio de elevarlos sobre su condición actual consista en reducir á todos los demás al mismo miserable estado. Al contrario, á los primeros que se han elevado sobre ese estado, es á los que otros muchos deben el haber escapado á la suerte general, y no puede esperarse lograr en lo futuro la elevación de los demás hombres, sino dando mejor organización á los mismos procedimientos.

LA IDEA DE LA PROPIEDAD PRIVADA NO SE HA FIJADO AÚN,  
Y ES VARIABLE.

Las anteriores consideraciones bastan para demostrar que la completa renovacion del edificio social, tal como los socialistas la consideran, que construyese la constitucion económica de la sociedad sobre una base enteramente nueva que no fuese la propiedad privada y la competencia, tenga como ideal el mérito que se quiera, y aún á título de profecía de lo que podrá suceder en definitiva, no significa nada como recurso contra los males del presente. En efecto, ese nuevo régimen exige á los que hayan de emprender la tarea de hacer andar el nuevo órden de cosas, ciertas cualidades morales é intelectuales que deberían poseer todos, y que sería necesario crear en la mayor parte de ellos, lo cual no podría lograrse por medio de una ley votada por el Parlamento, y que aún en la suposicion más favorable, sólo puede ser la obra lenta del tiempo. El principio de la propiedad individual continuará siendo dueño del terreno; y aún cuando en un país cualquiera lograrse un movimiento popular poner á los socialistas al frente de un gobierno revolucionario, por muchos atentados que estos cometiesen contra la propiedad, no podrían acabar con la institucion; ellos la aceptarían, ó ella reaparecería restaurada á consecuencia de su misma caída. Hay una excelente razon para creerlo así; el pueblo no dejaría perecer la única cosa con que puede contar aún para encontrar en ella subsistencia y seguridad, miéntras no viese funcionar ordenadamente la institucion que hubiera de reemplazarla. En todo caso, aún los mismos que se hubiesen repartido entre sí, el fondo que ántes era propiedad de otros, querrían guardar lo que acababan de adquirir, y dar nuevamente á la propiedad, en manos de nuevos detentadores, el sagrado prestigio que no querían reconocer cuando la misma propiedad se hallaba en manos de los antiguos.

Pero si por estas razones cuenta aún la propiedad, segun toda apariencia, con un largo porvenir, nada nos obliga á creer que no deba sufrir durante todo este tiempo ninguna

modificación, ni que todos los derechos en que se halla fundada la propiedad la pertenezcan, de modo que no puedan serle arrebatados y tengan que durar tanto como ella. Al contrario, el deber y el interés de los que más directamente se aprovechan de las leyes de la propiedad les obliga á estudiar de un modo imparcial todas las proposiciones de cambio que tiendan á hacer estas leyes ménos onerosas para la mayoría. Esto sería en todo caso una obligación impuesta por la justicia, y es un consejo que da la prudencia, si es que se trata de colocarse en el terreno de la razón para resistir á las tentativas que no dejarían de hacerse frecuentemente con objeto de poner en práctica demasiado pronto los sistemas socialistas.

Uno de los errores que se hallan más frecuentemente, que dan origen á los mayores errores prácticos en los negocios humanos, consiste en suponer que el mismo nombre representa siempre el mismo grupo de ideas. Ninguna palabra ha sido objeto de este género de equivocaciones con tanta frecuencia como la de la propiedad. Esta palabra significa en todo estado de sociedad varios derechos de uso ó de imperio exclusivo sobre diferentes cosas, y algunas veces, por desgracia, sobre personas que la ley concede ó que la costumbre reconoce en ese estado de sociedad. Pero estos derechos de uso y de imperio exclusivo, son muy distintos, y difieren mucho según los países y los estados de sociedad.

En las sociedades primitivas, por ejemplo, el derecho de propiedad no comprendía el derecho de testar. La facultad de disponer de la propiedad por medio del testamento, es en muchos países de Europa una institución reciente, y mucho tiempo después de haber sido introducida, quedó limitada en favor de las personas designadas bajo el nombre de herederos naturales. Cuando no es permitido testar, la propiedad individual no constituye sino un interés vitalicio. En realidad, y según lo ha demostrado Sir Henry Maine en una obra sumamente instructiva, *La Antigua Ley*, la idea primitiva de la propiedad, era que perteneciese á la familia, no al individuo. El jefe de la familia era quien la administraba y ejercía realmente los derechos de propietario. En este punto, como en otros muchos, él gobernaba la familia con una autoridad casi

despótica. Pero no le era lícito ejercer su poder de modo que pudiera despojar á los copropietarios de las otras porciones; él no podía disponer de la propiedad de modo que les privase del goce colectivo ni de la sucesion. En virtud de las leyes y de las costumbres de ciertas naciones, la propiedad no podía ser enajenada sin el consentimiento de los hijos varones. En otras partes, el hijo podía pedir en nombre de la ley una parte de la propiedad, y hacer que se le entregase su parte, segun se ve en el relato del hijo pródigo. Si la asociacion continuaba despues de la muerte del jefe, otro individuo de la familia, no siempre el hijo, sino frecuentemente el individuo de más edad, el más fuerte ó el que los demas querían designar, recibía la gerencia y los derechos del gerente, y todos los demas individuos conservaban sus derechos lo mismo que ántes. Si la asociacion se disolvía para formar varias familias, cada una de ellas llevaba para sí una parte de la propiedad. Digo propiedad, y no herencia, porque había verdadera continuacion de los derechos existentes, y no creacion de nuevos derechos; lo único que pasaba á aumentar la propiedad de la asociacion, era la parte del gerente.

Debemos añadir que por lo que hace á los derechos de propiedad sobre los inmuebles (principal especie de propiedad en una época de barbarie), dichos derechos diferían mucho en extension y duracion. Segun la ley judía, la propiedad de inmuebles era una concesion temporal. A la vuelta del año sabático, entraba otra vez en el fondo comun para ser nuevamente distribuida; pero debe sernos lícito creer que en los tiempos históricos de la nacion judáica se conseguía muchas veces eludir el cumplimiento de esta regla. En muchos países del Asia, ántes de la introduccion de las ideas europeas, no existía nada á que poder aplicar rigurosamente la palabra propiedad territorial, tal como nosotros la entendemos. La propiedad se hallaba fraccionada en distintas porciones, cuyos derechos estaban determinados por la costumbre, mas bien que por la ley. El gobierno era en cierto modo propietario, toda vez que se hallaba autorizado para sacar de los fondos una renta demasiado exorbitante. Las antiguas ideas y las antiguas leyes limitaban la parte del gobierno á una parte deter-

minada del producto bruto; pero, en la práctica, esta parte no tenía un límite fijo. El gobierno podía transferirla á un individuo, y éste se hallaba en su consecuencia investido del derecho de percibir los impuestos y otros derechos del Estado, pero no los derechos de los particulares referentes al suelo. Los cultivadores actuales ó los que habían cultivado durante mucho tiempo el mismo suelo, tenían derecho á conservar la posesion del mismo; no era lícito arrojarlos de aquellas tierras miéntras continuasen pagando la renta correspondiente, y esta renta no se hallaba casi nunca fijada por un acuerdo, sino por la costumbre local: entre los cultivadores y el Estado, ó el sustituto á quien el Estado había transferido sus derechos, existían varios intermediarios que tenían derechos más ó menos considerables. Figuraban en este número los oficiales del gobierno que percibían la parte del Estado sobre el producto de distritos algunas veces muy extensos. Tenían la obligacion de entregar al gobierno todo el producto de sus cobranzas, despues de deducir un tanto por ciento, y á estos cargos se obtenía casi siempre por derecho de herencia. Había tambien comunidades de pueblos formados de supuestos descendientes de sus primeros habitantes, que se repartían entre sí la tierra ó sus productos en virtud de ciertas reglas establecidas por la costumbre, ya fuera cultivándola ellos mismos ó bien valiéndose con este objeto de otros individuos. Los derechos de estos individuos de comunidades de pueblos se asemejaban más á los de un propietario territorial, tal como se entiende en Inglaterra, que á los de ninguna otra parte interesada. Sólo que el derecho de propiedad del pueblo no era individual, sino colectivo; era inalienable y se hallaba reglamentado por leyes fijas (los derechos de los miembros individuales no podían ser vendidos ó hipotecados sino con el consentimiento de la comunidad). En Europa, en la Edad Media, casi toda la tierra se obtenía por gracia del soberano en pago de servicios militares ó agrícolas. Aun hoy, en Inglaterra, en donde los servicios así como los derechos reservados del soberano han caido en desuso hace ya largo tiempo ó han sido reemplazados por varios impuestos, la teoría de la ley no reconoce á nadie un derecho absoluto de propiedad sobre la tierra. El individuo

más caracterizado como propietario á los ojos de la ley, el *freeholder*, sólo es un *enfitéuta* de la corona. En Rusia, hasta cuando los cultivadores del suelo eran siervos del propietario territorial, los derechos de propiedad de éste último sobre la tierra se hallaban limitados por los derechos de los siervos que estos poseían como cuerpo colectivo que dirigía sus propios negocios, y el propietario no podía intervenir en ellos. En la mayor parte de los parajes de la europa continental, cuando quedó abolida la servidumbre ó cayó en desuso, los que habían cultivado la tierra en calidad de siervos quedaron en posesion de ciertos derechos al mismo tiempo que sometidos al cumplimiento de ciertas obligaciones. Las grandes reformas territoriales de Stein y de sus sucesores en Prusia consistieron en abolir los derechos y obligaciones antiguas, repartiendo efectivamente el suelo entre los propietarios y los labriegos, en vez de dejar á los unos y á los otros derechos recíprocamente limitados sobre ia totalidad de un mismo fondo. En otras partes, como en Toscana, el colono es actualmente copropietario con el propietario territorial, toda vez que la costumbre, ya que no la ley, le garantiza una posesion permanente y la mitad del producto bruto, miéntras cumple las condiciones de su arriendo en los términos fijados por la costumbre.

Es más; si los derechos de propiedad sobre las mismas cosas son más ó ménos extensos segun los países, tambien se se ejercen de un modo diferente sobre diferentes cosas. En todos países, en los primeros tiempos, el derecho de propiedad se extendía, y en algunos de ellos se extiende aún sobre séres humanos. Muchas veces ha existido una propiedad de empleos públicos, tales como los cargos de la judicatura y otra porcion de ellos en Francia ántes de la Revolucion. Aun hay un pequeño número de cargos privilegiados en la Gran Bretaña, pero que terminarán en virtud de una ley, á la muerte de los individuos que hoy los disfrutan. Aun no hace muchos tiempo que quedó abolida la propiedad en las filas del ejército. Varias corporaciones constituidas y dotadas para el servicio público pretenden ejercer aún sobre sus dominios el derecho inviolable de propiedad que los particulares tienen sobre los

suyos. Es verdad que una política bien entendida se niega á reconocerles ese derecho, pero ellas tienen aún la ley en su favor.

Vemos, pues, que el derecho de propiedad recibe diferentes interpretaciones, y que no siempre ha tenido en todas partes la misma extension. La idea que de él se tiene es variable: esta idea ha sido revisada infinidad de veces y puede serlo más todavía. Es preciso observar tambien que las revisiones efectuadas hasta hoy en los adelantos de la sociedad han producido siempre importantes mejoras. Si alguien nos dice, con razon ó sin ella, que un cambio ó una modificacion en el poder ejercido sobre las cosas por las personas legalmente reconocidas como propietarios sería benefícosa para el público y contribuiría al progreso general, el limitarse á manifestar que el cambio propuesto se halla en contradiccion con el derecho de propiedad dista mucho de ser una respuesta suficiente. La idea de propiedad no es una cosa que ha continuado de un modo idéntico durante todo el curso de la historia y que no es susceptible de sufrir algun cambio; esta idea es variable como lo son todas las demas creaciones del espíritu humano. En una época dada, es una breve expresion que denota los derechos que la ley ó la costumbre de cierta sociedad dada, perteneciente á dicha época, confiere sobre las cosas. Pero tratándose de este particular ó de otro cualquiera, ni la ley ni la costumbre de una época y de un país dados, deben permanecer eternamente estereotipadas. Una proposicion que tienda á reformar ciertas leyes ó ciertas costumbres, no debe ser condenada porque su adopcion suponga que en vez de subordinar todas las relaciones humanas á la idea que se tiene de la propiedad en aquel mismo momento, pueda hacer que las ideas existentes sobre la propiedad se sujeten á las necesidades del desarrollo y de la mejora de esas mismas relaciones. No decimos esto en perjuicio del derecho que la equidad reconoce á los propietarios de recibir una indemnizacion del Estado por los derechos legales de propiedad de que llegaran á ser desposeidos en beneficio del público. Este derecho de equidad, sus fundamentos y sus límites, constituyen por sí solos una cuestion que más tarde discutiremos. Sin embargo,

llena ya esta condicion, la sociedad está en su pleno derecho al revocar ó modificar un derecho particular de propiedad, que por razones suficientes considera como un obstáculo al bien público. En fin, es indudable que la terrible y justa acusacion que, segun hemos visto en uno de los anteriores capítulos, dirigen los socialistas contra el estado actual de la sociedad, exige que se estudien detenida y escrupulosamente todos los medios que puedan dar á la institucion de la propiedad una probabilidad de colocarse en estado de funcionar de un modo más provechoso para esa gran parte de la sociedad, que, en la época actual, goza únicamente de la parte más insignificante de los beneficios directos de la institucion.

JOHN STUART MILL.





## ANALISIS Y ENSAYOS.

---

### III.

#### COSTUMBRES PIRENÁICAS.

##### PASTORELAS VASCAS.

**D**ESPUES de quince años de intervalo hemos, por fin, tenido la fortuna de presenciar otra vez algunas pastorelas vascas. Estos dramas, con grandísimos elementos de ópera, no son en el día representados más que en el distrito de La Soule, en uno de cuyos pueblos hemos podido observar las variantes que se han introducido en el modo con que, según la tradición, debían representarse, y en el aparato con que, según la misma, debía á las pastorelas asistirse.

En sólo dos ó tres puntos se ha separado de la tradición la costumbre actual. El tono y gesticulación con que se declaman los versos no ha variado; no han variado tampoco los colores convencionales; los buenos se visten de azul, y los caracteres antipáticos y depravados de escarlata; del dintel de la puerta por donde todos los actores salen y entran pende todavía el famoso y diminuto muñeco á quien los turcos y demonios que hacen gran papel en las pastorelas adoran con extraño respeto.

Si los buenos se presentan en escena ha de ser con aquella

dignidad, mansedumbre y reposo que exige la tradición; en cambio al salir los malos han de hacer gala de toda la estampa y furia de que sus antepasados se revistieron al representar idénticos papeles. Cuando los demonios salen á bailar el baile salvaje aparecen tarareando, accionando y contoneándose, no de otra suerte que antiguamente se hacía.

Los combates se traban hoy día con no menor encarnizamiento que en otros tiempos: hay choque de espadas que resuenan, sonido de palos que se encuentran y solemnísimos puntapiés. Dos demonios llevan las dos antiguas varas delgadas en cada una de las pastorelas, varas que no se sabe con qué objeto salen á relucir, dado que se ha olvidado por completo su principal objeto que es servir de instrumento para los agoreros y magos. En Garindein se presentan los guerreros llevando, en vez de nuestros actuales pantalones, los antiguos y tiesos calzones de esterado, cuyo color casi encarnado forma singular contraste con las blanquísimas medias con que cubren las piernas.

Hasta hace muy poco tiempo la orquesta de las Pastorelas se componía únicamente de violin y del célebre *tamboril*, voz consagrada á designar una guitarra de seis cuerdas que suele tocarse con la mano izquierda mediante una pua, en tanto que la derecha lleva una flauta tocada por la misma persona (1): en el día se ha aumentado la parte instrumental con el clarinete, el cornetín y los tambores. Si hiciéramos caso omiso del distinto papel que entre los vascos representan los demonios, y el que entre los griegos desempeñaban los coros, creeríamos firmísimamente que éstos han tenido á aquéllos por legítimos sucesores.

Hemos dicho que las pastorelas vascas del día ofrecen algunas diferencias con las antiguas. La principal variación consiste en el lenguaje. A la amabilidad de un amigo debimos poder tener en nuestras manos por dos ó tres días, no sólo el manuscrito original de la pastorela que tuvimos ocasión de presenciar, pero aún la fuente de donde se sacó el argumento de otra.

---

(1) El tamborilero vasco-español sustituye la guitarra con el tambor.

Con gran sorpresa nuestra, supimos que las pastorelas no sólo se editaban por segunda y tercera vez, cosa que nada tiene de particular, sino que actualmente se retocan y aún componen para cada ocasion que se presenta. El manuscrito que nos fué proporcionado y que versaba sobre el cuento titulado: *Quatre fils Aymon*, llevaba al pié de la primera página: «Ce cahier appartient á S. P. Irigarez Laguinge, ce 15 Juin, 1875.»—En la página siguiente describe el autor cuál fué la norma que siguió al trazar su pastorela: «Nous l'avons composé d'après les Fils Aymon, très nobles, très hardis et très vaillants chevaliers, nouvelle édition, ornée de huit gravures. A Epinal, chez Pellerin, imprimeur-libraire.»

El libro á que el autor en el citado texto se refiere, es un volúmen en 4.º de 96 páginas á dos columnas, con la figura de un buhonero en la portada, y alguna que otra señal de lo reciente del libro.

El autor del manuscrito confiesa que, cuando en un pueblo se decide por voto comun la celebracion de una pastorela, el maestro de escuela del pueblo, ó el estudiante que se brinda á componerla, manda á Paris por una de las novelas ó por uno de los dramas que más fama han logrado por aquellos dias, sobre cuyo argumento componen en vasco un drama, que es el que despues se representa.

Sea el que sea el argumento del drama, siempre se le tiene que poner una introduccion muy parecida, por cierto, á las loas que antecedian á los Autos Sacramentales Españoles del siglo xvii, introduccion en la que por precision han de salir á relucir un rey de los turcos y un coro de demonios, personajes todos de que nada se dice en el original frances, pero que más tarde desempeñan papeles importantísimos.

El otro manuscrito, que hemos dicho nos proporcionaron, titúlase *Ste-Hélène*, y es una pastorela femenil, esto es, en la que entran mujeres y niñas, así como en las otras sólo toman parte los hombres y los niños. La heroína de esta segunda pastorela no tiene absolutamente nada que ver con la madre de Constantino el Grande, ni su argumento versa sobre la invencion de la Cruz. Pudiera darse á la composicion el nombre de *olla podrida*, en la que se han hecho tomar parte á

todas las leyendas vulgares de la mitología arya, aunque con fin muy diverso.

El único mérito de una pastorela consiste en la total carencia de falta de vergüenza, en la grave é ingénuo admiración de los actores hácia el papel que representa, y en la inmensa simpatía que todos excitan en el auditorio que los escucha. El número de versos de cada uno de estos dramas, asciende unas veces á 3.500, y otras á 5.000, para cuya declamación se requieren de seis á ocho horas.

El lenguaje de las pastorelas va cada día corrompiéndose más y más. Aún el número de sílabas de cada verso parece tenerse ya en poco. Citemos sólo algunos ejemplos. Los doce pares del Aymon, son llamados «doce payrac,» en vez de «amar-bi;» hoy día se dice «erregue *brutal* hura,» que quiere decir «este rey brutal,» en vez de «erregue *izigarri* hura,» como dirían los amantes del vasco puro.

A pesar de todos los defectos enumerados, somos de parecer, que no sólo para explicación del drama en la Edad Media. más aún del drama clásico, hallará en la pastorela vasca datos magníficos el literato ó anticuario que en debido tiempo visitase los pueblos en que las pastorelas tienen lugar.

NOTA. Después de escrito lo que antecede, nos han proporcionado el poder siquiera hojear unos veinticinco manuscritos de pastorelas, entre las que se cuentan tres de Santa Elena. En la más antigua de todas se da á la Santa el nombre de Santa Elena, y del contexto se saca que el personaje en cuestión tiene más puntos de contacto con la Elena de la Tabla Redonda, que con la Elena del Martirologio.

Algunos de estos manuscritos, y son los más antiguos, datan del año 1827. Entre los otros se contienen los siguientes notables: uno que abraza ciertos cuentos ya concluidos, lleva por inscripción: «Assignats,» dos que á nuestro parecer hará como veinticinco años que se compusieron, y uno, por último, que decididamente pertenece al siglo pasado. Muchos otros fragmentos nos quedaron por analizar por falta material de tiempo; de algunos sólo sabemos positivamente que son de época anterior al siglo XVIII.

Tardets, Junio 22, 1879.

WENTWORTH WEBSTER.

---

## IV.

## LIBROS DE ARTE.

*Antiguos y modernos objetos de joyería y platería contenidos en el Museo SOUTH KENSINGTON de Londres.* Descripción dada por John Hungerford Pollen, con una introducción.

El autor, al comenzar su trabajo, hace la siguiente advertencia:

«Todo lo que en las páginas siguientes pretendemos decir, tiene sólo por fin dirigir la atención de los lectores hacia algunos de los ejemplos por nosotros citados, y hacia los excelentes tratados que se han escrito para ilustrar la historia de la joyería, arte al que fueron siempre afectísimos, y al que dedicaron sus ratos de ocio todos los mejores escultores, desde Fidias hasta nuestros días. Tratamos de joyería en la introducción, por no sernos posible hacerlo en el cuerpo de la obra.»

Si no hubiera M. Pollen pretendido más que lo anunciado en las anteriores palabras, la introducción hubiera sido inútil casi por completo. Se hallan los ejemplares descritos con tal profusión en el catálogo, que una insignificante referencia á las muestras más importantes seguida de una lista comprensiva de los mejores tratados escritos sobre el particular, hubiera llenado el modesto propósito del autor. Pero M. Pollen ha demostrado más deseo de exponer sus conocimientos que de anunciarnos la fe que sus propias ideas le merecen.

El informe de M. Pollen comienza por una disertación sobre el metal oro, su valor como medio de cambio, su uso como metáfora, el modo con que está distribuido en el globo, y la historia de su producción desde los tiempos de Salomón hasta los nuestros. La plata le merece idénticas consideraciones.

Pasa luego el autor á ocuparse con gran detenimiento del «oro y joyería de los antiguos,» con cuyo objeto habla de los

tan conocidos vasos sagrados que fueron colocados por los hebreos en el Tabernáculo, al cual dedica nuestro autor algunas páginas, á pesar de que al presente el Museo de South Kensington no posee ejemplar alguno de tan notable monumento.

De estos detalles pasamos, dejando á un lado el mueblaje de Salomon y su incalculable valor, á la descripción de los objetos modernos usados por los judíos, tanto para el culto religioso, como para arras al celebrar los esponsales, lo cual escombria naturalmente el camino al autor para decir, siquiera sea de paso, alguna que otra frase sobre el uso de los metales amalgamados de que echaban mano los asirios en la decoración de su habitación y en el dorado de los muros de Ecbatana.

Es tanto el material aglomerado por M. Pollen, tanta su erudición y tan vastos sus conocimientos al intentar llamar nuestra atención sobre algunos ejemplares de estos venerables restos de la antigüedad, que, al vernos privados del espacio necesario para concretar lo que con tanta abundancia y variedad nos presenta en su excelente trabajo, no podemos ménos de sentir un profundo pesar.

En efecto, en el cerebro de muchos hombres germinan á cada paso tantas ideas que difícilmente pueden llegarse á realizar; pero, según todas apariencias, á M. Pollen es absolutamente imposible dejar de poner en práctica y llevar á feliz término cuanto su gran talento le inspira.

A pesar de todo nos atrevemos á recomendarle con todas las veras de nuestra alma, y con la mejor intención que nos es posible, reduzca en su próximo trabajo la idea que intenta desarrollar á límites rigurosamente demarcados, porque de lo contrario, muy de temer es que, al fin de la jornada, cuando solamente haya intentado escribir una simple biografía vea delante de sus ojos inconscientemente levantada la inmensa serie de volúmenes que contienen los anales de la historia de todo el mundo.

No se crea por esto que lamentamos ver que el edificio que acaba de erigir en su último ensayo ocupe área más extendida que la que debiera serle propia; porque sabido es que semejantes introducciones, tales cuales deben de nuevo ver la luz

pública para la instrucción del público, á semejanza del ensayo de Mr. Nesbitt sobre «El cristal,» deberían contener las noticias suficientes sobre la historia del asunto en cuestión, á fin de habilitar al lector para interesarse siempre que en South Kensington ó en los museos de otra cualquiera manufactura se le presentasen ejemplos análogos á los descritos en la obra que analizamos.

Pero la falta capital del libro de M. Pollen no es, digámoslo con nuestra habitual llaneza, el no contener suficientes rasgos de erudición, sino el que ésta no pertenezca, por lo comun, al género que precisamente se necesita, notándose además poco arreglo en el orden y disposición de los materiales de que dispone, así como gran ambigüedad é impropiedad de lenguaje al hacernos las necesarias descripciones.

Nadie duda, ni dudar puede, que en este trabajo es de gran interés hacer breve relación de los métodos usados por los artistas que en Grecia se dedicaban á labrar el oro; pero cuando se nos dice: «Que si bien no trabajaban á martillo estatuas ó grandes vasijas esmaltadas con artísticas figuras, según lo hicieron los escultores que les sucedieron, faltaron en los tiempos sucesivos los métodos que asimismo habían sido desconocidos á los antiguos,» y tres líneas más abajo se añade que: «El uso del buril con que en el siglo vi y v ántes de nuestra era, ejecutaron los artistas obras de extremada delicadeza, fué asimismo desconocido para ellos;» confesamos ingenuamente vernos precisados á buscar en otra parte cualquiera algun dato sustancial que venga á aclarar nuestros conocimientos sobre la materia.

También creemos oportuno dejar asentado que la lista de la diversidad de vasos usados por los griegos para la bebida, es materia tan oscura para las personas ménos instruidas, que no hubiéramos creído fuera de lugar el hacer clara y cuidadosa descripción de cada una de las especies á que la mencionada copia se refiere.—Y en efecto, ¿qué idea que no sea falsa y confusa podremos formarnos del *cyathus* y *oenochoe* de las siguientes palabras?—«El vino debió ser pasado de este vaso (*crater*) por medio de una copita llama *κύαθος*, *cyathus*, ó por medio de un *οἰνοχον*, (*oenochoe*) ó especie de pipeta ó cucharón

cuyo mango se levantaba recto de las partes laterales de la taza, y no en ángulo recto según acontece en las poncheras.

Según género gramatical, la palabra que nos ocupa unas veces se refiere al mozo y otras á la moza destinada á servir á los parroquianos.

Existía además otro vaso llamado  $\kappa\upsilon\lambda\iota\xi$ , (*cylix*) el cual no era más que una especie de salsera con dos asas, á través de una de las cuales se introducía el dedo del bebedor de manera que la vasija llena pudiese balancearse sobre la mano, operación nada fácil por cierto á los que aún podían considerarse como legos en la materia. Para transportar el vino en los *cyathus* y para volverlos á llenar la operación no era tan difícil, puesto que los destinados al servicio y ya prácticos en él libraban de esta molestia á los consumidores.»

¿Puede un *oenochoe* describirse con propiedad diciendo que es una copa ó un cucharón cuya asa parte inmediatamente de los costados de la taza? ¿Qué quiere decir aquella frase «de conformidad con el género» por nuestro autor consagrada á los asistentes? Como quiera que hasta entonces no se haya hablado más que de *cyathus*, el género aludido parece ser el de este objeto. ¿Pues y qué diremos de aquellos cucharones que llenan el *cyathus*? ¿No se nos había dicho hacía poco que tanto el *cyathus* como el *oenochoe* se usaban como cucharones para sacar los líquidos del *crater*?

De todo lo expuesto, resulta que M. Pollen cae ocasionalmente en un lenguaje bastante confuso, lo cual da lugar á pasajes muy chistosos, como cuando refiere la historia de un regalo hecho por Eduardo II en la abadía de Westminster con motivo de su coronación.

«El rey, dice el autor, hizo un regalo que consistía en una libra de oro, de tal modo dispuesto que representaba la persona de un rey en cuyos dedos se distinguían muchos anillos del mismo metal. Regaló también la imagen de un peregrino que pesaba ocho onzas de oro y que estaba en ademán de extender su brazo para tocar el anillo. Este grupo, continúa el mismo autor, representaba la leyenda de San Eduardo, el confesor recibiendo en Waltham Forest de manos de San Juan Bautista un zafiro engastado en un anillo. Este anillo se ha

usado en todas las coronaciones, y aún hoy día, según nos dicen, lo lleva con frecuencia S. M.» (1).

Sin embargo, nos vemos gustosamente forzados á confesar que no seríamos justos con M. Pollen sino le diésemos crédito y no admirásemos el ingenio por él demostrado al coleccionar tan gran número de documentos sobre las obras de oro y pláta; pero con la misma franqueza añadiremos que un poco más de orden, algún que otro juicioso compendio y ciertos detalles prácticos sobre el modo de trabajar los metales, hubieran conseguido hacer la obra más amena y más útil.

En nada se muestra lerdo M. Pollen y en algunas ocasiones es tan elocuente como puede observarse en el trozo siguiente:

«¿Cuántas veces ese oro de los tiempos antiguos, continuamente usado y por consiguiente gastado habrá ido de nuevo al crisol para mezclarse con nuevas pepitas del mismo metal?— El oro, cambiado por los patriarcas, adorado en los ídolos, puesto de relieve en las estatuas, en los vasos y en las armas, el oro que cubrió el santuario de Jerusalem, el que fué llevado en los carros de triunfo, el que sirvió para pagar las mayores obcenidades, el que formó los relicarios y cruces de la inmensa turba de peregrinos, ¿dónde está? ¿Acaso alguna parte de él estampado con los bustos de reinas y reyes, de emperadores y emperatrices, no va pasando aún hoy día por nuestras manos? Mezclóse quizás con los metales de un millar de minas, fué hendido y hecho pedazos, circuló por las naciones, fué aumentado y disminuido en toda la haz de la tierra, figuró en horribles escenas para satisfacer á la antigua y proverbial *sacra fames*, sirvió para recompensar la infamia y para precio de inocente sangre; pero, sin embargo, fué también aplicado para santos fines durante los cambios y vicisitudes de la historia de los hombres.»

---

(1) Tal como nosotros lo hemos traducido no aparece la confusión, porque en castellano no querría decir nada la versión literal. En efecto, traduciendo á la letra se debería decir: Este anillo representa la leyenda de San Eduardo recibiendo de San Juan Bautista un anillo de zafiro en el bosque de Waltham, que es el usado por los reyes, en las coronaciones y aún hoy día lo lleva S. M.

Por último, además de los hermosos grabados que ilustran la obra, hay entre ellos una hermosísima cromolitografía y algunas notables acuarelas ejecutadas por estudiantes que parecen profesores de las escuelas de artes de South Kensington, sobresaliendo entre todos estos trabajos los que pertenecen á Mr. John Watkings.

*(The Academy)*





## CRÓNICA DE LA QUINCENA.

---

### INTERIOR.

**L**os debates del mensaje han abierto anchísima brecha en los muros de la situación. Más señalada y ostensible fuera, sin embargo, la victoria de las oposiciones, si existiendo entre ellas cordial inteligencia y buen acuerdo, hubiesen subordinado á un plan general los ataques de que han hecho objeto la contestación al discurso de la Corona. La falta de ese plan ha reflejado, en la campaña parlamentaria ya terminada, cierto desorden, á cuyo amparo puntos muy importantes de la política del gabinete quedan sin crítica y cuestiones muy transcendentales sin exámen ni estudio.

Pero era imposible que las oposiciones se concertaran, por los distintos puntos de vista de que parten y por la diversidad que hay en sus recursos y propósitos, en sus deseos y en sus fines. Todavía no ha llegado la hora de que se concierten y aunen sus esfuerzos; todavía los constitucionales esperan, mientras los demócratas afirman su actitud irreconciliable, asegurando que nada hay en la política conservadora capaz de inspirar simpatías, ni confianza á los que luchan por el restablecimiento de las libertades públicas y la constitución de un régimen que las garantice.

Esa falta de unidad ha debilitado el ataque, que debió ser impetuoso y vivo, como viva y animada fué la actitud del país al convocarse las elecciones. Hacía muchos años que los comicios no se abrían en medio de tan halagüeñas promesas y de tan dichosas esperanzas. Para que los mandatarios respondan por completo al mandato recibido, es preciso que en las legislaturas sucesivas, con mayor calma y espacio, dentro de condiciones normales, concierten y ordenen sus pensamientos, dando mayor fuerza por la cohesión á la fuerza de la elocuencia de que han hecho tan brillante alarde en la quincena primera de este mes.

Referiremos sumariamente lo ocurrido. Al Sr. Maisonnave, ex-ministro de la República y diputado por Alicante, á cuyo ilustre nombre va unido el recuerdo de una época gloriosa, porque el Sr. Maisonnave salvó en 1873 la democracia de la deshonra, iniciando una política de energía, tocó abrir el debate con una enmienda en que atribuye á la desorganización administrativa la mayor parte de los terribles males que agravan la tristísima situación del país.

Entre todas las cualidades que distinguen al Sr. Maisonnave descuella la de hombre de gobierno; el joven diputado es un verdadero estadista, para quien el arte de gobernar los pueblos demanda profundidad de miras, rectitud de propósito, desinterés y acendrado patriotismo. Todas esas cualidades reveló el discurso en que apoyaba su enmienda, discurso acogido en provincias con entusiasmo, porque compendia y resume las amargas quejas de los pueblos, sus legítimas pretensiones nunca satisfechas, sus anhelos, sus necesidades y sus martirios. No estaba exento por ello el discurso, ni por dilucidar en primer término cuestiones de carácter administrativo, de alcance y de interés político. Antes al contrario, puede decirse que la enmienda del Sr. Maisonnave y la oración pronunciada en su apoyo, han causado en la mayoría y en el gobierno un efecto más sensible y penoso que la mayor parte de los ataques puramente políticos fulminados desde la izquierda.

El Sr. Maisonnave dió preferencia á las cuestiones administrativas, porque en ellas está el secreto de nuestra decadencia, atraso y ruina; pero se la dió también porque, convencido de

las divisiones de la mayoría, quiso provocarlas, llevando el debate al único terreno en que era posible que estallaran. ¡Vano empeño suscitarlas por motivos políticos! La mayoría está unida en las cuestiones generales de política, salvo las de Cuba, y todos los esfuerzos realizados para separarla en ese campo serían inútiles. Pero entre el ministro de la Gobernación, jefe parlamentario de la mayoría, y el Sr. Romero Robledo, de quien se dijo que era el jefe efectivo de la derecha, hay profundas diferencias administrativas. El Sr. Maisonnave trajo, pues, con indudable buen sentido el problema á ese terreno, censuró la conducta del Sr. Silvela, aludió á las medidas con que éste ha mostrado su hostilidad al Sr. Romero Robledo y estalló la discordia entre ámbos.

Estalló pidiendo el Sr. Romero la palabra y combatiendo los decretos del Sr. Silvela que reformaron la organización de la imprenta nacional y suprimieron la caja de beneficencia. El Sr. Romero se expresó con acritud; el Sr. Silvela contestó con energía. El Sr. Romero presumió provocar con su disgusto la salida del ministro de la Gobernación; pero el Sr. Silvela parapetándose tras el gobierno y la mayoría puso con habilidad suma la cuestión en el voto del mensaje. «Si lo aprobais, exclamó, aprobais mi conducta administrativa y política. Si esta conducta no fuere de vuestro agrado, votad contra el dictámen de la comisión.»

La respuesta detuvo al Sr. Romero ante todo, después le asombró; por último, lo ha reducido á la inacción más completa. No ha aceptado el reto de su adversario. No se ha atrevido á hacer sus querellas cuestiones transcendentales, ni á librar la batalla contra el ministerio de un modo solemne. El Sr. Silvela lo venció con algunas palabras; después se ha visto al Sr. Romero deponer su altivez y su disidencia, seguir atento y callado el curso de los debates, votar silencioso con la mayoría el mensaje y marchar á los baños de Sobron más resignado que tranquilo, impotente para vengar sus injurias y haciendo gala de una reserva que empleada ántes de la derrota hubiese disminuido el alcance de esta; pero que hoy la agrava y profundiza.

\*  
\* \*

La enmienda del Sr. Navarro y Rodrigo era una censura al gabinete por la indeterminación de su política; el discurso del ex-ministro constitucional fué una exposición repetida de las ideas de sus amigos, que constituyen la derecha de aquel grupo. El Sr. Navarro y Rodrigo perteneció en la pasada Cámara á la fracción del Sr. Ulloa; ahora está indicado para capitanearla. En su discurso se ve acentuada esa tendencia que ha llevado el constitucionalismo á concesiones incompatibles con sus antecedentes revolucionarios y que en opinión de los que las hacen podrá llevarlo á las antecámaras de la plaza de Oriente.

Después de la oposición de S. M., la oposición radicalmente democrática, la oposición irreconciliable tuvo un órgano en el Sr. Carvajal, diputado por Gaucin y ex-ministro de la República. Lo primero que el discurso del Sr. Carvajal puso de manifiesto, fué la intolerancia de la mesa y de la mayoría. El Sr. Ayala es uno de los presidentes más parciales é injustos que han ocupado el alto sillal. No parece que esté allí para garantizar el derecho de los diputados, sino para proteger al gobierno de los ataques de la oposición. Viéndole recordábamos al Sr. Posada Herrera, conservador también como el señor Ayala, conservador más sincero y de convicciones más arraigadas y sólidas que el Sr. Ayala, que supo á pesar de esto por su rectitud, por su frío desinterés, por su neutral conducta, captarse generales simpatías en todos los grupos de la Asamblea de 1876. Y ¿cómo no recordarlo? El Sr. Carvajal no ha podido realmente pronunciar su discurso; lo empezó no más; insinuó los puntos en que había de ocuparse y al indicarlos, la campanilla del Presidente le marcó la conveniencia de dar distinto rumbo á sus ideas.

El Sr. Carvajal compendia la situación en breves y clarísimos términos. «Las Cortes de 1876 dijo, fueron Cortes de afirmación, porque afirmaron un trono, una Constitución y una dinastía; las Cortes de 1879 son Cortes de contradicción; yo espero que las Cortes futuras sean de negación.» No pudo el elocuente orador de la izquierda explicar ninguna de estas ideas fundamentales. El Sr. Lopez de Ayala desde la mesa y la mayoría, donde no faltan interruptores empeñados en coartar

la libertad de la tribuna, se lo impidieron y sólo buscando á la expresion de sus creencias caminos tortuosos, pudo el Sr. Carvajal revelarlas censurando la conducta del actual gobierno, olvidado en punto á nuestras relaciones exteriores de que existimos en Europa, en punto á la Hacienda, de que cada dia es más triste la situacion del Erario, en cuanto á la política interior, de que cada vez es más difícil arraigar la libertad y la calma, el órden, la paz y el bienestar de que tanto necesitan los pueblos.

Algunas frases del discurso del Sr. Carvajal suscitaron un incidente en que intervino el Sr. Navarro y Rodrigo para afirmar como distinto en todo del criterio de la democracia el criterio de los constitucionales. La victoria dentro de la mayoría en los debates del mensaje, ha sido del Sr. Silvela, y dentro del partido constitucional, del Sr. Navarro y Rodrigo. El Sr. Romero Ortiz, no ha hecho, como su correligionario, protestas ardientes de adhesion á las instituciones; pero no ha acentuado su actitud opositora como se anunciaba. Los constitucionales han aparecido compactos y unidos, pero poco resueltos y excesivamente respetuosos. Todo el camino que recorrieron ántes del 20 de Abril acaban de desandar. Están, como á principios de Marzo, á las puertas de Palacio. Esta es la síntesis de su actitud, síntesis confirmada por el discurso del Sr. Sagasta.

\*  
\* \*  
\*

La democracia ha desplegado bien sus fuerzas, y aún cuando no ha hecho ostentacion de los múltiples recursos de que dispone, aunque ha sido sóbria en esta manifestacion de sus grandes medios de combate, el debate del mensaje de 1879 se recordará en sus anales como una fecha memorable. El señor Maisonnave ha desenvuelto su sentido patriótico y gubernamental, el Sr. Carvajal ha hecho la crítica de este órden de cosas, reasumiendo las creencias y las esperanzas de los partidos democráticos, el Sr. Castelar ha trazado el brillante cuadro de sus más elevadas aspiraciones, y ha condenado con sublime acento los errores de los partidos imperantes, y el señor Martos ha traído á la Cámara la palabra y el voto de los

elementos que aspiran á constituir dentro de las fuerzas democráticas un centro reformista separado de la democracia gubernamental por diferencias de conducta y de la democracia federal por diferencias de principios. Puede decirse que las minorías irreconciliables han tomado posiciones para la campaña que se preparan á hacer en estas Córtes. No era posible llegar, ver y vencer como César, y han preferido limitarse á sentar sus reales frente á frente de los reales de la situación.

Como el Sr. Castelar lo había hecho esto ya en las legislaturas anteriores, en las Córtes de 1876, su discurso se ha reducido en el fondo á afirmar la posición que ocupaba. Ha sido, no obstante, el discurso más elocuente y más completo de cuantos se han pronunciado en estos debates; el más elocuente, porque el Sr. Castelar,—están unánimes confesándolo amigos y adversarios,—ha llegado ahora al límite que es posible alcance la palabra humana; el más completo, porque su crítica de la situación actual ha ido á combatir los conceptos fundamentales de la política conservadora, abarcando todo su desarrollo, fulminando severo anatema sobre su pasado, condenación inapelable para su presente, y fallo solemne respecto á su porvenir.

El Sr. Castelar es el único diputado á quien preocupan de un modo serio las cuestiones internacionales, porque es el hombre político que pone sobre todas las virtudes civiles el patriotismo, y sobre todos sus ideales y creencias los intereses de la patria. Aspira á que España se engrandezca en las luchas de la política exterior, lamenta nuestra situación aislada, nuestro funestísimo retraimiento de los problemas que agitan á Europa, é invoca como imágenes halagadoras la prosperidad actual de Alemania y de Italia, para inspirarnos el deseo de volar fuera de los estrechos límites en que vivimos encerrados, ansiosos de un porvenir de gloria y grandeza que nos niegan, más que las desdichas y miserias del presente, la torpeza de nuestros estadistas y el limitado alcance de las aspiraciones de nuestros partidos.

El Sr. Castelar, verdadero hombre de gobierno en Europa, donde ocupa un puesto al lado de los más ilustres, no podía desatender ese importantísimo orden de cuestiones. En punto

á las interiores, ha afirmado que la restauracion constituye un período necesario del desarrollo de la política española en el movimiento que inició 1868. Despues ha dicho vendrá el período de solucion, y para el período de solucion el Sr. Castelar presenta y defiende la suya: una democracia ilustrada, pacífica, gubernamental, que conquiste el apoyo de la opinion dándole garantías de sensatez y de prudencia.

Pedir á la democracia garantías para la libertad, es insensatez manifiesta, ¿No es ella la mejor garantía? Pero los pueblos tienen derecho á reclamar seguridades de estabilidad. Cuando la democracia no da á los pueblos esa seguridades, cae, como en 1848 en Francia, vencida y deshonrada. Lo que se opone hoy en primer término al triunfo de las opiniones democráticas en pueblos como el nuestro, es la desconfianza que inspira su historia. Los pueblos temen el triunfo de la democracia, porque temen perder con su victoria la paz y el reposo, que los pueblos aman tanto como la libertad. El señor Castelar ha comprendido, quizá el primero en Europa, el valor que esos temores tienen, y por esto desde 1871 ha dado á su política un rumbo que hoy es el de toda la democracia europea. Su último discurso es un nuevo paso que acentúa esa tendencia, y contribuirá á conquistar para las soluciones que defiende el más sólido apoyo, el apoyo de las clases conservadoras,—no de los partidos conservadores,—del país.

La tendencia representada por el Sr. Márτος en los debates del mensaje difiere de la del Sr. Castelar en ese punto. El señor Márτος no ha creído oportuno dar á los pueblos garantías de orden, de respeto á la ley, de estabilidad y de moderacion; se ha limitado á formular con brillante palabra calorosas protestas democráticas y revolucionarias, afirmando que entre la derecha gubernamental y la izquierda federalista, él y sus amigos, los grupos radical antiguo y demócrata histórico no afiliado en ninguna de aquellas tendencias, pretenden constituir el centro izquierda de la democracia. ¿Pero ese centro izquierda mantiene en absoluto sus tradiciones? Ese centro izquierda ¿nada tiene que corregir de su antigua política? Ese centro izquierda ¿podrá conquistar las simpatías de la opinion general sólo con protestas á favor de la libertad y del derecho?

¿No necesita formular algunas otras, vivos como están en la memoria de todos los recuerdos de un pasado borrascoso, vivos como están en el espíritu de los pueblos los temores de un porvenir intranquilo?

\* \* \*

No es posible condensar en pocas páginas un debate tan brillante como el del mensaje en el Congreso, sin prescindir de la mayoría de sus episodios. Los oradores de la derecha que han contestado á los oradores de oposicion han levantado poco su vuelo, limitándose á lo sumo á replicar pormenores que se pierden en la lucha de las tendencias generales. El debate ha terminado con un verdadero duelo parlamentario de los Sres. Sagasta y Cánovas y con un reñido incidente sobre las cuestiones de Cuba. Lo promovió el Sr. Martos que ha querido saber el pensamiento del gobierno y del partido conservador sobre esas cuestiones; pero el Sr. Cánovas y el ministerio se han obstinado en esterilizar su empeño. Hasta 1880 no conoceremos la suerte reservada á la grande Antilla y á sus más importantes problemas. Es indudable que en ese punto media, entre el pensamiento del general Martinez Campos y el de su antecesor, un verdadero abismo. Por eso ahora se han negado uno y otro á hacer la luz y á iluminar su fondo. Los diputados de Cuba declaran aceptar este aplazamiento. Esperemos pues.

En cuanto al duelo parlamentario del jefe del partido conservador y del jefe de la minoría constitucional, este último se ha mostrado enérgico y hábil; el Sr. Cánovas, falto de recursos y aún de elocuencia, no ha podido explicar la crisis de Marzo. El Sr. Sagasta ha dado su verdadera explicacion: la corte no quería ya al Sr. Cánovas y fué llamado el Sr. Martinez Campos á reemplazarle.

El Sr. Sagasta despues ha conseguido mostrarse más fervoroso dinástico que el Sr. Cánovas y todo el mundo ha podido ver á este último, decaido de su antiguo favor y prestigio, No hay, pues, ni temor ni esperanza de que por ahora vuelva á los consejos de la Corona.

El Gabinete Martinez Campos-Silvela continuará en el po-

der hasta el año próximo, en que las cuestiones de Cuba, dividiendo al partido conservador, suscitarán una crisis profunda, cuya solución es aventurado discutir hoy.

El partido constitucional espera esa crisis como esperó la de Marzo último. La política de calma y confianza ha vuelto á cobrar imperio en sus filas.

Esta es la situación del campo conservador. En el campo democrático continúa el despertar iniciado por los trabajos electorales, y mientras la reorganización de sus grupos se activa y se preparan elementos para la contienda, los discursos de los ilustres oradores que le representan han mostrado, con su crítica de este orden de cosas, la ineficacia de la política gobernante para contrarestar los males que agobian al país. Encamínanse las protestas y los actos de las minorías irreconciliables á ganar votos en la opinión y á fortalecer sus propios recursos. Nosotros creemos que uno y otro deseo están en camino de realizarse, que se realizarán indudablemente. Por eso hemos dicho al comenzar estas líneas que los debates del mensaje han abierto anchísima brecha en los muros de la situación, á pesar de los 244 votos contra 47 que han aprobado la respuesta del Sr. Bugallal, quien, para que todo sea extraño, ha brillado en las discusiones por su silencio.

---

## EXTERIOR.

Las noticias de Oriente hacen temer graves alteraciones del orden en Siria. Ya á principios de Junio los corresponsales de algunos periódicos extranjeros señalaban síntomas de perturbación en aquella parte del imperio, atribuyendo al mal gobierno de Rustem Pachá las causas de descontento que los producían.

Pero Rustem Pachá fué á Constantinopla, explicó á la Puerta su conducta y la situación de las provincias que administra, y parecieron tan satisfactorias al Divan sus manifestaciones, que se pensó conferirle el gobierno de Rumelia, antes de designar á Aleko Pachá para este cargo.

Nombrado por fin Aleko, Rustem volvió á Siria, y ha coincidido con el principio de este nuevo período de su mando el recrudecimiento de los temores que nos trasmitió días atrás de un modo alarmante el telégrafo.

No nos sorprendería que la alarma creciera y los anuncios de próximos é inevitables trastornos se realizasen. El gobierno de la Puerta sólo para esto es, en todas las provincias del imperio, provechoso y fecundo, para suscitar complicaciones, producir trastornos y levantar rebeldías.

No transcurre una semana jamás sin que anuncios de índole análoga al que ahora se hace respecto á Siria, fijen la atención de Europa sobre el estado insostenible y precario de Turquía.

Cuando lord Salisbury presentó al Parlamento inglés,—ahora hace un año,—el tratado de paz en Berlin, dijo que ese tratado era el último plazo que el mundo cristiano y culto daba á la Sublime Puerta, para que esta reformara su gobierno, mejorase su administracion y se mostrara digna del apoyo que le prestan los poderosos valedores que conserva en el areópago europeo.

Sólo lord Salisbury, los tenedores ingleses de deuda turca y los hombres de estado de la vecina República, creyentes como Sully y Colbert, en que conviene á Francia la conservacion del imperio otomano, alimentaron la esperanza, enunciada por el jefe del *Foreing Office*, de que Turquía utilizara la tregua que le otorgaba la paz de Berlin. Si un año es plazo bastante para desvanecer una esperanza, el año que acaba de transcurrir debe haberla desvanecido por completo. La Puerta no ha reformado su gobierno en ninguna de las provincias que viven todavía sujetas al despótico capricho del Padischah. Epiro y Tesalia siguen siendo víctimas, como ántes Bulgaria, de los circasianos y baschi-bozucks; en Albania se mantiene una situacion insostenible; las quejas de los cretenses se repiten sin intermision ni descanso; la administracion del Asia Menor no ha mejorado, y si los clamores de sus pueblos no nos conmueven, es porque en Asia Menor existe el gran núcleo de poblacion otomana, más adicta á la Puerta, y bien hallada con el régimen á que vive sujeta desde los tiempos de la famosa sultanía de Iconium.

Rustem Pachá es un un fanático musulman; su gobierno de Siria dejará indelebles recuerdos en aquellas regiones de antiguo tan castigadas por la tiranía de la Puerta. Pero tampoco bastaría, á nuestro juicio, con separarlo de ese puesto para que la situacion mejorase sensiblemente.

Las causas del triste estado en que se hallan las provincias del imperio otomano, son más profundas. Miéntras el imperio otomano subsista, no será posible procurarles remedio. El grave error de Inglaterra en 1878, ha sido no conocer esto, y ese grave error traerá de nuevo la lucha á Oriente y la discordia á Europa.

Los desórdenes de Siria pueden ser ahora motivo de las más graves complicaciones. Inglaterra, desde Chipre, vive apercebida para ganar la orilla opuesta y extender su influencia hácia el valle del Eufrates, centro de un nuevo camino á las Indias. Francia no puede tolerar nada que menoscabe su antiguo protectorado de los Santos Lugares, y la Puerta, como lo prueba su actitud en las cuestiones griega y egipcia, no quiere ceder más, ni se enmienda, ni cambia su política, ni se hace digna de la tolerancia del mundo cristiano, que es la única fuerza conservadora del trono de los Padischahs.

\*  
\* \*

Un dato más en apoyo de nuestras opiniones sobre Turquía y la política del sultan: el arreglo del conflicto greco-otomano ha adelantado, pero tan poco, que todavía, si las informaciones telegráficas no mienten, estamos como cuando fracasaron en Prevesa las primeras tentativas de avenencia, instadas por el gobierno de Aténas.

La diplomacia de Europa adquirirá, al fin y al cabo, el convencimiento de que el imperio otomano no puede ser tratado como una potencia independiente. Hay que imponerle en interés de la justicia y de la paz general, la obediencia á los pactos internacionales.

Turquía no es un pueblo, ni un Estado, ni una nacionalidad: es un campamento, es un país conquistado, es un conjunto de provincias sometidas que viven á merced de sus dominadores, porque estos las conservan ahora como el día que las

invadieron, bajo el régimen militar de sus armas victoriosas. El gobierno turco no es el representante del país, ni el protector de todos los ciudadanos que habitan aquellas feraces y dilatadas regiones tan pródigamente dotadas; es el jefe de un ejército de ocupación. Los rajahs no figuran como ciudadanos al lado de los turcos sino debajo de ellos. Desde la segunda mitad del siglo xiv en que la toma de Constantinopla dió término á la fundación del imperio otomano, los turcos son los vencedores, los rajahs los vencidos. La Constitución de 1876, promulgada sólo para procurarse un pretexto con que contestar á las reclamaciones de Europa, no ha modificado la situación. Entre conquistadores y conquistados, entre vencedores y vencidos, subsiste ahora, como existió siempre, una profunda diferencia de hecho y de derecho.

Esta singularidad debe tenerse muy en cuenta siempre que se examinen ó se juzguen los asuntos de Oriente. No debe considerarse á Turquía como á las demás naciones de Europa. La violencia las ha formado á casi todas. Las guerras, los enlaces entre sus dinastías y las combinaciones de la diplomacia han ido agrupando territorios hasta organizar los actuales Estados. Pero todos ellos se han constituido al cabo en cuerpo político, en nación, fundiéndose vencedores y vencidos, estableciendo sobre unos y otros su imperio la ley común y erigiéndose en árbitros y directores de las sociedades así formadas, gobiernos que representan á todos los ciudadanos, que á todos los amparan y defienden y que en primer término simbolizan y personifican los intereses del procomún,

No es la falta de esas circunstancias un carácter pasajero, ni una cualidad transitoria del imperio otomano; es su condición permanente é invariable. Nos lo prueba el transcurso de los siglos en cuanto á lo pasado, y nos lo afirman en cuanto á lo porvenir las causas religiosas y políticas que la determinan. No llegarán á fundirse los rajahs y los turcos sobre el suelo de la península greco-eslava, porque sus respectivas religiones son de todo punto incompatibles é irreconciliables; no llegarán á gobernar los turcos á los rajahs de otra manera que por medio de la violencia, pues si algun día los rajahs se vieran colocados al nivel de los turcos y gozando de

los mismos derechos que estos, como son muchos más, como están en la proporción de 1 á 3'50 ó de 1 á 4, el gobierno pasaría á sus manos, y los descendientes de Otman se verían desposeídos de la autoridad que ejercen y de los privilegios de que disfrutaban.

Hace dos ó tres años Europa escuchaba horrorizada la relación sangrienta de las crueldades cometidas en Bulgaria por los turcos. Ahora se repiten esas crueldades. En el curso de la historia de Turquía, no constituyen tales episodios un hecho nuevo. Mientras continúe su dominación en Europa no dejarán de repetirse. Aun cuando los gobiernos de la cristiandad reclamen y los pueblos cultos protesten, la Sublime Puerta no dejará de emplear esos medios, porque sabe que sólo mediante el terror alcanzará á imponerse, y que el día que el terror cese cesará su imperio.

El problema de Oriente bajo este punto de vista crítico y negativo, se reduce, pues, al reconocimiento y á la confesión de si puede Europa consentir que un gobierno se sostenga por esos medios, de si puede Europa consentir que las poblaciones cristianas de la península de los Balkanes vivan constantemente sujetas á la dura ley del hierro y eternamente condenadas á verse huérfanas de libertades, de derechos, de justicia y de protección.

Durante los siglos XVI y XVII, ocupados los soberanos de la Europa cristiana en aquellas largas luchas de la casa de Francia contra la de Austria, y del Catolicismo contra la Reforma, ó embargados con las atenciones que les procuraban sus establecimientos coloniales, cuidaron poco de lo que pasaba en Turquía y de la suerte de los rajahs. Al mismo tiempo, los otomanos se hallaban en el apogeo de su poder y de su fuerza. Su primer desastre, desastre que le causaron las armas españolas, el de Lepanto en 1571, no había producido todas las consecuencias que debían esperarse de aquel glorioso acontecimiento.

Aún no se había firmado la paz de Carlowitz (1699) que señaló el comienzo de su decadencia. Las cuestiones de Oriente parecían olvidadas. Es cierto que durante los reinados de Enrique IV y Luis XIV en Francia se agitó la opinión en

Sentido anti-turco y que ya entonces se pidió á ámbos reyes, halagando sus opiniones personales, que lanzaran á los otomanos de Europa; pero todo esto no llevó á ningun resultado serio.

Pasados aquellos siglos, constituidos sólidamente los Estados de Europa, reunidos más de una vez en Congreso sus representantes para tratar de los asuntos comunes á la cristianidad, el movimiento de las ideas reclama una política internacional fundada más que sobre vanas ideas de equilibrio sobre el derecho y la justicia.

Los pueblos europeos se preocupan de los intereses comunes y permanentes de la humanidad. Regidos todos ellos, dice un ilustrado publicista, por leyes racionales que garantizan la libertad y la existencia de los ciudadanos, que consideran al extranjero como amigo y hacen á todos los ciudadanos iguales ante la ley, ni conciben, ni están dispuestos á tolerar la existencia y la conservacion como Estado civilizado, de un gobierno bajo el cual ocurren sucesos como el asesinato de los cónsules de Salónica, ó que por medio de sus agentes realiza en sus propios súbditos los horrores de que ha sido teatro la Bulgaria.

Turquía ni se arrepiente ni se enmienda, ni puede enmendarse ni sabrá arrepentirse. Poseedora, inactiva y arruinada de los más bellos y más fértiles países del mundo, cada dia es mayor su decadencia, y los errores y violentas exageraciones de su gobierno progresan á compás de su descenso y caída. Presenciamos el espectáculo de un gobierno que no tiene energía más que para atormentar á sus propios súbditos, que es impotente para reformar sus procedimientos y de un pueblo que no sabe hacer más revoluciones que esas vergonzosas revueltas del Serrallo, prolongadas hasta nuestros dias, y que no tiene más elemento moderador del despotismo de sus sultanes que el regicidio.

«Una capa ligerísima de cultura y de civilizacion, dice el mismo escritor á quien ántes recordábamos, cubre á este imperio decrepito, si es que por cultura hemos de entender el uso de vestidos cortados á la europea, la repeticion con que se infringen los preceptos del Coran, la existencia de una

deuda pública, cuyos intereses absorben las rentas del Estado y de Códigos que son letra muerta. Hay también un partido de la joven Turquía, es decir, de turcos que han visto á París, Londres y Berlin. Pero estos jóvenes turcos sólo sueñan con una regeneración del Imperio verificada en su exclusivo provecho. Su ideal es un despotismo más sabio y más hipócrita que el antiguo.

»Sus progresos son esas pretendidas reformas constitucionales, esos hattis-scheriffs, esos hattis-houmayoums con que se trata de engañar á una diplomacia indulgente y á acreedores cándidos. Su habilidad consiste en imputar á sus víctimas la responsabilidad de las crueldades que autorizan y en aprovecharse de las rivalidades de las grandes potencias, ayoyándose alternativamente en unas contra otras.

Tal es la situación; tal el gobierno turco. La pintura de ambos declara muy alto cuáles son el deber y los derechos de Europa y el criterio que debe aceptarse como más fundado al juzgar del problema de Oriente. «Si la instalación de los turcos en Constantinopla, dice Rolin, fué una vergüenza para la Europa cristiana, la forma en que sus sucesores gobiernan á sus súbditos, es la continuación de aquella vergüenza.»

El conflicto turco-griego y la tenacidad de la Puerta, que resiste con todas sus fuerzas el cumplimiento del tratado de Berlin, del art. 25 y del protocolo XIII del Congreso, no justificaría acaso ahora la expulsión de los turcos de Europa y la disolución de ese imperio; pero son motivos harto poderosos para que las potencias prescindan de ciertas consideraciones é impongan al gobierno del Padischah la solución más conveniente y justa. De otra suerte muy pronto se renovará la querrela apaciguada en 1878, y quién sabe si al renovarse envolverá todo el continente europeo en las desastrosas consecuencias de una guerra general.

\*  
\* \*

Tanto como las victorias de los prusianos han contribuido á fundar el imperio alemán las ideas liberales; la unidad germánica era una aspiración revolucionaria. Todo el mundo recordará una fecha memorable y una Asamblea ilustre: 1848 y

el Congreso de Francfort, cuando se estudie la génesis de ese movimiento extraordinario consumado en Versalles en 1870. Bismark, el creador del imperio, ha sido un antiguo conservador que vino á nuestro campo á pedir elementos, opinion, entusiasmo é ideales para llevar á término su gigantesco proyecto contra los tradicionalistas de su pueblo, contra los feudales, contra el particularismo, contra las ideas conservadoras y doctrinarias.

Todo lo halló en el patrimonio de la democracia, rico en fuerzas regeneradoras; todo lo halló, logrando al cabo que se realizara su propósito. Realizado ya, surge el primer adversario poderoso del imperio y de la unidad germánica: el partido católico. Bismark pretende aniquilarlo; no consigue sino su quebranto; ¿pero cómo? Merced á los demócratas y liberales. Entónces entra Falk en el gabinete de Berlin y se promulgan las leyes de Mayo, entónces comienza esa lucha titánica, el Kulturkampf, que ha llevado al Papa, no al Emperador, á las puertas de Canosa, mostrando cuanta distancia hay desde un Enrique IV á un Guillermo I, y desde un Leon XIII á un Hildebrando.

Pero la política liberal tiene exigencias incontestables, que nacen de su propia naturaleza y que es preciso satisfacer á todo trance cuando ese sistema se adopta. Los liberales alemanes, que habian contribuido en primer término á la fundacion del imperio germánico, que habian vencido á los católicos en su lucha contra el canciller, quisieron un régimen representativo verdad, que las Cámaras, el Reichstag sobre todo, hijo del sufragio universal. tuviera la intervencion que corresponde á los mandatarios del pueblo en los problemas económicos, en el voto de los tributos, en la gestion de la Hacienda. Y todos estos deseos parecían vituperables al canciller, porque el canciller quiere para el imperio una autoridad casi despótica, vida y recursos independientes del voto de las Asambleas, elementos capaces, en una palabra, de dotar al gobierno con tales medios, que, llegado el caso, prescindan sin pena de la representacion del país. La política de Bismark y la política del partido nacional liberal se han encontrado en ese punto frente á frente. Larga y penosa fué la lucha. Hubo en ella

debilidades y transacciones. El canciller triunfaba; sus adversarios cedían. Obtuvo primero la ley contra los socialistas, cruel, incalificable; alcanzó despues las leyes económicas que han levantado sobre Alemania una grave amenaza, la de un bloqueo comercial; se prestó, por último, á las excitaciones de Roma y á los consejos más ó menos directos é influyentes del ultramontanismo... Todo concluyó entónces, ó para expresarnos con mayor propiedad, todo ha concluido. Mr. Forckembeck ha dejado la presidencia del Reichstag, y Mrs. Falk, Hobretch y Friedenthal los ministerios de Cultos, Hacienda y Agricultura.

¿Adónde va el canciller? Hé ahí el problema presente. ¿Entregará el poder á los católicos, á los particularistas, á los feudales, á los enemigos jurados del imperio? Tal es el sentir de los diarios ultramontanos; pero no es creible que lleve su ceguera hasta ese extremo inconcebible. El canciller, á nuestro juicio, no va tan léjos; se queda en la mitad del camino. No volverá á la política liberal, no aceptará la del centro, hará política bismarckiana, una política conservadora y autoritaria que mantenga el *statu quo*, que sea poco amiga de la Iglesia, aún cuando no se ensañe contra ella; una política, en suma, dirigida á realizar aquellos ideales que constituyen el fondo de los deseos del canciller, y que no ha podido conseguir hasta ahora por sus relaciones estrechas con los hombres del grupo nacional liberal.

Todas las noticias que nos trasmiten los periódicos más autorizados de Europa vienen á corroborar ese juicio.

El compromiso que se negocia entre el Vaticano y la corte de Berlin, no será una retractacion de ésta ni de aquél, sino un *modus vivendi*, un pacto de tolerancia tácita y de términos medios para el porvenir, que no arrebatará al Estado los derechos por cuya conquista viene luchando el príncipe canciller desde hace diez años, no se derogarán las leyes de Mayo, siquiera haya benignidad en su aplicacion, no se repondrá en sus sillas á los obispos desposeidos, ni se permitirá la vuelta de los jesuitas, y por último, sucederán á los ministros que abandonan el gabinete aleman, los Sres. Bitter (Hacienda), Puttkammer (Cultos), y Dr. Lucius (Agricultura) que

son personajes políticos de segundo orden adictos al canciller, dependientes de su favor, y antiguos empleados de su administración.

Habrà general descotento en vista de esa solucion intermedia é indefinida de la crisis; pero como el prestigio personal del canciller es grande, su autoridad puede bastar muy bien para que ese gobierno arraigue y su política adquiera vigor y simpatías. El problema entónces aplaza sus rigores para una época remota é indeterminada, para el dia en que el canciller muera. Cuanda eso ocurra, surgirán complicaciones interminables, esas complicaciones que son siempre la herencia de los hombres de Estado, que absorbiendo la representacion de un sistema, y reasumiendo en su personalidad toda la fuerza de un órden de cosas, no han querido mirar el porvenir, desvanecidos con lo presente, y han dado á sus obras por cimiento lo que hay de más frágil y perecedero en el mundo; la vida de un hombre. El emperador Guillermo es un anciano próximo al sepulcro; el príncipe de Bismark, más jóven que su augusto amo, carece de esa salud y ese vigor que prometen una dilatada existencia. El dia en que ambos desaparezcan, terribles turbulencias agitarán el seno del imperio, por no haber querido sus fundadores preservarlo de esas tempestades, organizando allí un gobierno constitucional y representativo, único capaz de evitarlas.

\*  
\* \*

La discusion de la ley de enseñanza superior ha terminado en la Cámara de diputados de Versalles. Los artículos 3.º y el 7.º han sido objeto de viva discusion. El 3.º suprime el derecho de recibir las matrículas y hacerlas pagar, otorgado á los establecimientos libres por la ley de 1875. El proyecto que se discute dispone que el Estado reciba las matrículas y que éstas sean gratuitas. Las Universidades católicas, dice *L'Independance Belge*—que no podrán en lo sucesivo usar de este título—se han visto heridas en su interes pecuniario, que es el primer interes del clericalismo. Por eso el art. 3.º fué objeto de tan vivos ataques. El 7.º, que prohíbe á los miembros de congregaciones religiosas no autorizadas, y

que fué acogido con desconfianza hasta por una parte considerable é ilustrada del centro izquierdo, ha obtenido completa aprobacion despues de dos notables discursos de M. Paul Bert y M. Ferry.

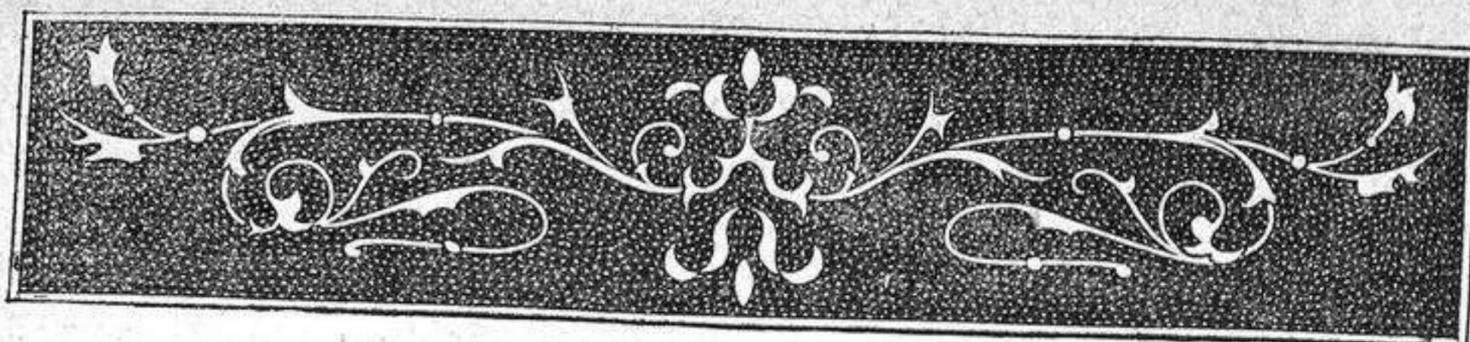
Esto en cuanto á las tareas parlamentarias de la República vecina. Su política no refleja hoy agitaciones, ni anuncia crisis. La política republicana logra consolidarse por la prudencia y la moderacion, como triunfó. Su único adversario fuerte, el bonapartismo, deshecho por la desgracia, es hoy impotente hasta para mantener una actitud definida frente á las instituciones.

En Italia no es la situacion tan tranquila como en Francia. Ni los grupos de la Cámara de diputados entre sí, ni ese Cuerpo Colegislador y la Alta Cámara han llegado á ponerse de acuerdo en la cuestion relativa al impuesto sobre la molienda. El gobierno Depretis era contrario á las reformas introducidas por el Senado en la ley encaminada á suprimir ese impuesto; pero los diputados votaron contra este pensamiento y el Sr. Depretis presentó su dimision. Le ha reemplazado Cairoli, el antiguo y consecuente demócrata, de quien espera el partido liberal italiano que allane las dificultades pendientes, pues si esas dificultades crecieran y los elementos democráticos rechazaran toda idea de avenencia, veríase el rey Humberto en el caso de llamar al poder á los conservadores contra el espíritu que domina en los pueblos de la afortunada península. En esta crisis ha circulado ya con insistencia, como un rumor verosímil, el rumor de que el Sr. Sella había recibido encargo de constituir gabinete.

F.

15 de Julio.





## MISCELÁNEA.

**E**STADÍSTICA de enseñanza.—La publicación de los trabajos estadísticos que señalan los progresos de la instrucción se hace en todas partes con extraordinaria lentitud. Hace muy poco tiempo hemos tenido ocasión de ver compendiadas en un volumen las notas más importantes recogidas por los comisarios franceses que asistieron á la Exposición de Filadelfia. De ellas extractamos los siguientes cuadros, cuyas cifras será siempre interesante recordar.

Las que contiene el cuadro primero se refieren al año de 1873 y es sensible que aparezcan incompletas las de nuestra patria.

ESTADOS.	Alumnos por cada 100 habitantes.	Escuelas primarias.	Alumnos inscritos.	Gastos por país y habitante. mils. fr. francos.	
Sajonia.....	17 1/2	2.267	438.000	9.5	3.0
Estados-Unidos.	17				12
Wurtemberg...	15 1/2	2.204	273.000	3.5	2
Suiza.....	15 1/2	7.000	420.000	9	3.40
Dinamarca.....	15	2.600	257.000		2.40
Prusia.....	15	3.400	3.650.000	28	1.45
Suecia.....	13 3/4	7.528	577.000	5.5	1.30
Baviera.....	13	8.000	631.000	8	1.80
Países-Bajos...	13	3.734	474.000	10	2.50
Francia.....	13	70.179	4.722.000	71	2.10
Noruega.....	12 1/2	6.500	215.000	2	1.15
Inglaterra.....	12			47	
Bélgica.....	11 9/10	5.641	593.000	8	1.60
España.....	»	»	»	15.5	0.95
Italia.....	»	»	»	26	1
Grecia.....	»	»	»	12	0.80
Chile.....	»	»	»	2	1
Rusia.....	»	»	»	36	0.10
Egipto.....	»	»	»	2	0.11

Merecen sobre todo seria atención los siguientes datos de los presupuestos de 1868—69 de algunos estados Norte-América. La primera columna determina las cantidades que en el presupuesto de

esos estados se consigna para gastos de enseñanza. La segunda las que constituyen el resto del presupuesto de cada estado.

	PARA ENSEÑANZA. <i>Dollars.</i>	OTROS GASTOS. <i>Dollars.</i>
Maine.....	800.000	400.000
Pensilvania.....	5.100.000	3.800.000
Nueva Jersey.....	1.300.000	400.000
Ohio.....	4.800.000	2.900.000
Illinois.....	6.400.000	1.000.000
Wisconsin.....	1.700.000	900.000
California.....	1.100.000	400.000

El Illinois gasta 16 francos por habitante y 60 id. por alumno. Qué ejemplo y qué lección!

*El príncipe Jerónimo Napoleón.*—Los compromisos contraídos por el jefe actual de la familia Bonaparte en favor de la República son bien explícitos. Hé aquí la carta que dirigió el 21 de Mayo de 1877 á los electores de Córcega que le habían elegido su representante en la Asamblea francesa y que reproducimos considerando que es un documento histórico curioso.

«Mis caros conciudadanos:

Agradecido á vuestros votos, quiero manifestaros que en la larga y penosa lucha que hemos sostenido juntos se ha disipado todo equívoco.

La República existe. El patriotismo la impone. Es la sola forma de gobierno posible en la situación de Francia. Yo la quiero lealmente, sin segundos fines, desdeñoso de las falsas interpretaciones y de los ataques más opuestos.

Mi elección significa la defensa de los intereses del pueblo, el progreso sin temeridad y sin timidez, la paz de los ánimos sin estériles recriminaciones, la República abierta á todos.

Eligiéndome, á pesar de los partidos coaligados contra nosotros, habeis afirmado estas opiniones.

Os doy gracias por vuestra celosa adhesión.

*Napoleon Bonaparte. (Jerónimo)»*

*La instrucción pública en España.*—La primera condición de la enseñanza es la libertad, porque sin libertad jamás realiza la ciencia progreso alguno, ó sus adelantos son tan menguados, tardíos é insignificantes, que el país donde hay trabas políticas ó religiosas que embarazan la libre investigación de la verdad, bien pronto decae y llega al último límite de la postración intelectual.

España sabe esto de memoria porque el absolutismo monárquico y la intolerancia religiosa nos llevaron del florecimiento científico de la Edad Media y del florecimiento filosófico y literario de los siglos xv y xvi á la triste decadencia de los siglos xvii y xviii, y á convertirnos en un pueblo de copistas é imitadores, que es lo que con alguna ligera excepción hemos llegado á ser en el siglo xix.

La enseñanza necesita libertad. Pero ¿qué es la libertad de la enseñanza?

En este punto hemos consagrado errores que deben desvanecerse. La libertad de la enseñanza no es la independencial del profesorado de toda inspección oficial, ni la autonomía del alumno, ni el desorden en los métodos pedagógicos, ni el motín erigido en situación permanente de la Universidad.

La libertad de la enseñanza es el derecho reconocido al maestro y al alumno de resolver las cuestiones propuestas en cualquier orden de estudios, con el sentido que estimen oportuno. Es el derecho que tiene el maestro de recomendar á su alumno los textos que crea preferibles y el derecho que tiene el alumno de opinar en las materias que estudie, dentro siempre de los límites científicos, como su conciencia le aconseje.

Para el alumno, la libertad de enseñanza es también el derecho que se le reconoce á estudiar pública ó privadamente, con uno ú otro profesor, las asignaturas en que se matricula.

Reconocidos estos derechos, está suficientemente garantizada, á nuestro juicio, la libertad de la enseñanza, y no es necesario para que exista que el profesor pueda explicar una mínima parte de su asignatura por no hallarse de acuerdo con el programa de estudios, ni que el alumno pueda cursar en un año natural dos ó tres académicos, ni que pueda examinarse en todo tiempo y cuando le plazca, ni que matriculado en enseñanza oficial prescinda en absoluto de asistir á las cátedras en que se inscribió. Eso no es libertad de enseñanza; eso es pura y simplemente el desorden de la enseñanza.

Lo que pretenden en Bélgica, en Italia y ahora en Francia, sobre todo, los clericales, es también el desorden de la enseñanza, porque la colación de grados que disputan á los establecimientos oficiales las Universidades libres debe hacerse en aquellos. Mientras no exista la libertad de las profesiones, que está muy léjos de poder plantearse, mientras los títulos académicos otorguen ciertos privilegios legales á las personas que los poseen, es indispensable que esos títulos se otorguen con la garantía del Estado.

Este debe inspeccionar si en los centros que sostiene y dirige toda la enseñanza de acuerdo con el plan general de estudios y debe inspeccionar sobre todo, que es lo que entre nosotros más necesidad hay de vigilar, si en los exámenes los alumnos prueban realmente capacidad é ilustración bastantes para merecer las calificaciones aprobatorias establecidas en los reglamentos.

El ministro del ramo, atendiendo á las quejas reiteradas de que se ha hecho eco diferentes veces la prensa, recomendó hace poco tiempo para los exámenes del curso último, el empleo de un saludable rigor y de una discreta severidad. Son necesarios ese rigor y esa severidad para que el nivel intelectual de los centros escolares se eleve un poco y para disminuir sin injusticias, sin arbitrariedades, el número de los jóvenes que se consagran á los estudios académicos. Ese número es tan excesivo que revela una enfermedad social; á esta sólo puede aplicársele aquel remedio que sería de indudable resultado.

Pero ese medio sin la inspección es ineficaz. Por esto hemos de insistir tanto en que la inspección se extienda, generalice y robustezca. El estado debe ejercerla en punto á la enseñanza con prodigalidad. El país tiene derecho á saber cómo se ejerce. El ministerio de Fomento debe obligar á los inspectores á que reduzcan á informes minuciosos el resultado de sus visitas y publicar despues estos informes. De esta manera llegarán á conocerse también con exactitud los males de que adolece nuestro sistema de enseñanza.

La inspección de los establecimientos libres debe limitarse mucho. Basta que sean objeto de ella las condiciones del local en que ha de darse la enseñanza. Las condiciones morales de la misma no deben ser objeto de medidas gubernativas, ni en los establecimientos de enseñanza libre ni en los de enseñanza oficial. Los infractores de esas condiciones deben tener su pena en el Código. En punto á las con-

diciones higiénicas de los locales destinados á escuelas y establecimientos de enseñanza la inspeccion debe ser severa; pero para serlo, en España, sería preciso empezar cerrando el 50 por 100 de los que el Estado costea.

No necesita defensores ya el principio de que la instruccion primaria debe ser obligatoria y gratuita. Está universalmente reconocido. Probablemente lo consignarán las leyes que cumpliendo su oferta ha de presentar el Conde de Toreno á las Córtes. Pero no basta con que eso se consigne. Es indispensable garantizar la obligacion de la asistencia á la escuela, estableciendo sanciones penales eficaces contra los padres que no envíen á sus hijos. Es necesario garantizar la gratuidad de la enseñanza primaria estableciendo escuelas donde no las hay ó donde no existen en número necesario y obligando á los municipios á que satisfagan en primer término el presupuesto de instruccion. Con ayuntamientos como el de Málaga, la quinta poblacion de España, que deben,—esta era su situacion á fines de 1878,—diez y ocho mensualidades á los maestros de escuela, ¿es posible que sea una verdad la gratuidad de la enseñanza?

La segunda enseñanza debe, cuando ménos, dividirse en clásica y técnica, ya que aquélla no desaparezca. El estudio de las antiguas humanidades, y á ellas está reducido casi nuestro bachillerato, es un estudio de utilidad escasísima dadas las condiciones de la vida moderna, sus exigencias y la necesidad de divulgar conocimientos que hagan de nuestros jóvenes algo más que unos retóricos ó unos eruditos. El proyecto de bases del Sr. Conde de Toreno indicaba esa division; pero es preciso desenvolverla, teniendo en cuenta la índole de nuestro país, sus intereses y las causas principales de su atraso y decaimiento.

Los dos graves males de la enseñanza superior en España están ya indicados. Consiste el uno en el extraordinario número de alumnos que profesan los estudios de derecho, medicina, farmacia, letras, ciencias, etc.; consiste el segundo en la falta de buenos planes de estudio en cada una de esas facultades. Hace muy poco tiempo la prensa política y profesional ha discutido este último punto. La nueva ley debe tomar en cuenta sus observaciones, que son atendibles.

La instruccion en España ha menester, por último, de una reforma radical en los métodos de enseñanza. Bajo este punto de vista somos el pueblo más atrasado del mundo. En todas partes se ha rechazado ya el sistema que aquí sin excepcion siguen nuestros maestros. La única facultad del espíritu que ejercitan los niños en las aulas—así los de instruccion primaria como los que concurren á escuelas superiores—es la memoria. La enseñanza intuitiva es en la práctica, en nuestro país, un procedimiento desconocido. Los libros de texto que diariamente se recomiendan por los centros oficiales, ajenos á todo adelanto, son aquellos mismos libros de texto en que aprendimos nosotros multitud de noticias que nos parecían cuando nos las enseñaban otros tantos enigmas. Es verdaderamente absurdo llevar las inteligencias infantiles de lo general á lo particular, de los principios á las aplicaciones, de la teoría al ejemplo. Esto no se ve ya más que en nuestras escuelas, porque esto es dar al espíritu que pide alimento en vez de pan una medicina y las leyes y el esfuerzo de la administracion deben encaminarse á poner un correctivo á ese mal y á impulsar la enseñanza de nuestro país por el rumbo que sigue en los más ilustrados.

*La isla de Creta.—Noticia geográfica.*—Creta, que es despues de Chipre la más extensa de todas las islas de poblacion griega, es una dependencia natural de la península helénica. Los tratados que disponen de los pueblos, sin consultar su voluntad, han hecho de Creta una isla turca. Pero Creta es helénica, tanto como por los votos de la inmensa mayoría de su poblacion, por el suelo, el clima y la posicion geográfica. Rodéanla completamente mares profundos, ménos hácia el NO. por donde los bancos submarinos la unen á Citeres y al Peloponeso.

Pocas regiones hay en el mundo tan favorecidas como ésta por la naturaleza. El clima de Creta es suave y templado, aunque á menudo excesivamente seco en estío; sus tierras son fértiles á pesar de la falta de aguas corrientes en sus calcáreas mesetas; anchos son y bien abrigados los puertos de la isla, y las perspectivas que su contemplacion ofrece grandiosas y encantadoras. Por la posicion transversal que ocupa en la desembocadura del archipiélago, entre Europa, Asia y Africa, Creta parecía llamada á ser el más importante depósito del comecio que se hace entre esos continentes. Se creería, viéndola en los mapas, que estaba, como indicó Aristóteles, hace más de dos mil años, designada de antemano para llegar á ser la intermediaria general de los cambios de Levante. Tal era, con efecto, el puesto asignado diez ó quince siglos ántes de comenzar nuestra era por todas las tradiciones griegas á la isla de Chipre. Correspondíale entónces la dominacion de los mares; las Cicladas eran las «islas de Minos,» las colonias de Creta se esparcían por Sicilia, las naves de Creta llegaban á todas las playas del Mediterráneo. Desgraciadamente Creta estaba dividida en gran número de pequeñas ciudades envidiosas unas de otras, y no le fué posible conservar su preponderancia mercantil durante mucho tiempo. Otras poblaciones griegas la conquistaron, y los primeros habitantes vinieron á ser clientes y mercenarios. Despues los romanos sometieron á su imperio la isla. A partir de esa época no ha vuelto á recobrar su autonomía. Los bizantinos y los árabes, los venecianos y los turcos la han poseído sucesivamente destruyéndola y empobreciéndola.

La forma oblonga y prolongada de la isla, y la espina de montañas que sirviéndole de núcleo la atraviesa y domina de uno á otro extremo, hacen comprender como Creta, en los antiguos tiempos en que la mayoría de los griegos limitaban su patria á los muros de la ciudad en que vivían, llegó á dividirse en multitud de repúblicas microscópicas, y de qué manera fracasaron todos los ensayos de confederacion ó de «sincretismo» que llegaron á intentarse. Los habitantes de la isla se creían mucho más separados en realidad, que si poblaran los islotes agrupados en el Archipiélago. Casi todos los valles del litoral están encerrados entre altos promontorios, y no tienen otra salida fácil ni más acceso posible que los que el mar les ofrece. La ciudad, grande ó pequeña, que ocupa el centro de cada valle no podía comunicar con sus vecinos más que por senderos estrechísimos que el primer conato de defensa hacía intransitables. Una ciudad conseguía apoderarse empleando la astucia ó la fuerza de uno ó muchos valles; pero le era imposible extender su conquista muy léjos, porque las estribaciones de los montes cortan con sus prolongadas y abruptas escarpas las llanuras y las vegas de la ribera. Sólo hoy una campiña que verdaderamente merezca el nombre de llanura en toda la isla: el valle de Messara, granero de la isla, al S. del grupo central; por este valle arrastra su pequeño caudal en invierno y en estío el Ieropotamos ó Rio Santo.

La forma exterior de Creta responde de una manera notable al

relieve de sus montañas. La especie de rectángulo que forma la isla, es más ancho ó reducido, segun la altura de las cumbres correspondientes de su cordillera. En el centro de Creta, donde la isla es más ancha, se eleva la montaña más importante. el Ida (Psilorití). Allí, segun la mitología helénica, nació Júpiter. Su alta cuna, aislada y casi siempre cubierta de nieve, que recuerda la soberbia esbeltez del Etna, sus inmensas estribaciones, los valles cubiertos de verdura en que se asienta, le dan un aspecto grandioso; pero aún sería más bello en la antigüedad griega, cuando sus bosques le valieron el nombre de Ida (cubierta de arbolado). Desde la cima del Ida se ve toda la isla á los piés; hácia el N. se divisa una línea de islas y penínsulas desde las cumbres del Taigeto á las montañas de Asia Menor. Hácia el S., por encima de la pequeña isla de Gozzo, árida, desnuda, sin puertos, no se distinguen las riberas de la Cirenáica (1), á causa de su pequeña elevacion relativa.

El grupo principal de montañas occidentales de la isla, que excede en altura media al monte Ida, es el de los montes Blancos ó Leucadri así llamado por las nieves que cubren su cima y á causa de sus canteras de piedra calcárea blanquecina. Están completamente desnudos de bosques y apenas si hay en los valles sobre que se levantan un fondo de verdor y de vegetacion. Los Montes Blancos han recibido tambien el nombre de Esfakiotas por las poblaciones clásicas, puras de toda mezcla, que viven acantonadas en ellos como en una ciudadela. Pocas montañas hay tan abruptas y mejor defendidas que esta por la naturaleza contra toda clase de ataque. Algunas poblaciones sólo tienen acceso por el lecho pedregoso de torrentes que descienden formando cascadas; durante la estacion de las lluvias, cuando sus cauces apenas pueden contener el caudal que por ellos se precipita, queda toda comunicacion interrumpida; se dice entónces que se ha cerrado la puerta. Tal sucede con el desfiladero de Hagio Rumeli gráficamente descrito en una de las láminas que ilustran esta obra), situado en la vertiente meridional de los Montes Blancos; cuando las nubes amenazan inundar aquellas estrechas gargantas, nadie se aventura á atravesarlas por temor de que lo arrastre el torrente. En vano intentaron los turcos durante la guerra de la independencia forzar esta puerta de la gran ciudadela montañosa. En sus alturas se extienden tierras cultivables que podrían alimentar una poblacion numerosa, si el clima de aquellos lugares fuese ménos frio. Así las ciudades de Askyfo, inhabitables en invierno á causa de su grande elevacion, ocupan una meseta rodeada por todas partes de una muralla circular de montañas. Esta meseta fué en otro tiempo un lago como lo prueban sus antiguas y escarpadas orillas visibles aquí y allá y las rocas insulares situadas en mitad del cauce. Las aguas que caen en el gran embudo han hallado katravotas por donde verterse en el mar. Una de las grandes fuentes salta entre los mismos peñascos de Hagio Rumeli.

Las otras cadenas y masas montañosas de la isla, son ménos elevadas y mucho ménos ásperas que los Montes Blancos (2). Los más

---

(1) Cirenáica ó Barkah se llama el territorio berberisco lindante al N. con el Mediterráneo, al E. con Egipto, al S. con el desierto de la Libia, y al O. con Tripoli y el golfo de Sidra, situada entre los 28° y 33° lat. N., y los 23° y 32° long. E.

(2) La superficie de la isla, segun Raulin, mide 7.800 kilómetros cuadrados; el monte Ida tiene una altura de 2.498 metros, los Montes Blancos de 2.462, y los de Lassití, de 2.155.

notables son los montes Lassití y más al E. todavía los de Dicté ó Sitia, que ocupan en la extremidad oriental de la isla, una posición simétrica con el grupo de las cumbres esfakiotas, pero que á pesar de su aspereza no han podido defender la independendencia de las poblaciones que la habitan. En la vertiente septentrional de estas montañas, se ven terrenos que fueron playas en otro tiempo. Los restos que el mar arroja sobre las arenas que le circundan, y de que hay en esas playas algun vestigio, prueban que la isla se ha levantado sobre el nivel marítimo lo ménos veinte metros durante el período geológico moderno. La costa N. de la isla es más accidentada que la del S., y ofrece al navegante mayor número de golfos, bahías y abrigos seguros. En esta parte se han construido todas las ciudades mercantiles de Creta; puede decirse que esa ribera, inclinada hácia las aguas del Egeo, y poblada de barcos, es el litoral vivo, miéntras que la costa meridional, relativamente desierta, mira hácia las playas de África, más desiertas todavía. Las ciudades de la ribera septentrional ocupan los emplazamientos de antiguas poblaciones. Candia ó Megalokastron, que ha dado su primer nombre, por el que es más conocida, á toda la isla, está situada en el punto mismo en que se levantaba la Heracleion de los griegos, el puesto de la famosa Crwsse. Retimo, en la base occidental de Monte Ida, apénas ha modificado su antiguo nombre de Rytimnos. Por último, la Cassea, cuyas blancas casas se confunden á ciertas distancias con las áridas estribaciones de los Montes Blancos, es la Kydonia de los griegos, célebre por sus bosques de membrillos. En la actualidad, esta es la capital de la isla y su ciudad más importante, bajo el punto de vista comercial, ya que no lo sea por la cifra de su población (1). La Cassea es el gran depósito de cambios de la isla; trata en la actualidad de completar sus condiciones comerciales, construyendo un segundo puerto, el de Azizirge, situado al E. de la ciudad, en la bahía de Suda, obra natural perfectamente abrigada, que será en el porvenir una de las principales estaciones marítimas del Mediterráneo.

La isla de Creta es en la actualidad muy inferior á lo que ha sido en cuanto se refiere á su población y á su riqueza. No merece ya el nombre de «Creta, la de las cien ciudades,» que le dió la antigüedad griega. Pequeños pueblecitos construidos con los materiales de algun antiguo muro, reemplazan la mayor parte de las ciudades de otro tiempo. A despecho de la extraordinaria fertilidad de sus tierras, Creta no suministra al comercio sino un excaso número de productos agrícolas; ya no es Creta la isla fecunda donde Céres dió á luz á Pluton sobre una rica gavilla de mieses. Los aldeanos llevan á censo los campos que perezosamente cultivan; fátales libertad é instruccion. Los olivares de Creta dan un aceite amargo, sus viñas producen, á pesar del mal cultivo, un vino excelente, pero que no lo es tanto como la malvasía de los venecianos; los agricultores desdennan plantar algodón, tabaco y otros muchos frutos riquísimos que allí podrían darse. El único adelanto que han realizado en este siglo, es el cultivo de las naranjas, cuya deliciosa fruta con tanto afán se busca en todo el Oriente. M. Jorge Penot señala el hecho curioso de que crezcan en distintas partes de la isla todas las especies de árboles cultivados, excepcion hecha de la viña y el olivo. Sólo se ven castaños en la extremidad occidental, encinas verdes y cipreses en los

(1) La población de la isla es de 210.000 habitantes, la de La Cassea 12.000; la de Candia 12.000; la de Retimo 9.000.

altos valles de los esfakiotas y en la provincia de Retimo, al O. del Ida; las montañas de Dicté producen el pino y el algarrobo; por último, en la extremidad sud-oriental de Creta, avanza hacia el África un promontorio en que se eleva un bosque de palmas datileras, el más bello de todo el Archipiélago griego.

La población de Creta y de los islotes vecinos no ha dejado de ser en su mayoría helénica á pesar de las sucesivas invasiones de pueblos de diferente raza que se han enseñoreado de ella. El idioma que habla es un dialecto que conserva los caracteres del dórico alterado y modificado. Del paso de los eslavos, que invadieron la isla á principios de la Edad Media, no hay más huella que los nombres de algunas villas y pequeños lugares. Los árabes y los venecianos llegaron á fundirse con los cretenses aborígenes; quedan, sin embargo, entre ellos gran número de albaneses, descendientes de los soldados arnautas que conservan sus costumbres y su dialecto. En cuanto á los musulmanes ó pretendidos turcos que constituyen sobre poco más ó ménos la quinta parte de la población total, descienden en su mayoría de los cretenses convertidos en otro tiempo al islamismo para escapar á la persecucion de los otomanos. De todos los helenos de Oriente esos son los únicos que adoptaron en masa el culto del vencedor. Despues que cesó la persecucion y que no fué temible la intolerancia, muchas familias mahometanas de origen griego, abjurando su nueva fé, volvieron á profesar la de sus abuelos. Los helenos de Creta aman su patria y en todo tiempo, desde la más remota antigüedad, han sufrido mucho por ella y en casi todos los lugares de la isla, con especialidad entre el Ida y los Montes Blancos, muéstranse al viajero campos de batalla en que los cretenses vertieron su sangre por la causa de la independencía. Las vastas cavernas de Melidoni, situadas en las pendientes occidentales del Ida, fueron teatro de un horrible suceso. Era en 1822; más de trescientos helenos, casi todos mujeres, niños y ancianos se habían refugiado en la gruta. Los turcos llegaron á su entrada y en la estrechísima abertura de la roca encendieron una inmensa hoguera; vino el viento á auxiliar esta obra de exterminio y desolacion empujando las llamas y el humo al interior del subterráneo. Los desdichados huyeron al fondo de la gruta; pero todos perecieron por el calor y la axfisia. Los cadáveres permanecieron en el suelo sin otra sepultura que la del redimento calcáreo que poco á poco fué envolviendo sus restos. ¡Todavía aquí y allá se encuentran en el interior de la gruta huesos humanos que la piedra no ha revestido con su inmenso sudario gris!